

**REVISTA**  
**DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO**

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

**MAYO-AGOSTO 1948**

**AÑO IX**

**NUMS. LIII y LIV**

---



# SUMARIO

	<u>Páginas</u>
«Clarín» y sus ideas sobre la novela, por Emilio Clocchiatti .....	5
El paisaje en las obras de Santa Teresa, por Salvador Mañero y Mañero.	29
El poeta Ventura Ruiz Aguilera y Asturias, por José M. <sup>a</sup> Martínez Cachero	65
Notas acerca de la actitud de Castilla con respecto al Cisma de Occidente, por Luis Suárez Fernández.....	91
<b>NOTAS:</b>	
Los cuestionarios para el estudio de la geografía local, por Justiniano García Prado.....	117
Sobre Ruiz Aguilera, por José M. <sup>a</sup> Martínez Cachero. ....	125
REVISTA DE REVISTAS.—Por B. A. M. y J. M. <sup>a</sup> M. C. ....	127
NOTAS BIBLIOGRAFICAS, por Baudilio Arce Monzón, José M. <sup>a</sup> Martínez Cachero y J. A. F. C. ....	135
CRONICA DE LA FACULTAD. ....	149

# «CLARIN» Y SUS IDEAS SOBRE LA NOVELA<sup>(1)</sup>

POR

EMILIO CLOCCHIATTI

CAPITULO I

LA VIDA DE «CLARIN»

En las breves notas que siguen no hemos intentado hacer una aportación original a la biografía del crítico español, sino recoger en líneas de apretada síntesis los rasgos más característicos de su personalidad y los sucesos relevantes de

---

(1) Comenzamos en este número la publicación del trabajo del Sr. Clocchiatti y teniendo en cuenta que los dos primeros capítulos podrían considerarse como una introducción al trabajo, ya que, como indica su autor, no se ha intentado «hacer una aportación original a la biografía del crítico español, sino recoger en líneas de apretada síntesis los rasgos más característicos de su personalidad y los sucesos relevantes de su vida», se han compuesto ambos capítulos con un tipo de letra más reducido del que se utiliza en la presente revista para los estudios, con el fin de hacer distinción entre estos dos primeros capítulos y los restantes del trabajo del Sr. Clocchiatti, que iremos publicando y que responden a la segunda parte del citado estudio sobre Clarín, o sea a «sus ideas sobre la novela».

En el próximo número se publicarán los capítulos III y IV, titulados respectivamente «Concepción del arte novelesco» y «Naturalismo e idealismo en *Clarín*».

su vida. Antes de proceder a esta tarea, conviene hacer algunas observaciones. La obra y la espiritualidad de «Clarín» son todavía poco conocidas. A pesar de ser hombre brillantísimo y temido en su vida, los años que suceden a su muerte son de pleno olvido o de dolorosa incompreensión. No hay que profundizar mucho para hallar las causas de esta aparente anomalía. Leopoldo Alas se había creado, merced a su espíritu crítico tenaz y agresivo, a su actitud infatigable, a sus dotes de observación maligna y penetrante, a su gusto severo e insobornable una reputación literaria casi increíble en la confusa y mezquina época que le toca vivir. Inventor o renovador de varios géneros literarios, muy al tanto siempre de las últimas novedades literarias o filosóficas, deseoso de mejorar y elevar la pobre vida cultural de su tiempo, fué considerado por sus enemigos como figura peligrosa y temible. Aun las más ilustres firmas de su siglo, Valera, Galdós, Menéndez Pelayo, Pereda, esperaban sus críticas con impaciencia curiosa, a veces teñida de confuso temor. Era entonces «Clarín» una especie de dictador literario que, con entera dignidad e independencia de criterio, fustigaba vicios artísticos, zahería a los autores mediocres y hasta ponía en ridículo a los personajillos políticos de aquel período infecundo para la historia española. Numerosos eran sus enemigos encubiertos o abiertamente declarados; numerosos también los que no supieron separar al crítico del hombre y atribuían a este último toda clase de vicios inconfesables. No ocultaba «Clarín» sus ideas políticas; era conocido como espíritu abierto a las novedades, de ideas ampliamente liberales, convencido republicano y de discutible ortodoxia religiosa. No solo los escritores ridiculizados por Alas, sino también los hombres que se creyeron mordazmente reflejados en los cuentos y novelas del gran polemista, no perdonaron ocasión de rodear su figura con especies calumniosas. De este modo, un clima de maledicencia y de torpes intrigas rodeó muy pronto al íntegro escritor asturiano.

Su muerte fué acogida por muchos carazones mezquinos como un tremendo desahogo. Desde entonces se podía escribir a placer, se podía seguir emponzoñando el gusto del público, comerciando con la literatura y con los puestos representativos de la nación. Poco a poco, estos mismos enemigos que se habían cebado en el cadáver de «Clarín», optaron por una táctica más provechosa: no hablar del muerto, dejar que el recuerdo de su obra se fuese perdiendo lentamente. Así sucedió. «Clarín» había vivido gran parte de su existencia encerrado en la querida geografía de Asturias; sólo a distancia, pues, obraba sobre el público y los autores de moda. En cuanto cesó este contacto fecundo y su pluma quedó definitivamente silenciosa, la indiferencia y el olvido cayeron sobre él. En Asturias no podría borrarse fácilmente la huella de sus explicaciones universitarias, el íntimo legado que confió a tantas generaciones, sus virtudes de esposo y padre amantísimo, su misma popular figura de barbas enmarañadas y ojos miopes; pero en la corte literaria, en Madrid, todo ello había sido un fugaz chisprote que había de ser apagado por nuevas luminarias de la vida artística. Otras

razones importantes justifican este olvido innecesario. Gran parte de la obra de Leopoldo Alas estaba formada por notas periodísticas, artículos escritos a prisa y corriendo, que recogían las últimas noticias literarias. El autor no se cuidó de coleccionarlos íntegramente; y así quedaron desparramados por multitud de periódicos y revistas de Madrid y de Asturias. Por otra parte, el asturianismo de «Clarín» le hacía aparecer como uno de tantos novelistas regionales de la segunda mitad del siglo XIX; cuando los gustos cambiaron y el cuadro de costumbres locales perdió interés, las obras narrativas de nuestro escritor sufrieron el mayor abandono.

Todas estas causas—incomprensión, hostilidad, regionalismo, vida periodística—contribuyeron a que la figura de Leopoldo Alas se fuese perdiendo en la lejanía de los tiempos. Incluso en las Historias de la Literatura Española ocupaba un lugar mínimo e indecoroso, cuando no se le consideraba como representante destacado del naturalismo anticlerical y degradado. Acaso fué *Azorín*, ese gran valorador de las letras españolas, el primero en llamar la atención sobre el asturiano y en señalar su enorme importancia como crítico y como creador. Más tarde, un amigo de Alas, Adolfo Posada, ha luchado noblemente por rehabilitar su figura. Por último A. González Blanco, Juan Antonio Cabezas y P. Sáinz Rodríguez han estudiado con más o menos amor aspectos de la vida y de la obra del ilustre español. Pero falta el estudio total y comprensivo de la personalidad de «Clarín». Nosotros hemos escogido un aspecto más de su espiritualidad, uno de los muchos que ofrece este genio tan rico en modalidades.



Escribir una biografía anecdótica, exterior, de L. Alas es cosa sencilla, ya que su existencia no fué pródiga en sucesos de este tipo y podría resumirse en muy pocas palabras. Bien dice Cabezas que «Clarín», resulta un hombre sin biografía. «Su vida es una línea recta. Es la distancia más corta entre su voluntad de perfección y su destino» (1). Muy difícil, en cambio, parece escribir la biografía espiritual de Alas, sus hechos interiores determinantes. Para ello había de recogerse toda su abundante producción dispersa en periódicos y folletos, someterla a una ordenación y un método riguroso para, finalmente, estudiarla con atención y objetividad. No entra en nuestros propósitos el realizar esta tarea. Tracemos primero las líneas esenciales de sus contactos con el mundo y el ambiente; después intentaremos dar algunas notas importantes de su carácter íntimo.

---

(1) J. Antonio Cabezas, «Clarín», *el provinciano universal*, t. 56 de las *Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX*, Madrid, 1936, p. 25.

Leopoldo Alas, tan empapado del alma asturiana, no había de nacer, por azares de la suerte, en esta provincia española, sino en Zamora, en el año 1852, durante el reinado de Isabel II. De aquí la célebre frase tan repetida por «Clarín»: «Me nacieron en Zamora», que parece anticipar, con su ingeniosa dislocación sintáctica, las paradojas de D. Miguel Unamuno. Era hijo de un asturiano, D. Jenaro García Alas, de arraigadas ideas liberales, y de una leonesa, D.<sup>a</sup> Leocadia Ureña. Su padre ocupó el cargo de Gobernador Civil de Zamora y en otras localidades. La infancia primera de Leopoldo transcurre en variados ambientes (Zamora y León), donde todavía resonaban las viejas tradiciones de las gestas y los romances viejos, regiones apegadas a sus grandiosos recuerdos históricos. En León estudia en el colegio de los Jesuitas, mostrando ya una excesiva precocidad. Acaso en este ambiente religioso se formarían dos cualidades importantes del alma de Alas: su sentimentalismo místico y su férrea disciplina moral (2). A los siete años de edad, el pequeño Leopoldo, con su familia, se establece definitivamente en Oviedo y de aquí arranca su primero y fecundo contacto con el país asturiano, al que habría de inmortalizar años más tarde. Oviedo es esencialmente una ciudad tranquila y recogida, propicia para el ensueño, la meditación y el trabajo interior; de regusto arcaico, conservaba todavía aspectos y costumbres hondamente seculares. Para Leopoldo, simbolizará siempre el espíritu tradicional de la raza española, la monotomía provinciana y, también, el lugar ideal para el reposo del espíritu turbado. Pero Oviedo no es toda Asturias, ni siquiera lo más representativo de ella. La familia de Alas tenía posesiones en Carreño, en el delicioso valle de Guimarán, de maravilloso paisaje; allí, entre la frescura y el verdor constante de la naturaleza han de transcurrir los mejores momentos de la vida del escritor.

En Oviedo estudia Leopoldo el Bachillerato, mostrándose como aventajado estudiante. De entonces data su amistad con algunos compañeros dilectos: A. Palacio Valdés, Tomás Tuero, Pío Rubín. Desde muy pronto se distingue Alas entre los amigos por su espíritu inquieto, su tendencia a la crítica y a la observación, su veneración a la pureza y propiedad de la lengua materna, su amor propio fácilmente inflamable. Sólo hay algo que preocupa al niño: su pequeña estatura, que le hace a veces tímido y retraído, pero con verdadera tenacidad logra vencer estas melancolías pasajeras.

Entre los doce y trece años escribe, para ser representada en casa de unos amigos muy ricos, una comedia en verso *El sitio de Zamora*. Acaba el Bachillerato de cinco años (1864-1869). Al conocerse en Oviedo la noticia de la caída de Isabel II (revolución de septiembre de 1869), Leopoldo y algunos amigos arrastran el busto de la reina por las calles, como convencidos republicanos.

---

(2) Cabezas, *op. cit.*, p. 25.

El verano de 1869 nos muestra al joven bachiller enamorado de una campesina de Avilés, rubia y de ojos verdes, a quien dedica inflamados versos de amor. Parece que estos amores, venturosos en principio, tuvieron rápido fin a causa de la ingratitud de la moza asturiana. En dos cursos aprueba Leopoldo sus estudios universitarios en la Facultad de Derecho de Oviedo, sometiéndose a intenso trabajo. Consigue la Licenciatura en Derecho el año 1871, sin que sus estudios fuesen obstáculo a su ardor literario: contaba solo dieciseis años cuando empezó a «publicar» su periódico «Juan Ruiz» (1868), del que era a la vez director, redactor único y amanuense (3). Este periódico manuscrito de Alas es interesante por revelar su temprana vocación periodística y su gusto por la crítica desenfadada y hay en él artículos y poesías variadas.

En el mes de octubre de 1871 señala una nueva época en la vida de «Clarín»; marcha entonces por primera vez a Madrid, ciudad de sus ensueños literarios, donde le esperaban sus íntimos amigos, Palacio Valdés, T. Tuero y P. Rubín. El joven Leopoldo tiene un importante motivo para abandonar Oviedo: estudiar la carrera de Filosofía y Letras, a la que se sentía íntimamente encariñado. Es la época de efímero pero digno reinado de Amadeo de Saboya, sustituido en 1873 por la República de Figueras, Salmerón, Pí y Margall y Castelar, preludio de la Restauración horbónica, entronizada en la persona de Alfonso XII. Hemos de imaginar que los turbulentos sucesos políticos de estos años dejarían en el ánimo del escritor un contradictorio regusto de esperanza y desilusión. Leopoldo asiste a las clases de la Universidad, donde estudia Literatura latina y griega, Metafísica y Filosofía del Derecho. Las enseñanzas de Salmerón, Profesor de Metafísica y de F. Giner de los Ríos, Profesor de Filosofía del Derecho, especialmente la de este último, dejaron honda huella en su espíritu juvenil. Era la época de apogeo del Krausismo español, cuya importancia estribaba, más que en su concepción filosófica, en ser un «movimiento general de revolución espiritual en todos los campos de la cultura» (4). Aunque este movimiento filosófico esté ya hoy plenamente superado, nadie puede disminuir su importancia en la España de la Restauración, en la que las primitivas doctrinas de Krause, síntesis armónica de Kant, Hegel, Ficht y Schelling, llegaron a tomar vuelo propio e independiente. El Krausismo español logró despertar en la juventud de la época el amor a la Fi-

---

(3) Véase Adolfo Posada, «Clarín», Oviedo 1946, p. 73-74, donde se habla de la primera época del «Juan Ruiz»; para la segunda época, véase Cabezas, *op. cit.*, reproducción facsímil, en las págs. 53-54.

(4) Véanse las *Adiciones* de Luis Recaséns Siches a la *Filosofía del Derecho* de Giorgio del Vecchio, t. II, Barcelona 1930, p. 284-286. Para la figura de Giner de los Ríos, excelso representante del Krausismo hispánico, p. 273 y ss.; para el iniciador del movimiento en España, Julián Sans del Río, p. 271.

lososofía, la tolerancia para todas las doctrinas, así como formar magníficos modelos de ejemplaridad humana (5). Leopoldo Alas sufrió los efectos de estas ideas espiritualistas y románticas, amalgamándose así en su alma las tres corrientes fundamentales que van a informar su obra en la primera época, el Krausismo, el liberalismo y el naturalismo literario. La escuela de Zola estaba entonces en pleno apogeo; Tomás Tuero, uno de los inseparables amigos de «Clarín», traduce la *Naná* del gran escritor francés. Durante toda su vida, Leopoldo ha de sentir en sus cocepciones estéticas la huella de Zola, si bien con intermitencias diversas.

A consecuencia de toda esta nueva germinación espiritual, en el alma del crítico asturiano van desplomándose los antiguos pilares de una educación religiosa. Su cambio ideológico es gradual, pero seguro. Nace en el joven estudiante la desconfianza, primero; luego, la duda y el escepticismo, cuando no la irreverencia anticlerical. Esto no significa que nuestro autor fuese un descreído auténtico, sino un espíritu torturado que sólo en sus últimos años ha de volver a encontrar la fe y la esperanza en el más allá. He aquí otro punto de contacto de Alas con la posición de Unamuno: ambos tienen corazones profundamente religiosos, pero que no pueden transigir con lo que consideran como prácticas rutinarias y mecánicas de una Iglesia empobrecida.

La vida de Leopoldo en Madrid tiene, pues, excepcional importancia. Durante algún tiempo lleva una existencia desordenada y behemia, asiste a reuniones y tertulias literarias, participa activamente en la vida intelectual de la época. Su vocación literaria, al contacto con todas estas excitaciones, se hace cada vez más poderosa, exigente y firme. No le basta reunirse con algunos buenos amigos en la «Cervecería Inglesa» de la Carrera de San Jerónimo, ni formar un periódico satírico-político llamado «Rabagas», que goza de corta vida. Empieza a colaborar en diversas publicaciones madrileñas: en *El Solfeo*, *La Unión* y *El Progreso*. Y entonces es cuando, el 2 de octubre de 1875, aparece por primera vez el seudónimo que pronto sería célebre: *Clarín*. Desde un principio, Leopoldo hace a la vida literaria con firmes convicciones: su posición es la del hombre culto e inquieto que no puede soportar el tono vacío y rimbombante de la crítica al uso ni los engendros literarios por todos aplaudidos ni las incorrecciones gramaticales y léxicas de que están plagadas las obras del tiempo. *Clarín* aparece—como ya lo indica su seudónimo—con ánimo batallador, destruyendo con su sonoro toque de atención al marasmo intelectual de las letras españolas. En adelante, habrá en España un censor literario, independiente y sincero, no vendido a nadie ni pagado por ningún grupo oficial. Y no sólo esgrime duras palabras contra los autores de novelas, poesías y obras dramáticas, sino contra las más ridículas de las figu-

---

(5) *Op. cit.*, p. 285.



guras destacadas de la Restauración española. Los artículos de *Clarín*, por lo mordaces, implacables y agresivos, despertaron frenético revuelo. Su popularidad fué rápida, aunque no se le concediese en principio todo su verdadero mérito. Se ha dicho con justicia que *Clarín* vino a llenar el hueco que dejó en España la muerte de Larra, aquel otro crítico genial e incomprendido de la época romántica (6).

Pero Leopoldo no abandona sus estudios. En 1878 alcanza el galardón de Doctor en Derecho con su tesis *El Derecho y la Moralidad*, que está significativamente dedicada a su maestro universitario, D. Francisco Giner de los Ríos. El libro de Alas revela su posición en relación con las ideas políticas dominantes en su época y con el positivismo general. Ya entonces es Leopoldo uno de los escritores jóvenes más destacados en el periodismo, en la Universidad y en el Viejo Ateneo de Madrid (calle de la Montera). Como buen ateneísta, a la vez que prepara sus estudios superiores, discute con los compañeros y pronuncia charlas y conferencias polícoliterarias. Sin embargo, le esparaba un sensible fracaso a su gran amor propio: en las oposiciones a la Cátedra de Economía Política de la Universidad de Salamanca, a pesar de sus brillantes ejercicios, es víctima de una mezquina maniobra política y queda derrotado (1878). Pasa grandes temporadas en Oviedo y Carreño hasta que a fines de 1880 logra volver a Madrid, centro por ahora de su actividad literaria. En colaboración con su buen amigo, Armando Palacio Valdés, publica «*La Literatura en 1881*», colección de artículos de crítica literaria, y en junio de 1881, los célebres *Solos de Clarín*, su primera obra de importancia, en la que se dibujan ya todos los géneros de su prosa: cuentos, novelas cortas, crítica y «fantasías literariofilosóficas», género este último de la exclusiva creación de Leopoldo.

A los veintinueve años de edad ocurre un notable acontecimiento en su vida espiritual; se enamora profundamente de una joven asturiana, Onofre García Argüelles. Las relaciones sentimentales entre Leopoldo y Onofre no dejan de ser curiosas. Su novia padecía de una acentuada cojera que le hacía considerarse incapaz para la vida amorosa, rechazando, en consecuencia, todo proyecto de noviazgo. Pero Leopoldo, que también sentía enfermiza timidez a causa de su menuda estatura, logró finalmente convencerla. Con este nuevo horizonte dado a su vida, Alas siente más que nunca las preocupaciones económicas y prepara con celo las nuevas oposiciones a Cátedras. El año 1882 es año feliz para los novios, pues Leopoldo consigue la Cátedra de Economía Política de la Universidad de Zaragoza y puede casarse, al fin, con su adorada Onofre. Tras un curso en la Universidad aragonesa, Alas es trasladado a la Universidad de Oviedo donde ocu-

---

(6) Véase César Barja, *Libros y autores modernos. Siglos XX VJJJ y XJX*. Los Angeles, 1933, p. 370.

pa la Cátedra de Derecho Romano, que había de regentar hasta el fin de su vida. Desde 1883, el centro geográfico de nuestro autor ya no es Madrid, sino Oviedo; aquí se establece definitivamente, salvo las obligadas estancias veraniegas en el valle de Guimarán. En adelante sus visitas a Madrid serán rápidas y furtivas. En la corte, Leopoldo no podía dedicarse de lleno a sus trabajos literarios.

Dueño de un hogar feliz y de una esposa sensible y delicada, amante de las letras y de música, Alas trabaja infatigablemente, alternando sus lecciones universitarias con la crítica y la creación literarias. Desde hacía algunos años recogía apuntes y notas para su obra maestra, la novela de ambiente asturiano *La Regenta*. La publicación de esta obra (1884-85) fué señalada con sorpresa y hostilidad en Oviedo, cuyos habitantes se veían retratados fiel y cruelmente en la inmortal narración. Hasta el Obispo de la ciudad se creyó con derecho a intervenir, tachando la novela de alarde grosero y anticlerical. Leopoldo le contestó con una graciosa e irreverente carta que se publicó en un periódico madrileño (7). A pesar de ello, el Obispo ovetense y el crítico mordaz fueron buenos amigos después de algún tiempo.

*Clarín*, encerrado voluntariamente en su rincón asturiano, domina la vida literaria de la época con sus copiosos artículos, folletos y libros. No abandona sus ideas republicanas y prueba de ello son sus cordiales relaciones con el político Emilio Castelar, pero *Clarín* no era hombre político, y acaba de desengañarse tras un viaje a Madrid en 1886. Este mismo año publica Leopoldo su primer libro de cuentos, *Pipá*, en el que sus ideales naturalistas no difieren mucho de los manifestados en *La Regenta*. Sería difícil dar una idea del enorme trabajo que pesa sobre *Clarín* en estos sucesivos años. Asiduamente colabora en *El Imparcial*, el mejor periódico de la época, con lo que su fama literaria queda consagrada. Algunos enojosos incidentes le hacen ver lo peligroso de una crítica sincera; sus enemigos aumentan día a día, pero el tenaz asturiano no se descorazona y prosigue su noble labor cultural. Como dice Cabezas, a los 40 años, Leopoldo era ya un hombre casi agotado (8). En 1890 ya su celebridad rebasaba las fronteras nacionales; recibía cartas y libros del extranjero. Solo su correspondencia—parcialmente publicada por su hijo—(9) sería suficiente para llenar la actividad normal de un hombre. Galdós, Varela, Menéndez Pelayo, Echegaray, Campoamor, Palacio Valdés, Núñez de Arce, Unamuno, son, o dicen ser, amigos suyos (10). Sobre todo, sus *Paliques* y sus *Folletos Literarios* (1868-1891) le dieron gran nombradía. Leopoldo llega a ser concejal del Ayuntamiento de Oviedo y en ese car-

---

(7) Véase el texto de la misma en J. A. Cabezas, *op. cit.*, p. 141-7.

(8) *Op. cit.*, p. 178.

(9) Son los *Epistolarios* de que hablaremos más adelante.

(10) Sobre algunas de estas relaciones trataremos en el capítulo II.

go se preocupa celosamente de los intereses artísticos de la capital asturiana.

Hacia 1890 aproximadamente *Clarín* ya es famoso naturalista. En *Su último hijo*, segunda de sus grandes novelas; la evolución hacia un idealismo estético está bien clara. Su libro de cuentos «*El Señor y lo demás son cuentos*» representa una fecha decisiva en esta evolución. Por entonces atraviesa su espíritu una grave crisis moral. Pasa noches de largo insomnio y de sequedad literaria. La ideología irreverente de su juventud va a sufrir un sensible cambio. Es entonces cuando *Clarín* siente renovarse su corazón y vuelve a creer, con alegría y apasionamiento, en la espiritualidad religiosa del hombre. El esceptismo huye para dejar paso al optimismo del ser que comprende claramente su camino en la vida y los fines de la lucha terrenal. Al fin, Dios se le muestra en su interior. Sus *Cuentos Morales* (1895) llevan un prólogo muy importante en este sentido. Estrecha Leopoldo sus relaciones con el Obispo de Oviedo, a quien años antes había ridiculizado públicamente; le acometen dudas sobre su apostolado periodístico. Es ya otro hombre diferente. Por otra parte, cada día se siente más viejo y agotado, a pesar de su edad. El temor a la muerte, siempre latente en él, se desarrolla con mayor fuerza. Intenta ser autor dramático, pero su comedia en un acto, *Teresa* (1895), obtiene rotundo fracaso en Madrid. La muerte de su madre (1896), a quien siempre profesó encendida veneración (11), significa un terrible golpe para el gran crítico.

En sus últimos años *Clarín* vive solo con esfuerzos sobrehumanos. A esta época pertenecen sus campañas en pro de la elevación cultural y material de la vida obrera asturiana, su preocupación social, lejano recuerdo de Tolstoi. Pero son años duros y amargos, llenos del temor al más allá. Una tuberculosis intestinal que nunca quiso curarse le llevó rápidamente al sepulcro, mientras sus familiares intentaban apagar sus terrores infantiles con piadosas mentiras. Muere en 1901.

La rapidez de su tránsito le impide gustar de los últimos consuelos de la confesión cristiana.

---

Así fué, a grandes rasgos, la vida de Leopoldo Alas. Habríamos de hablar algo ahora acerca de su carácter y de su íntima personalidad, pero como este problema está íntimamente ligado al de sus ideas estéticas, será preferible aplazarlo para las conclusiones finales de nuestro estudio.

---

(11) Véanse las curiosas noticias sobre esta devoción filial que da A. Posada *op. cit.*, p. 32 y ss.

## CAPITULO II

«CLARIN», PALACIO VALDES, MENENDEZ PELAYO,  
VALERA Y UNAMUNO

Del mayor interés para situar con precisión la figura de nuestros escritores en su siglo, son las relaciones de «*Clarín*» con grandes personalidades de la época. Alas sostuvo una nutrida correspondencia epistolar con escritores de alta valía: poetas, novelistas, historiadores, ensayistas... Esta correspondencia empieza ahora a ver la luz, si bien muchas de las cartas cruzadas se nos han perdido, y —lo que es más lamentable— apenas se conservan algunas de *Clarín*, mientras abundan las de sus destinatarios. Hemos preferido estudiar la actitud espiritual de Alas y sus corresponsales a través de las cartas publicadas, antes que rastrear esas mismas posiciones en los escritos impresos de la época. En ellas hemos de ver con fiel veracidad lo que grandes autores españoles pensaban del crítico asturiano y también lo que éste sentía frente a ellos, sus admiraciones y sus reservas de opinión, sus entusiasmos y diferencias. Nos será permitido sorprender el alma de *Clarín* en sus más íntimas expansiones y desahogos, como documento inapreciable para el biógrafo y el estudioso.

## PALACIO VALDES

*Clarín* tuvo siempre entrañable amistad con su paisano Armando Palacio Valdés, novelista muy leído, autor de obras pronto traducidas a los principales idiomas europeos. Se habían conocido en Oviedo siendo muy niños y juntos estudiaron el Bachillerato. Palacio Valdés guardó en todo momento admiración y cariño profundo por su amigo, a quien reconocía dotes nada comunes para la alta crítica y la novela. Sus cartas a Leopoldo fueron publicadas en 1941, tres años después de la muerte de Armando (12). Comprenden un período que va desde el año 1883 hasta 1900, es decir, los años más fecundos de la vida de *Clarín*. Por desgracia, ni una sola carta de Leopoldo a Palacio Valdés ha podido recoger la mano filial de Adolfo Alas. Así, pues, aquí hemos de contentarnos con ver a *Clarín* a través de las cartas de su amigo, cosa bien difícil, como se comprenderá.

En este epistolario, Palacio Valdés se nos revela como un temperamento de brillantes cualidades naturales pero difusas y desparramadas por una sensible carencia de profundidad y entusiasmo. Era hombre de palabra fácil, de imaginación rápida y brillante, de ingenio nada vulgar, muy individualista, apegado a normas y costumbres ordenadas. Hay en él algo del autor provinciano, afable y hasta

---

(12) En el *Epistolario de Clarín*, prólogo y notas de Adolfo Alas, Madrid, ediciones Escorial, 1941.

bondadoso, aunque mordaz y egoísta en muchos casos. Su rasgo más destacado parece ser el de la vanidad literaria y el desprecio a los rivales en el arte. No podemos imaginarnos a Palacio Valdés sin pensar en sus ingeniosidades, en sus ocurrencias maliciosas, en su poder de improvisación y en ciertos gustos hogareños que le definen por entero.

El mismo Palacio Valdés nos dará algunos rasgos característicos de la personalidad de *Clarín*. Armando consideraba a su amigo como hombre polémico y trabajador infatigable; en una carta dice: «Dado tu genio batallador y tu actividad, es imposible que respires bien en ese calabozo intelectual (Oviedo)» (13). Leopoldo se nos va mostrando como lleno de dudas y de inquietudes con respecto a multitud de problemas, a medida que se aleja de la juventud; y Armando le anima siempre. Le recomienda que no sea trasnochador, que madrugue (14); que no se preocupe tanto por el porvenir de sus hijos (15)... Comprende que haya de ganarse la vida con sus artículos y publicaciones, dolorosa obsesión de *Clarín*, a quien siempre atormentó la prisa con que había de escribir para atender a las demandas incesantes de revistas y editores (16). Los anemigos numerosos de *Alas* aparecen a cada momento en las cartas de Palacio Valdés (17). Aprueba el autor de *La fe* la decisión de su amigo de ser crítico imparcial y severo de las debilidades literarias (18), pero le hace algunas objeciones: ¿cómo es que trata bien al insufrible Núñez de Arce (19) y a Galdós (20)? Por otra parte, los dos compañeros coincidían en principio al tener casi idénticas opiniones religiosas; los dos pasan de un escepticismo a veces irreverente a un profundo fervor cristiano. La existencia de una conciencia religiosa en *Clarín*, aun antes de que éste la hiciese pública y la conformase a su ideal de vida está patente en las cartas de Palacio Valdés, quién, consolando al amigo por la muerte de su padre, escribe «...los hombres de creencias y que conocen como tú la vida, saben convertir la desesperación en honda tristeza, fecunda en nobles y elevadas ideas» (21). Ya hemos señalado antes (22) la impresionable sensibilidad de *Clarín* ante la muerte

(13) Epistolario, 1941, p. 121, carta sin fecha, que será de finales del año 1884, pues habla de *La Regenta* como publicada.

(14) «Te lo he dicho muchas veces y te lo repito: debes levantarte temprano y trabajar por la mañana», *op. cit.*, p. 137, carta del 25 de abril de 1888.

(15) *Op. cit.*, p. 157, 2 de abril 1895.

(16) *Op. cit.*, p. 160, 12 noviembre 1899.

(17) Véase en la *op. cit.* las págs. 140 y 156, por ejemplo.

(18) *Op. cit.*, 129, p. 142, por ejemplo.

(19) *Op. cit.*, p. 142, p. 136.

(20) *Op. cit.*, p. 129-130.

(21) Carta del 28 de noviembre 1884, *op. cit.*, p. 123.

(22) Véase *supra*, cap. I.

de cualquier ser querido y los temores que le acongojaban sobre su propia suerte. En este sentido, tan íntimamente emparentado con el sentimiento de la divinidad, es curioso señalar la honda perturbación que produjo en su alma la muerte de su hermana, ocurrida cuando *Clarín* era todavía un niño. Nos cuenta el mismo Alas, en frases impresionantes, sus alucinaciones y vagas esperanzas, su conciencia inquieta y aterrorizada por el prodigio sobrenatural: «El amor que se tiene a las hermanas es una pasión santísima: yo sólo lo comprendí cuando perdí a la mía; cada dos o tres días sueño con ella y sueño que está viva, que está entre casada y soltera, entre viva y muerta, herida de enfermedad mortal, pero que vivirá mucho si la cuidamos con gran esmero y yo, siempre en sueños, me desvivo por curarla... nunca se lo he dicho a mi madre, pero esto sueño» (23).

Dada la similitud de ideas religiosas existentes en el espíritu de los novelistas, se extrañarán las siguientes palabras de Palacio Valdés, refiriéndose a su obra *La fe*: «...en ella tienes tu casi tanta parte como yo. Nuestros espíritus están tan compenetrados que nada de lo que hagamos aisladamente nos pertenecerá por completo» (24). Y otra vez le dice que «lo que nos da superioridad sobre todos (los enemigos de nuestro arte) es que tenemos un poco de religión» (25). Esto escribía Armando en 1891. Ocho años más tarde, anuncia jubilosamente la buena nueva: «Me he convertido sincera y absolutamente al cristianismo» (26). Hacia esta época, la amistad entre Alas y Palacio Valdés debía haber sufrido un eclipse o, por lo menos, cierto enfriamiento (27); pero las últimas cartas de Armando insisten en este renacimiento espiritual al catolicismo: «Sigo cada vez más convencido de la verdad del Cristianismo... Deseo de corazón que coincidas conmigo en el acatamiento y el amor que debemos, y que sé que tu sientes cada día más, a la sabia religión en que Dios nos ha hecho nacer» (28). Acaso fuese ésta la última carta que escribiera Armando. Al menos, es la última del Epistolario publicado. Y no deja de ser significativa esta interrupción en el momento en que los dos amigos, cada uno por su lado, habían resuelto el pavoroso problema de nuestro destino en la tierra.

Falta ahora por ver el juicio de Palacio Valdés sobre las obras creadoras de su compañero, así como el lugar que le asignaba en relación con su actividad literaria. El concepto de Armando sobre la valía real de las obras artísticas no po-

---

(23) Esta magnífica carta fué publicadada fragmentariamente por A. Posada en su citado libro, p. 136. La escribió *Clarín* en Candás y no lleva fecha, pero debe ser de 1876 ó 1887.

(24) *Op. cit.*, p. 148, 2 diciembre 1891.

(25) *Op. cit.*, p. 149, 2 diciembre 1891.

(26) *Op. cit.*, p. 159, 12 noviembre 1899.

(27) *Op. cit.*, p. 160, por ejemplo.

(28) *Op. cit.*, p. 161, 3 enero 1900.

día ser superficial, ya que respondía al éxito que en el extranjero despertaban sus novelas de galano estilo y fácil lectura: «Todas las obras tienen defectos, pero si se consigue crear una cosa que impresione a mucha gente se ha hecho bastante: si se consigue que esta impresión sea duradera y se renueve en otras generaciones, se ha llegado a la cima del arte» (29). El autor de *Maximina* hace entrar por igual en su desprecio novelesco a Pereda, Galdós y Valera. Sólo *Clarín* y él mismo sobresalen en la vulgaridad ambiente. «Si tú y yo no nos aborrecemos también es porque sin ser unos geniazos, pertenecemos a la raza de los Goethe y los Schiller» (30). No admite el que Leopoldo se deje llevar por el pesimismo en ningún sentido, ni como novelista, ni como crítico: «Respecto a tu opinión sobre *la Regenta* y en general sobre la que escribes, creo que haces mal. Me he convencido que no es posible escribir sin creer que se fabrican obras bellas y, en ciertos momentos, obras maestras» (31). Y en otra ocasión: «No estoy conforme con el retrato que haces de tí mismo. Tú no eres un diletante del criticismo. Eres y has sido siempre un humorista-místico por el estilo de D. Francisco de Quevedo» (32). ¿Hasta qué punto son sinceras las palabras de Palacio Valdés?. No será injusto suponer que Armando veía en su amigo, ante todo, al crítico que podía elogiar sus libros y hacer que éstos se vendiesen con mayor rapidez. De todas formas, parece que tenía en gran aprecio la enorme labor de su compañero, cada día más escéptico en cuanto se refería a las propias dotes literarias. Basta con los fragmentos citados de las cartas anteriores para desechar de una vez la leyenda que presentaba a Leopoldo como insufrible pedante y crítico ególatra. Por el contrario, fué un hombre vacilante en muchas cosas; a medida que pasaron los ímpetus juveniles, llegó a inquietarle el problema de su vocación literaria. Atravesaba por frecuentes crisis de melancolía y de duda íntima. Temía a menudo—cosa terrible para un crítico—el equivocarse en sus juicios, el ser demasiado intransigente; temía también que la pura literatura no fuese su camino firme.

Respecto a las obras maestras del Leopoldo novelista, tenemos algún juicio aislado de Palacio Valdés. No se nos conserva el que sin duda formuló sobre *La Regenta*, si no es a través de la comparación que hace con *Su único hijo*. De ésta última obra habla ampliamente en una carta, acabando por decir: «El libro es en suma, a mi juicio, del género exquisito, producto de un cerebro maduro que sabe de dónde viene y a dónde va, bien superior por cierto a las últimas producciones de Pereda y a los recientes mazacotes de Galdós...» (33) *La Regenta*, era, a

---

(29) *Op. Cit.*, 138, 25 abril 1888.

(30) *Op. cit.*, p. 149, 2 diciembre 1891.

(31) *Op. cit.*, 137-138, 25 abril 1888.

(32) *Op. cit.*, p. 159, 12 noviembre 1899.

(33) *Op. cit.*, 146-147, 18 de julio de 1891.

su entender, superior a la otra novela en «amplitud de descripción» y «riqueza de caracteres», pero inferior en «composición» literaria (34). Más adelante, cuando hablemos de la obra creadora de Alas, tendremos ocasión de volver sobre estos y otros juicios críticos de Palacio Valdés.

#### MENENDEZ PELAYO

Llegamos a una de las figuras más reciamente españolistas y ortodoxas del siglo XIX: Marcelino Menéndez Pelayo, genial investigador y crítico, «el hombre de más delicado gusto que ha tenido España», en opinión del doctísimo D. Ramón Menéndez Pidal. No es ésta la ocasión de aquilatar sus méritos ni siquiera de bosquejar su enorme producción intelectual. Baste decir que Menéndez Pelayo sostuvo muy cordiales relaciones con *Clarín*, sin que fueran obstáculo para ello las diferencias ideológicas que les separaban en varios aspectos. Habían sido condiscípulos en las asignaturas del Doctorado de Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid. Numerosas veces se refirió Alas a esta época escolar de su vida, con frases rebosantes de asombro y admiración por su ilustre amigo (35). Tanto uno como otro eran almas comprensivas y nada fanáticas, que sabían distinguir los valores de la inteligencia y del corazón, separándolos de los puramente políticos o religiosos. El rasgo fundamental de este epistolario—aquí tenemos ya las cartas del propio Alas—es el del respeto mutuo y la máxima moderación en la exposición de ideas. Saben los dos condiscípulos, a quienes la vida ha hecho desviar por muy distintos caminos, que existen cuestiones espinosas para ser tratadas con ruda sencillez; por ello, se disculpan al insistir sobre tales problemas. Cada uno está muy atento a la evolución espiritual del otro y se alegra de corazón con sus avances hacia la serenidad y el calor humano. La amistad de M. Pelayo y *Clarín* no se interrumpió nunca y es uno de los ejemplos más altos de hermandad espiritual entre españoles de bandos opuestos y a quienes todo parecía obligar a odiarse de buena fe.

Menéndez Pelayo empezó su carrera distinguiéndose como encarnizado polemista; será suficiente recordar sus artículos y campañas en pro de la rehabilitación científica de la España del Siglo de Oro, su defensa de la Inquisición, etc. Leopoldo Alas, que partía de bases muy diferentes, llegó a estar de acuerdo con

---

(34) *Op. cit.*, 146.

(35) Véase los extractos de obras de *Clarín*, seleccionados por su hijo Adolfo y referentes a su amistad con Menéndez Pelayo, en el *Epistolario* entre M. Pelayo y *Clarín*. Madrid, Ediciones Escorial, 1943. Adviértase que es obra distinta del *Epistolario* de 1941. La de 1943 lleva un interesante prólogo de Gregorio Marañón, donde se analiza con penetración la afinidad espiritual entre los dos grandes escritores.



D. Marcelino en muchos aspectos con aquella generosidad de ánimo que tanto le distinguió. Afirmaba que «en lo que más importa, pensamos lo mismo y amamos lo mismo», según una carta dirigida al exilario santanderino (36).

Por suerte, hoy pueden leerse las numerosas epístolas cruzadas entre M. Pelayo y Juan Valera (37) en los que hay abundantes alusiones al crítico asturiano. De esta forma, los juicios de Menéndez Pelayo sobre Alas son de dos categorías; los directamente dirigidos a Leopoldo y los escritos a sus espaldas. De los dos nos aprovecharemos en las notas que siguen.

A juzgar por sus cartas, D. Marcelino no era temperamento que se apasionase con facilidad por sus amigos. Unamuno, con su prodigiosa intuición, ya advirtió esta frialdad esencial del carácter de M. Pelayo. Sus epístolas a *Clarín* no desmienten esta idea. Son corteses, afables, dignas; pero rara vez penetran en la intimidad. Jamás habla M. Pelayo de su mundo espiritual; sólo de libros y lecturas. A veces apenas verle sumergido en ese universo literario sin parecer acordarse de ninguna otra cosa. En cambio, Alas es todo nervio y entusiasmo; se llena de emoción y de ternura, ríe, grita o llora por cualquier cosa; es como un niño, impresionable y sincero. Por el autor de los *Heterodoxos* sería capaz de todo; él pide opiniones, le envía sus libros, le elogia sin cesar; le envidia noblemente y le admira; le maravilla su enorme saber, sus conocimientos del griego y del latín; su férrea voluntad de trabajo, su fe en Dios y en sí mismo. *Clarín* gozaba como nadie por los triunfos de M. Pelayo y cuando estuvo en su mano le dió para popularizar su figura. Asombran su generosidad sin límites, sus reproches cariñosos al «maestro» que a veces le trata con formulismos oficiales. La bondad profunda de Leopoldo, su ansia de encontrar un refugio espiritual en una gran personalidad conocida, son patentes en estas cartas escritas a prisa y corriendo, con cierta alegría infantil a veces, pero siempre con nobleza absoluta. Las epístolas conservadas alcanzan el tiempo comprendido entre 1883 y 1900, pero con interrupciones considerables.

Hay que destacar, ante todo, la humildad de *Clarín* ante su genial discípulo; apenas hay una de sus cartas que no contengan una justificación que nadie le ha pedido, apenas hay una en que no asome la timidez que le acomete de carterarse con aquel amigo a quien considera un coloso de las letras. Se siente inferior a él, no sólo culturalmente, sino hasta como hombre y como escritor. Quiere disculparse ante M. Pelayo, hablándole de sus necesidades económicas y de sus hijos: «Yo ahora—le dice—no escribo más que para el cocido (tengo dos hijos ya)» (38). En otra ocasión, escribe: «Amigo, tres hijos son muchos hijos y sa-

---

(36) Véase el *Epistol* de 1943, p. 32, carta del 12 de diciembre de 1884.

(37) *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, Madrid 1946.

(38) *Epistolario* 1943, p. 48, 12 marzo 1888.

len a muchos artículos cada uno» (39). Como siempre, juzga terrible pecado la posibilidad de no ser novelista y haberse equivocado: «Estoy desorientado, dudo de mí en grado máximo, se me antoja ridículo a ratos haberme creído semi-novelistas» (40). En el mismo Leopoldo de todos los momentos, el hombre sincero, ansioso de confidencias, el que aquí nos habla, ¡Hubiera deseado ser tantas cosas! Ante todo, perfeccionar su educación cultural, que consideraba pobre, en comparación con la de su amigo. No es que *Clarín* no hubiera leído mucho y sobre materias muy variadas, pero le dolía no haberlo hecho con un sistema definido. A veces se arrepiente de no haber proseguido sus estudios de alemán: «Pienso volver ahora con fuerza al alemán, pues tengo muy olvidado lo poco que sabía» (41). Un año antes de morir, lamenta no poder dedicarse de lleno al estudio de los clásicos nacionales y escribir detenidamente sobre ellos: «...mis lecturas, pensamientos y aficiones cada día me alejan más de la esperanza de llegar algún día a estudiar lo suficiente de nuestras letras antiguas para poder, sin ser ridículo por mi pobreza documental, decir algo de lo mucho que inspira en mí ánimo y fantasía la lectura de nuestros grandes autores» (42). He aquí una distinción fundamental entre el asturiano y M. Pelayo: *Clarín* reconoce el valor de la erudición y del acopio de datos científicos, pero no se siente con fuerzas ni con tiempo para llegar a ella. Muchos de estos proyectos de Leopoldo nacen simplemente ante su mesa de trabajo, cuando se disponía a escribir a su amigo; son como el resultado de un cotejo semiinconsciente con la personalidad del «maestro». La docilidad de Alas se ve patente cuando espera la opinión de M. Pelayo sobre alguno de los autores que más influencia ejercieron en el ánimo de Leopoldo; así, refiriéndose a Renan, escribe: «Es Vd. de los pocos europeos cuya opinión podría influir en la mía hasta el punto de hacerme *repensar* mi juicio...» (43).

Hombre todo corazón fué Alas. De cuando en cuando vierte su alma en estas cartas íntimas, no destinadas a la publicidad: «Bueno que Vd. sepa muchísimo más que uno, ¿pero tanto, tanto? Por muy modesto que me quiera hacer, tengo que declarar que mi pobre cabeza era digna de menos ignorancia. No entiendo mal del todo las cosas, ¡pero sé tan poco!» (44). En efecto, *Clarín* no tenía nada de modesto en sus años mozos; la humildad y la mesura parecen incompatibles con el arriesgado papel de crítico que aceptó tan valientemente. Más bien hemos de considerarle como hombre de gran amor propio, confiado en sí mismo

(39) *Op. cit.*, p. 51, 9. junio 1891.

(40) *Op. cit.*, p. 48, 12 marzo 1888.

(41) *Epistolario*. 1943, p. 42, 12 marzo 1888.

(42) *Op. cit.*, p. 111, 23 marzo 1900.

(43) *Op. cit.*, p. 66, 12 octubre 1892.

(44) *Op. cit.*, p. 66-67, carta sin fecha, pero que debe de ser de fines de 1892 o principios de 1893.

en muchas ocasiones, sin embargo, su trato con M. Pelayo hizo cambiar algunas de sus ideas y hasta desplomarse en él aquella seguridad juvenil tan característica. Su alma quiere desnudarse por completo ante el autor de *Haracio en España*: «Hágame Vd. el favor, ahora y siempre, de apreciarme a mí un poco más que a mis escritos...» (45).

Leopoldo, llavado por su deseo de servir y honrar al ilustre polígrafo, le consigue, no sin esfuerzos, un nombramiento de Senador por la Universidad de Oviedo, venciendo la oposición de liberales y conservadores en el seno del Centro. Sus cartas sobre este asunto son de lo más interesantes por la intensa alegría, embriaguez amistosa y afecto profundo que respiran. A pesar de que M. Pelayo hizo poco caso de las obligaciones de su cargo, *Clarín* consigue que sea reeligido, y entonces dedica a su condiscípulo una epístola cargada de emoción. No puede soportar que Marcelino le trate con despego o con indiferencia; le hace dulces reproches de amistad, pero finalmente—siempre en la misma carta—acaba de justificarle: «Que hay que dispensar mucho a quien está tan ocupado como Ud., ya lo sé. Yo le dispenso, y por eso, porque en el fondo, no estoy ofendido de veras, le hablo de mi agravio (oh, ilustre distraído!)...» (46). Sabe perdonar fácilmente este Leopoldo nada rencoroso, aunque la contestación del santanderino se haga esperar mucho tiempo. No parece que Menéndez Pelayo se diese cuenta clara de esta cercanía efectiva, de estas expansiones sentimentales de *Clarín*, algo indefinible envuelve su corazón y le impide contemplar la verdad que tan cerca tenía (47).

Ahora será el mismo Menéndez Pelayo quien nos hable de sus ideas sobre *Clarín*, ya dirigiéndose a éste, ya a Juan Valera. Para el maestro de la historia literaria española, era Alas un crítico excelente, el mejor de la España de su época. Cierto es que en un principio sus juicios sobre Leopoldo—al igual que los de Valera—no fueron tan elogiosos, y que siempre formuló ciertos reparos y distinguos a la ingente labor del asturiano. De todos modos, supo D. Marcelino reconocer la valía de *Clarín*, ya que no acertó a calarle como hombre y como escritor. Se ha de tener en cuenta que M. Pelayo tenía poderosos motivos para estar agradecido de su amigo, ya que éste fué uno de los pocos que aquilató en su justo valor la actividad originalísima y enciclopédica del santanderino. En aquel ambiente muerto o casi muerto para las novedades intelectuales, sólo Leopoldo dejó oír su voz que entonaba un ferviente himno de admiración en alabanza de M.

---

(45) *Op. cit.*, p. 68, la misma carta que la de la nota anterior.

(46) *Op. cit.*, p. 98, 28 abril 1896.

(47) Abundan en el Epistolario de Leopoldo las observaciones sobre su concepto del arte y de la novela; no obstante, dejaremos de incluirlas aquí para analizarlas más adelante.

Pelayo. Este lo reconoce: «Las palabras de V. D., oídas siempre con respeto y atención en España, tienen para mí doble valor por ser casi las únicas que sobre mis libros se escriben» (48). Y, hablando de la indiferencia con que era acogida su *Historia de las Ideas Estéticas*: «El aprecio de Vd. y de otros muy pocos amigos inteligentes es lo único que me hace perseverar y me alienta» (49). El principal reproche que hacía a su antiguo condiscípulo era el de sus desequilibrios en la censura literaria. Ve en Alas «un talento crítico de los más originales y vigorosos, al cual no le falta más que sacudir el yugo de ciertas antipatías, quizá instintivas, y ver todas las cosas con serenidad absoluta» (50). Con tenaz perseverancia catequista, M. Pelayo mide los progresos que hace su amigo hacia la espiritualidad religiosa. Ya en 1884, *Clarín* le decía: «También le agradezco a Vd. su buen deseo de que Dios me lleve a sus ideas» (51). Y en 1891 hacía esta elocuente confesión: «Lo que yo espero es que Vd. no vea en esta profunda idealidad y hasta religiosidad mía (paso media vida pensando en Dios) prurito de seguir corrientes extranjeras de última moda» (52). Menéndez Pelayo, por su parte, no perdona ocasión de insistir en el tema cristiano. Con motivo de un Discurso de Alas en la apertura del curso 1891-1892 en la Universidad de Oviedo, le escribe: «... se me ensancha el alma cuando veo a un liberal como Vd. coincidir conmigo en lo esencial del terrible problema de la enseñanza, que nadie, ni liberal ni conservador, se atreve a plantear aquí en sus verdaderos términos, es decir, la absoluta necesidad de la educación religiosa, no ya sólo para que la vida colectiva no acabe de disolverse, sino, lo que importa más, para la salvación del alma propia, como quiera que esto se entienda...» (53). Al dar el pésame por la muerte de la madre de *Clarín*, no se olvida de exhortarle a guardar «aquel espíritu religioso que con tanta sinceridad ha mostrado Ud. en sus últimos escritos, y que tanto nos agrada a los que bien le queremos» (54). Por último, felicitaba a Leopoldo por haber obandonado el Krausismo, «aunque no dejen de quedarle ciertos ras- tros y vestigios...» (55).

En sus cartas a Valera, Menéndez Pelayo se muestra más desenfadado y abierto. Sin duda critica a *Clarín* algunas veces, pero no como personalidad completa sino por sus juicios sobre tal o cual autor desdeñado por el santanderino. No

---

(48) *Op. cit.*, p. 52, 16 septiembre 1891.

(49) *Op. cit.*, p. 50, 31 enero 1889.

(50) *Op. cit.*, p. 41, 13 mayo 1887.

(51) *Op. cit.*, p. 32, 12 diciembre 1884.

(52) *Op. cit.*, p. 55, 6 octubre 1891.

(53) *Op. cit.*, p. 57, 26 octubre 1891.

(54) *Op. cit.*, p. 102, 5 septiembre 1896.

(55) *Op. cit.*, p. 110, 8 abril 1898.

vamos a pensar que Leopoldo fuese el modelo del crítico perfecto para M. Pelayo; no, le faltaban algunos atributos considerables, entre ellos—¡cómo no!—el de su precaria educación humanística. He aquí la semblanza más sincera que de *Clarín* haya trazado la pluma de M. Pelayo: «El mismo *Clarín*, que de los (críticos) más leídos y discretos, gusta mucho de andarse por las ramas, y muy pocas veces se penetra del espíritu de los libros, a no ser dramas o novelas, que en esto suele tener muy buen ojo, aunque adolezca a veces de parcialidad y se extreme en el encomio o en la censura sin razonable fundamento para tales extremos. En materia de poesía lírica no tiene tan buen gusto, y a veces lo tiene rematadamente malo. Lo creo poco sensible al encanto de la forma, porque su primera educación clásica fué bastante descuidada. Pero tiene agudísimo ingenio, y quizá llegará a fuerza de estudio a suplir lo que le falta. De todos modos, no hay en la nueva generación quien se le pueda poner delante. ¡Lástima que el modo acerbo que usa le haya grangeado tantos y tan feroces enemigos, los cuales, además, con sus injusticias y alharacas contribuyen a precipitarle más y más en el camino de la esperanza y de la violencia!» (56). Quien habla aquí no es el M. Pelayo historiador y crítico, sino el poeta amigo de los clásicos grecolatinos, el cantor de «Aglaya» y otras damas aristocráticas. Como se ve, el santanderino conjuga aplausos y censuras, rectificando a cada paso, como quien teme no pisar terreno firme. A pesar de todo, de esta carta se desprende—dado el gusto severo de M. Pelayo—una latitud francamente elogiosa para Leopoldo Alas. No dejó de observar el gran polígrafo la evolución interior del hombre *Clarín*, y así lo señala en una carta: «Cada día se va haciendo menos áspero y más tratables y optimista» (57). Reconoce igualmente las enormes dotes de Leopoldo como novelistas; si bien le repugna estéticamente su tendencia naturalista (58).

#### VALERA

No existen o, al menos, no se han publicado las cartas de Valera a *Clarín*; si las del cordobés a M. Pelayo, en las que de cuando en cuando se hacen referencias a Leopoldo. Conocida es la personalidad de don Juan Valera, diplomático y escritor insigne, poeta, novelista, autor dramático, crítico literario; hombre de exquisito gusto, de grande y selecta cultura, de temperamento amigo de la comodidad y la belleza. Aquí sólo nós interesan sus referencias a *Clarín*. Valera de naturaleza impresionable y ondulante, ha emitido muy diversos juicios sobre nuestro autor. No le perdona que elogie sin medida al prosaico Campoamor o que

---

(56) *Epistolario entre Valera y Menéndez Pelayo*, Madrid, 1946, p. 281, carta 202, 29 julio 1886.

(57) *Op. cit.*, 378, carta 272, 16 mayo 1887.

(58) *Op. cit.*, p. 234, p. 433.

zahiera a Ferrari; que aplauda los detestables dramas de Eugenio Sellés, etc. Pero, a pesar de todo, muy pronto ha de reconocer que *Clarín*, a pesar de sus manías, es de lo que más vale» (59) y aconseja a M. Pelayo que «importa traerle del lado nuestro y quitarle un poquito de su mucho entusiasmo por Echegaray y Pérez Galdós...» (60). Tres años más tarde, admite grandes valores en el crítico asturiano: «Miro yo a *Clarín* con el más discreto, inteligente y ameno de nuestros críticos de hoy que se ocupan en hablar de los autores contemporáneos, sin desconocer que es apasionado hasta la injusticia...» (61). Fácil es de comprobar que los gustos literarios de Valera y M. Pelayo eran idénticos o muy parecidos. Cuando Valera espera que *Clarín* hable del tomo de poesías de M. Pelayo, no puede reprimir su impaciencia, ¿qué dirá de él? (62). Si es el propio cordobés el autor de los versos publicados, su ansiedad redobla (63). Por in, lee «el artículo de *Clarín* en mi elogio, y verdaderamente no se cómo agradecerle tanta bondad y generosidad, poco o nada común entre nuestros literatos» (64). Estas son palabras de autor agradecido, al fin y al cabo. Valera y M. Pelayo sentíanse poetas, antes de cualquier otra cosa; esta vocación irresistible les unía más y más, sobre todo porque su lírica era de gustos clásicos y de eruditos, por ello sorprendió aún más a Valera el aplauso generoso de Alas. A pesar de ciertas frases irónicas, la estimación del autor de *Pépita Jiménez* por *Clarín* creció con el curso de los años. En los momentos en que sus antiguas creencias escepticistas sufrían rudos embates y soñaba con una restauración intelectual de la España de su tiempo, Valera incluía a Leopoldo entre los promotores del movimiento: «Vamos a ver si entre usted (M. Pelayo), Alas, algunos otros, y yo, aunque flojo, resucitamos por completa la mente española, con las condiciones que en el siglo XIX, y aún XX, conviene que tenga... Es menester combatir el barbarismo extranjero, el arcaico y el liberalismo también» (65). Por último, hay que decir que el elegante prosista andaluz estimaba en mucho la producción novelesca de *Clarín* (66).

### UNAMUNO

Y llegamos al término de nuestra labor de acotadores de la correspondencia de *Clarín*. No son muchas las cartas que M. Unamuno cruzó con el crítico astu-

---

(59) *Epistol, entre V. y M. Pelayo*, 147, carta 109, 5 marzo 1883.

(60) *Op. cit.*, p. 147-148.

(61) *Op. cit.*, p. 271-272, carta 196, 16 junio 1886.

(62) *Op. cit.*, p. 148, 150, 151.

(63) *Op. cit.*, p. 273.

(64) *Op. cit.*, p. 276, carta 199, 1 julio 1886.

(65) *Op. cit.* p. 411, carta 294, Bruselas, 2 noviembre 1887.

(66) *Op. cit.*, p. 430, por ejemplo.

riano; tampoco sus relaciones fueron muy cordiales por parte del último, como veremos. Sin embargo, constituyen un monumento inapreciable para la historia del espíritu del genial autor vasco. Era Unamuno (1864-1936) doce años más joven que *Clarín* y durante mucho tiempo los escritos de Alas removieron en su conciencia profundas tempestades. El catedrático de Salamanca bebió en las obras de Leopoldo con harta frecuencia, reconociendo siempre la importante deuda ideológica que con él había contraído. Unamuno, que seguía paso a paso la evolución de *Clarín* y que ansiaba ardientemente darse a conocer por entero, aprovechó un fútil pretexto para comunicarse con su maestro. Con fecha 28 de mayo de 1895 escribe D. Miguel su primera carta a *Clarín*, dándose a conocer y haciéndole varias observaciones lingüísticas sobre un artículo que aquél había publicado en *El Imparcial* de Madrid. Al final de la epístola, no puede contener su nerviosa curiosidad y revela el verdadero propósito que le guiaba a escribirle: «... usted, que tiene penetración y experiencia, verá desde luego lo que hay de pretexto en la ocasión de que me he servido para dirigirle esta carta. Y no digo más» (67). Más tarde, le confiesa haber visto «uno de sus más asiduos lectores...» (68). Se encuentra Unamuno en momentos de honda perplejidad espiritual; su alma en un hervidero continuo de sentimientos; su mente bulle de pensamientos. Quiere dejarse oír en España; tener un público amplio; saber si sus escritos encierran verdaderas novedades. Y, a la vez, una irresistible simpatía le arrastra hacia *Clarín*, figura para él gigantesca y en la que ante todo busca su secreto humano, sus congojas íntimas. Unamuno era todo pasión y todo intelecto; sus cartas se distinguen por un ardor casi inextinguible, como si estuviesen tocadas por un oculto fuego de amor inextinguible. Su aparente soberbia de algunos momentos se desploma ruidosamente cuando cree tener un oído amigo. Hemos de considerar sus relaciones con L. Alas como una verdadera tempestad sentimental, un huracán afectivo que todo lo borra, y que no deja de ser nunca viril, vibrante, impetuoso. *Clarín* no llegó a entender la fuerza psicológica y la sinceridad angustiosa del vasco; parece haberle escrito poco y sin entusiasmo. M. Pelayo se mostró poco íntimo con Alas, éste se mantuvo cortésmente alejado de las frases tumultuosas de Unamuno. ¿Cómo pudo estar tan ciego?

No se había ocultado a la perspicacia del Catedrático de Griego la metamorfosis espiritual de Leopoldo: «He seguido con interés y cuidado la última dirección de usted, su período místico en cierto modo, y tanto su artículo necrológico acerca del P. Ceferino, como «Chiripa», como otros trabajos de usted, me han sugerido mis ideas...» (69). Unamuno quiere entrar en seguida en el terreno de

---

(67) *Epistol.* de 1941, p. 46 y 55.

(68) *Op. cit.*, p. 49, 31 mayo 1895.

(69) *Op. cit.*, p. 53, 31 mayo 1895.

las confidencias: «Yo también tengo mis tendencias místicas..»(70). Y, a este propósito, le cuenta el argumento de un cuento que piensa escribir, de índole autobiográfica, acerca de un joven muy religioso que llega a perder la fe. Concluye: «Hasta que tenga el hombre el cristianismo en la médula no tendrá otro remedio que conservar sus formas; sin *forma* no hay conciencia y por éstas tiene que pasar lo que haya de organizarse en el hondón del espíritu» (71). Clara se ve aquí la actitud religiosa de Unamuno, para quien el amor a Dios ha de llevarse tan en lo íntimo del alma que no haga falta luego creer en Él. En este y en otros puntos es lo más probable que los dos escritores coincidiesen plenamente: ambos pasaron de la conciencia más arraigada a la pérdida de su ideal, y finalmente, volvieron al cristianismo entendido según una concepción muy particular y nada rutinaria. Para los dos, el sentimiento religioso se convierte en una obsesión, en el problema central de la vida; a él ligan la reacción ante la muerte y el más allá, el destino de la propia obra literaria, la vocación artística y la vida en el hogar.

Según Unamuno, el mérito supremo del escritor era hacer pensar a sus lectores, y este mérito lo reconocía como existente en *Clarín*: «Es usted no ya el primero, casi el único escritor español que me hace pensar» (72); es «el literato y pensador español a quien debo más ideas, gérmenes de ideas y cabos de hilo» (73). He aquí un nuevo aspecto de *Clarín*; ya no es sólo el hombre, o el novelista, o el crítico, sino el *pensador*, el renovador de ideas en España. A Unamuno se debe este juicio tan verdadero, que hoy está plenamente justificado. Tampoco deja de notar el autor vasco la mayor amplitud de criterio que se translucía con los años en la obra de Alas: «A usted, como a D. Marcelino (M. Pelayo), con los años se le va ensanchando y serenando el criterio, que nunca creo fué cerrado» (74).

Gracias a estas cartas rebosantes de entusiasmo, logró Unamuno que *Clarín* publicase algunos artículos sobre sus trabajos literarios. Faltaba, sin embargo, la prueba decisiva. Unamuno envía en diciembre de 1896 al crítico asturiano su novela *Paz en la guerra*, obra amorosamente cuidada y constituida, de carácter autobiográfico, y en cuya composición invirtió siete años. Esperaba las palabras de su amigo con enorme curiosidad e inquietud, pues siempre consideró el vasco esta novela suya como hija predilecta de su espíritu. Pasa el tiempo corren los meses, y *Clarín* no da muestras de interesarse por ella, ni siquiera de haberla leído. Unamuno sufre una dolorosa impresión, pero sabe callar. Al fin cuatro años después,

---

(70) *Op. cit.*, *ibidem*

(71) *Op. cit.*, p. 55.

(72) *Op. cit.*, 57.

(72) *Op. cit.*, p. 61, 2 octubre 1895.

(74) *Op. cit.*, p. 64, *idem*.



con motivo de haber publicado Alas un artículo sobre los *Tres ensayos* de Unamuno, éste le dirige una extrañísima carta. Allí juega Unamuno su última carta con *Clarín*, volcándose por entero en la confianza, desgarrando su alma a fuerza de asombrosa sinceridad y genial inspiración. Es dudoso que exista en ninguna lengua una carta tan desnuda, humana y que revele tan implacable sufrimiento como ésta: «Esta carta va a ser una confesión, voy a desnudarme en ella y alguna vez a desnudarle el concepto que de usted tengo formado» (75). Nada detiene a Unamuno en esta confesión espiritual; se muestra tal como es; reconoce sus deudas con *Clarín*, el deseo de triunfar en la literatura; los reproches que él y otros dirigen al maestro; su desilusión ante el silencio de Leopoldo sobre *Paz en la guerra*... Se toma a sí mismo como símbolo de la juventud estudiosa y exhorta a *Clarín* a que hable sobre ella y la defienda. Por esas páginas estremecidas cruza el alma atormentada de Unamuno, presa de cambios súbitos, oscilantes entre la humildad y el orgullo, entre la amarga ironía y la veneración casi filial. El monólogo se convierte a veces en diálogo frenético, convulso, alcanzando un patetismo espiritual inolvidable. Para poder ser más sincero todavía habla de sí mismo en tercera persona. Ante todo, trata de mostrar a Leopoldo la identidad espiritual que entre ellos existe: cómo los dos han sido igualmente incomprendidos y calumniados por la multitud: «Y él (Unamuno), que ve cuán mal juzgan estos flujos y reflujos de su conciencia, veía con cuanta ligereza juzgan de la actitud de usted en materia religiosa» (76).

La crítica de Alas sobre sus *Tres ensayos* indigna a Unamuno por ser demasiado hábil e insincera, por dejar caer, como al descuido, afirmaciones hirientes sobre su falta de originalidad. Apasionadamente defiende sus ideas...«... pues bien, amigo Alas, yo creo que sí, que aquel Unamuno «fuerte, nuevo original» (eran frases de *Clarín*)..., lo es no porque piense cosas nuevas (así no lo es nadie), sino porque las piensa con toda el alma y todo el cuerpo. Y su originalidad está en el modo de decirlas. ¡La aprecia en tanto el pobre!» (77). Pero pronto el autor de *Paz en la guerra* salta a la súplica emotiva, buscando el corazón del maestro: «... dígame sin embages ni rodeos, como a un hermano a quien se quiere guiar, como a un hermano, *Clarín*, como a un hermano (al describir esto se me turba la vista); dígame lo que ve en mí digno de corrección...» (78). Acaso nadie haya aconsejado a *Clarín* con tanto amor y generosidad como Unamuno. Véanse estas palabras: «¡Oh, amigo *Clarín*, si una vez lograra usted despojarse del hombre que tantos enemigos le ha creado y... abriese la puerta de su juicio crítico ínti-

---

(75) *Op. cit.*, p. 84, 9 mayo 1900.

(76) *Op. cit.*, p. 90, *idem*

(77) *Op. cit.*, p. 92, *idem*.

(78) *Op. cit.*, p. 94, *idem*

mo, y hablase con absoluta sinceridad de nuestro movimiento literario!» (79). Creo comprender los sufrimientos de su maestro al tener que componer críticas poco sentidas. «Porque el público no es justo con usted; a mí quisieron comerme vivo una vez que puse a usted sobre Menéndez Pelayo, como propulsor de nuestra cultura, y añadí que éste es frío siempre y usted tiene calor de alma» (80). Pide a gritos verse libre de la leyenda de «oscuro» y de «sabio» que pesaba sobre él; desea que *Clarín* lea *Paz en la guerra*, solicita su amistad sincera. Y confiesa finalmente: «... tengo la debilidad de fustigar más a los que más quiero, porque, por quererlos, los quisiera como deben ser, en consonancia con su hombre interior...» (81).

Al día siguiente, Unamuno escribe de nuevo a *Clarín*, casi arrepentido de haberse expresado con tal sinceridad, pero confía en que sus palabras no serán mal interpretadas. Ya no hay carta más de D. Miguel. Por desgracia, las de *Clarín* no se conservan. Este dramático episodio acabó probablemente así, sin que Leopoldo percibiese la grandeza efectiva del joven e impetuoso vasco, el más español de los escritores modernos de su patria, el pensador que habría de suceder a *Clarín* en la dura tarea de renovar la espiritualidad nacional.

---

(79) *Op. cit.*, p. 95, *idem*.

(80) *Op. cit.*, p. 96, *idem*.

(81) *Op. cit.*, p. 98, *idem*.

## EL PAISAJE EN LAS OBRAS DE SANTA TERESA(\*)

POR

SALVADOR MAÑERO Y MAÑERO

1.—De múltiples maneras y desde muy varios puntos de vista se ha demostrado que Santa Teresa es una escritora sensitiva, de fina y atenta observación, que nos muestra la Mística por el lado de sus bellezas. Esto es indudable; pero fácilmente se da a tales afirmaciones un alcance excesivo cuando no se fundan en el conocimiento directo de sus escritos. Por eso resultará paradójico, para muchos, decir que en Santa Teresa, la escritora tan sensitiva, no hay ni una sola descripción del paisaje.

Y se ve lo paradójico de tal afirmación con solo notar que entre todos los elementos sensibles, sin duda los más importantes para el escritor, lo mismo que para el pintor, son los visuales, los pictóricos; y entre éstos no es el sector menos extenso, ni el menos importante, el de los elementos paisajistas.

---

(\*) Dada la extensión del estudio del Sr. Mañero, nos vemos precisados a efectuar su publicación en dos partes. En el presente número publicamos la primera y en el próximo la segunda y última, con la cual se completará el estudio.

2.—Tratemos pues, de desentrañar la verdadera posición que adopta la Mística Doctora frente al paisaje. Para nuestro intento no conocemos ningún estudio que podamos aprovechar; las «Analogías de Santa Teresa» por el P. Luis Urbano O. P. es un libro agotado que no hemos podido tener a mano.

Mas no lo sentimos; no queremos utilizar datos extraños a las propias obras de la Santa; sino insistiendo en la rigurosa creación de nuestra tesis, prescindiremos de cuanto sabemos sobre la vida y carácter de Teresa, para recoger con toda pureza de una mente virgen de prejuicios falseadores, el auténtico paisaje teresiano que sus obras nos describen o nos sugieren.

En un segundo avance deberemos confrontar los resultados así obtenidos, con los que por medios extraños a los propios escritos de la Santa podamos indagar sobre su posición ante el espectáculo magnífico de la Naturaleza.

Investigaremos ante todo si la Mística doctora tenía cualidades auténticas de paisajista; después recogeremos todos los elementos que la Santa incluyó en sus obras, arrancados al paisaje y diseminados por ella sin formar conjuntos; finalmente estudiaremos los cuadros o paisajes propiamente tales que estén en sus obras ya en forma expresa, ya en forma implícita de sugerencia. A esta larga tarea que pudiéramos llamar de descubrimiento del paisaje teresiano, deberá acompañar su crítica estética, literaria y estilística, que valore su poder de emoción estético y lo encuadre en el adecuado momento literario que le corresponda.

#### I.—SANTA TERESA NO CARECIO DE DOTES PARA CAPTAR, SENTIR E INTERPRETAR EL PAISAJE

3.—Subrayamos desde luego, cómo en todas las obras de la Santa, no hay ni una sola descripción del paisaje. Y sin embargo cuando se terminan de leer sus páginas admirables, se tiene pleno convencimiento de que Santa Teresa tenía extraordinarios dotes para captar, sentir y describir el paisaje.

Prescindamos de lo que sabemos sobre su vida y carácter y asomémonos a sus escritos con la puridad de quien se enfrenta con las obras de un escritor anónimo.

4.—Salta a la vista en las que nos ocupan un raro poder de observación. Los símiles en ellas tan numerosos tienen la frescura de cosa vivida y la marca de una observación personalísima, directa y genialmente original. No son recursos apergaminados de literato; sino arrancados a Natura por la observación atenta. Se ve por ellos que Santa Teresa se asomó al paisaje desde un pináculo eminente ignorado por la mayoría de los hombres.

5.—Pero no basta la observación para captarlo e interpretarlo; es preciso además el sentido de las distancias y de las relaciones para yuxtaponer las individualidades en un conjunto, y también cierto poder de síntesis, armonizador, selector, vivificante, que funda los términos del conjunto en todo. Sobre el suelo muerto con todas sus excrescencias minerales y las plantas con su regocijo de follaje y las bestias y el hombre y las obras de la mano del hombre, que integran un completo paisaje, ha de cernerse dándoles unidad, un mismo aliento que les sirva de alma, un airecillo que incline todos los árboles hacia un mismo rumbo y fecunde el musgo en el lugar conveniente y dé a cuerpos y espíritus un mismo temple; es preciso en fin una tipicación de todos los elementos que los haga ser elementos de un determinado paisaje y no de otro cualquiera. Cuando la tipicación de cada elemento esté acorde con la de los demás, ciertamente habrá unidad, soplará un aliento invisible sobre las cosas inconexas del conjunto, habrá «un paisaje»; más o menos bello, acaso feo, pero al fin auténtico paisaje.

Entiéndase que hablamos del paisaje auténtico, que no es un mero amontonamiento de cosas, sino un tono armónico y uno.

6.—Para amontonar cosas es indudable que sobraba talento a Santa Teresa, pues sabía lo que es más difícil, pintarlas solas. Pero el lector superficial acaso se sienta tentado de negarlas estas cualidades precisas del auténtico paisajista. ¿Cómo, si no, falta en sus obras todo intento de aproximar los elementos que andan disper-

sos en sus metáforas y símiles para formar con ellos una descripción total del paisaje? El fino sentido del detalle que todos debemos reconocer a la Santa al ver cómo sabe fundar sus comparaciones en aspectos nimios y casi imperceptibles de las cosas, parece que la incapacitó para elevarse a la amplia visión de los conjuntos.

Solo el lector superficial, decimos se conformará con estos juicios. Que la Santa no era ciega para el paisaje como tal, es decir como conjunto, nos lo dice ella misma: «Bien nos pagó Nuestro Señor lo que se había pasado, en traernos a un deleite tan grande; porque de huerta y *vistas* y agua no parece otra cosa». (Fundaciones, 31, 39). No juzgo yo común, sino claramente excepcional, el profundo amor a las «vistas» que indican estas palabras. Muy profundo e íntimo hubo de ser el deleite con que la Santa contempló aquél paisaje, para dar por bien empleadas todas las penalidades y contradicciones que le ocasionó la fundación de Burgos, una de las muy penosas como se ve en el libro de las «Fundaciones».

7.—Nueve textos hemos recogido en los escritos de la Santa, encarecedores del placer de las «buenas vistas». Nos dice en unos que se recrea viendo el río desde la cama «que es harta recreación para mí» (Carta 41); o nos habla de su «celda muy linda, que hay al huerto una ventana» (Carta 80); en otros, ya aconseja contra la melancolía «ver cielo» (Carta 48); ya se congratula por haber comprado en Sevilla «con huerto muy gracioso, las vistas muy extremadas, el patio como hecho de alcorza» (Carta 74) y se entusiasma por ello hasta escribir: «El agua y *vistas* tomara yo en otra parte (es decir aunque fuera de peor parte) con mucho más de lo que costó, muy de buena gana» (Carta 72); ya supone que hay un hondo placer en «ir al campo a holgar» (Fundación, 11, 5); ya confiesa de sí misma que hartó se holgara de verse «cabe esas anaditas y aguas» (Carta 92).

8.—Por otra parte, la comprensión sintética era tan poderosa en la Santa como el sentido del detalle; pues aquella es el substrato humano de la contemplación en la que tanto importa la aprehensión intuitiva de complejos. La intuición lleva a la comprensión

sintética, y Teresa era esencialmente intuitiva, por mujer, por monja —si es cierto el dicho vulgar de que las monjas son dos veces mujeres—y sobre todo por genialidad.

9.—El sentido de las distancias no podía tampoco faltar a la monja andariega que escribió las «Fundaciones»; ni la facultad de captar las relaciones, a quien en sus símiles, tan sùtiles supo establecerlas entre lo visible y lo invisible; ni el don máspreciado de acertar a unir y vivificar lo inconexo, a quien hermanó los más opuestos mundos de lo sensible y lo sobrenatural.

10.—Todas las cualidades precisas al paisajista se concretan en la aptitud para captar y realizar la tipificación a que arriba nos referimos, o sea en aprehender las mínimas conveniencias que tienen las cosas, aun las más opuestas, por la sola coexistencia en un mismo tempero climático y consecuentemente las mínimas discrepancias que sufren las individualidades al cambiarse su entorno, es decir al pasar a otro paisaje.

Así ya está claro que el problema de cuáles son las cualidades precisas del paisajista—lo mismo escritor que pintor— se reduce a investigar cómo es posible captar estas conveniencias discrepancias *mínimas*, es decir a un problema de tacto, de profundidad y finura en la observación. Planteada la cuestión en estos términos tan sencillos, aun se aprecian más fácilmente las excepcionales dotes que tuvo Santa Teresa para tal captación; pues la finura de su espíritu observador es una de las cualidades más patentes en su vida y en su obra: «Aprovechábame ver campo, agua, flores, que me despertaban y recogían... y servían de libro» (Vida, 9, 4.) ¿No es dote de artista este saber leer en la Naturaleza viva mejor que en sobados pergaminos?

11.—Pero no sólo sabe Teresa captar sino también hondamente sentir, con hondura de alma lírica, a lo Fray Luis de León. No es Teresa una cámara fotográfica que copia al exterior vanal de las cosas; sino un espíritu adivinador que se adentra en ella hasta tocar su nervio vital y descubrir ocultas intencionalidades.

El poeta lírico no describe lo exterior, sino que se lo asimila y

después de adentrarlo en su espíritu íntimo, lo eructa hecho ya semejante a su propia substancia; de este modo acierta a darnos en una sola palabra juntamente con el perfume agreste de las cosas, el más sutil de sus intimidades, llenándonos de un regusto divino. Así sentía Teresa el paisaje y así habría descrito si describir hubiera pretendido, y al fin de cuentas así pasan a sus obras casi todos los elementos descriptivos que hay en ellas diseminados. El elemento corpóreo que sirve de punto de comparación en sus símiles, no son las cosas como realmente existen fuera en la Naturaleza; sino el trasunto interior que al contemplarlas dejaron en su espíritu. De tal manera las adentró dentro de sí, que las siente como parte de ella misma y tanto da decir que ella es una «hormiguica», como que las hormigas son sus hermanas: «La pobre hormiguica de mi alma» escribe repetidas veces. ¡Franciscanismo encantador que a todas las cosas da el trato tierno que conviene a nuestros hermanos! Mariposilla, hormiguica, asnillo (Vida, 30, 10), yerbecillas, arroyicos y arroyuelos (1<sup>as</sup> Moradas, 2, 3), airecillo, fuentecica...

Y es que Santa Teresa siente a Dios en todas las cosas y se siente a sí misma en Dios, o más exactamente se siente a sí misma y a todas las cosas hermanadas en el seno de la Divinidad. «Una vez entendí cómo estaba el Señor en todas las cosas y cómo en mi alma y púsome comparación de una esponja que embebe el agua en sí» (Mercedes de Dios, 44). Otra vez la dice Dios: «No trabajes tú de tenerme encerrado en tí, sino de encerrarte tú en Mí» (id, 18). ¿Cómo pues había ya de mirar el mundo exterior sino a través de la divinidad? «Sentimiento panteísta del paisaje» se ha llamado esto; pero conste que es un panteísmo al revés, no por degradación del concepto de Dios hasta igualarlo con la Naturaleza, sino por sublimación de la Naturaleza hasta descubrir en ella las huellas de los dedos del Creador.

12.—En el alma de Santa Teresa estaba abierta a la sugerencia; no sólo a la que venía de lo alto, sino a la que partía de las cosas naturales del paisaje. Cuando a éste miraba, le pedía una clara no-



ticia de sus elementos, según hemos visto; pero además le pedía una sugerencia, un apoyo para lanzarse al trasmundo de lo inmaterial. Así cada cosa de este bajo suelo llegó a ser para ella un símbolo de las bondades del Amado.

Buscaba en las cosas la sugerencia que se capta por la intuición, por el atisbo de la contemplación. Atisbar es esperar tras una celosía de belleza la fulguración del relámpago de la verdad; por entre el verde follaje se filtra el rayo de luz... No de otro modo se enfrentaba Santa Teresa con las cosas exteriores a las vistas mirando menos al follaje que al relámpago de las inspiraciones que de pronto brillaba. Así por sugerencia y atisbo aprendió cuanto sabía: «comprendí», «me parece»... repite cien veces en sus escritos. Aprendió sus libros; cuando llegó a las cumbres, por sugerencias divinas; antes de alcanzarlas, por sugerencias de las criaturas de su entorno, del paisaje.

13.—¿Pero cómo sentiría nuestra Santa el paisaje cuando su vista todavía débil no alcanzaba a descubrir en él a la Divinidad?, ¿cómo lo vería durante aquellos años juveniles en que, según ella, estuvo tan cerca de perderse?, ¿cómo lo habría sentido sin la transformación mística que en ella se obró?

Algo de esto podemos barruntar por sus escritos. Como alma popular y candorosa, creemos que vería el paisaje preñado de las ciegas intencionalidades con que lo pueblan las leyendas y el folklore del vulgo. Reminiscencias de estos vanos temores populares son el repulsivo horror por los sapos, culebras, sabandijas, y sobre todo aquél texto en que hablando de las disolutas costumbres andaluzas, nos dice la Santa con sabrosa ingenuidad: «No sé si la misma clima de la tierra, que he oído decir siempre los demonios tienen allí más mano para tentar, que se la debe dar Dios y en ésta me apretaron a mí». (Fund. 25, 1).

La que muchas veces en sus escritos hablo de lo poco que se debe temer al demonio sintió con todos los estremecimientos que producen las misteriosas y ciegas intencionalidades que la noche encubre. «Hízome pensar en ello, y aun haber miedo; porque siem-

pre los cuerpos muertos, aunque yo no lo he, me enflaquecen el corazón, aunque no esté sola. Y como el doblar de las campanas ayudaba, que como he dicho era noche de Animas, buen principio llevaba, el demonio para hacernos perder el tiempo con ñoñerías; cuando entiende que de él no se ha miedo, busca otros rodeos» (Fund. 19, 5). Aquí se revela el fondo del alma de Teresa abierto a las consejas populares de misterio y ultratumba. Tiembla sólo un punto porque ya su mente alumbrada por luces celestiales sabe que no hay por qué temer; mas cuando aún esas luces no le hacían ver cómo aquellos temores eran «niñerías», Teresa se sentiría cogida por las manos invisibles de la noche miedosa: El alba fué siempre para ella como un conjuro, también de misterioso poder, «que deshace las tinieblas del alma» y, salido el sol, ahuyenta las tonterías en que se había estado» (Vida 30, 10)

Pero sobre todo vería el paisaje muy más luminoso de lo que se pudiera esperar en Avila, la del cielo tan puro y profundo en algunos días del verano, como no lo hay en Nápoles; pero sucio y brumoso en todo el resto del año. Paisaje inundado de la luz e ideal como el de los libros de Caballería que ella leyó y poblado de paladines encantados: «Porque la desventurada mujer le tenía puestos hechizos en idollillo de cobre, que le había rogado le trajese por amor de élla al cuello... Yo no creo es verdad esto de hechizos determinadamente; mas diré esto que yo ví»... (Vida, 5, 2), Lo que quiere decir que no lo negaba «determinadamente».

14.—No sólo captar y sentir el paisaje, sino describirlo y aun pintarlo con su certera pluma hubiera logrado Santa Teresa. Desarrollar esta tesis sería salirnos de nuestro tema; pues preciso nos había de ser ponderar las admirables dotes de la Santa como escritora. La pluma era un juguete dócil en sus manos; escribía como hablaba y tenía el don máspreciado del escritor: el poder expresar con la tinta cualquier idea que se proponía tan claramente y con tal fuerza como si viéramos sus ademanes y su rostro expresivo. Esta expresividad y las minucias a que sabe descender,

sin hacerse pesada, cuando narra o compara, nos hace creer que había en Teresa una fuerte y atrayente paisajista.

15.—Aun pretendemos adivinar que en este aspecto la Santa hubiera sido una precursora del moderno impresionismo, por el predominio absoluto que hay en sus obras de la luz sobre el color. Pasamos así a estudiar los elementos descriptivos del paisaje en los escritos de la Santa.

## II.—LA IMPORTANCIA RELATIVA DE LOS ELEMENTOS PROCEDENTES DE CADA ESFERA SENSORIAL, EN EL PAISAJE TERESIANO

16.—Nos encontramos desde luego con un evidente predominio de los elementos visuales sobre los procedentes de las otras esferas sensoriales. Teresa era un tipo claramente visual. Lo pusimos en duda al leer un notable texto de su autobiografía en que nos dice que «tenía tan poca habilidad para con el entendimiento representar cosas, que si no era lo que veía no me aprovechaba de mi imaginación, como hacen otras personas, que pueden hacer representaciones a donde se recogen. Yo sólo podía pensar en Cristo como hombre; más es así que jamás le pude representar en mí, por más que leía su hermosura y vía imágenes, sino como quien está ciego u ascuras, que aunque habla con una persona y ve que está con ella, porque sabe cierto que está allí, digo que entiende y cree que está allí, más no la ve» (Vida 9. 5).

Esto nos hace pensar si Teresa sería, como algunos han indicado un tipo olfativo; ya que la posibilidad de que fuera de otro distinto del visual o del olfativo está descartada con solo leer una página de sus escritos.

Pocos autores en verdad darán tanta importancia como Teresa de Jesús al dato olfativo; por eso no es descaminado tratar de acercarla al grupo en que forman Zola, Turguenief, Grillparzer, Preyer. Pero apesar de todo aun son muchos más en las obras de Teresa los datos visuales que los olfativos; y por otra parte no comprendemos cómo una inteligencia poderosa puede tener en el

sentido del olfato, tan poco ideético, una base suficiente para lanzarse al mundo de las ideas.

El texto citado acaso puede interpretarse sin negar el poder ideético-visivo de la Santa, con sólo atender a la distinción entre el tipo de aprendizaje y el pensamiento; o entre el tipo de la reproducción y de la fijación y de la evocación; o más sencillamente refiriéndolo a las diferencias que naturalmente hay entre lo imaginado y lo sentido actualmente. De todos los modos es cierto que la Santa, según este mismo texto, sólo podía imaginarse a «Cristo como hombre» y «era muy amiga de imágenes» (ibidem), lo que realmente indica un tipo visual.

17.—Corre por todos los escritos de Teresa, un rayo de luz suave y tibio que se remansa en las aguas claras de mil «fontecicas» o alguna vez juega en los chorros de los «arroyicos» que se despeñan o en las aguas vivas de la Samaritana, que saltan hasta la vida eterna, o se reflejan o se quiebra en cristales y espejos, o se hace alucinadora de diamantes y perlas preciosas o toma la apariencia de «angel de luz» o llega a simbolizar arcanas «iluminaciones» de Dios al alma, o se convierte en «viva llama de amor», o en blancura de inocencia.

Visión luminosa de amanecer; luz clarísima, sin estridencias, que no hiere a la vista aunque penetre hasta los rincones del alma; luz difusa, vislumbre de cielo..... Y es tan radiante esta luz que impide ver los colores de las cosas, si no es allí donde no penetra sin celajes: en la obscuridad negra que sirve de fondo a los rojos de las llamas del infierno, o en el clarooscuro de las Moradas inferiores donde las almas se debaten con cien «cosas ponzoñosas» y no han abierto aun los ojos a esta luz cegadora que viene de Dios».

¿De qué color son los árboles y las tierras del paisaje teresiano? yo me lo figuro—la Santa no nos lo dice—de un verde claro como el de los prados llenos de rocío cuando despunta el alba regocijada de primavera.

18.—Pues, ¿y las flores? ¿cuál es su especie o su color? La Santa se lo calla la mayoría de las veces. Yo también aquí aventuro

mis sospechas ¿no serán azucenas? jazucenas como aquellas entre las que la Esposa dejó su cuidado, y a sí misma se dejó, reclinando el rostro sobre el Amado! Al menos la azucena es la flor de Santa Teresa, menos por su simbolismo que por resumir tres grandes gustos de la Santa: su entusiasmo por los perfumes, su amor lo blanco y su aborrecimiento a las culebras, que según la vulgar conseja huyen de las azucenas. Al menos, ciertamente eran «flores blancas» (Fund. 20, 7); y tal vez «claveles olorosos» (Vida, 14, 6), se entremezclaban con las azucenas. No cita Teresa ninguna otra clase de flores en las mil páginas de sus obras; pero sin duda conocía las «rosas y jazmines» del nostálgico cántico «Veánte mis ojos, Dulce Jesús mío», y fueron los aromas de la más preciada «flor de serafines» lo que la embebeció y sacó de sus sentidos.

19.—Los colores que recogió Teresa en sus obras son también muy limitados: tan solo blancos y negros se prodigan en ellas con un sentido notable de claroscuro; hay blancos de leche, de nieve, de luz clara, de agua de remanso, de alba, de mediodía, de brillantes. Y medias luces, y tinieblas absolutas.

El rojo es para Teresa una tonalidad del blanco, es el rojo de las llamas del Sol divino, porque no alumbra. Sólo una vez se habla de «damasco azul». (Fund. 3, 8) y otra de «azucar rosado» (Carta 90). Pero el color predilecto de Teresa es el verde; ella no nos lo dice, ni aun lo nombra; mas metido está en sus árboles y yedras y esmeraldas. Para agotar los textos en que Santa Teresa habla de colores, citemos los tafetanes «amarillos y de carmesí» con que se adornó la claustro del convento de Sevilla en su inauguración (Fund. 25,13). ¿No nos sugiere esta combinación de rojo y gualda los colores de la bandera española en una época en que todavía no existía? Y sobre todo ¿no nos sugiere las colgaduras con que se adornan los balcones de nuestras casas cuando por delante de ellas pasa el Santísimo en procesión? Pues en la procesión de aquel lejano año 1576 cuando aun la bandera española no era roja y gualda, ya estos colores, eran los colores del Santísimo, ¡qué de sugerencias encerradas en el citado pasaje de Santa Te-

resa, cuyo comentario por desgracia no cabe en este lugar!

20.—El sentido de las formas, sin duda lo tenía muy notable la Santa. Así nos lo persuade su gran propensión a las representaciones figurativas (C. P. c 26) y cierto sentido plástico que hay en sus símiles: «casas de pajitas» «patio de alcorza», o cuando nos pinta el infierno «a manera de un horno muy bajo y oscuro y angosto»... «y a al cabo estaba una concavidad metida en una pared a manera de alacena» (Vida 32, 1). Como escribió sobre realidades desconectadas de toda forma, pocas ocasiones tuvo realmente de aplicar ésta su dote artística; pero en muy alto grado hubo de tenerla quien tan acertadamente percibía las cualidades estéticas de la forma; lo hermoso, lo lindo, lo bonito: «¡Ah, qué hermosita se va haciendo!—escribe de Sor Isabel—; cómo engorda y qué bonita es ¡Dios la haga santa» (Carta 83) y en la misma página dice: «¡Oh qué bonita cosa es Tomás de Gracian!» (Ibid.) «Esa de Nicolao no debe ser más de bonita» (Carta 81). Pues y ¿cómo pasar por alto la «grandísima hermosura» de «solas las manos de la humanidad sacratísima que «ver cosa tan sobrenatural y hermosa desatina»? (Vida 28, 2). Y llevando ésta su complacencia en las formas bellas hasta el santuario de las visiones sobrenaturales nos dice con ingenuidad candorosa al narrar una visión de la Virgen María, que «por figuras no determinó ninguna particular; sino toda junta la hechura de rostro» y pareciole muy niña, (Vida 33, 9).

En aquellas visiones que la sacaban de sí con su soberana hermosura y parecían atar las potencias del alma, quedaba suelto su sentido de las formas bellas y con curiosidad se preocupaba de entender cuál era el calor y el tamaño de los ojos de Cristo, mereciendo por ello que se le perdiera la visión del todo; bien que algunas veces, el buen Dios autor de las formas bellas, no podía menos de mirar entonces con más piedad al alma infantil y pura de Teresa sumiéndola con su mirada en un más profundo arrobamiento (U. Vida, 29, 1). Aquel alma inmaculada que desconoció los pensamientos impuros, comprendía muy bien que por la vista

de los cuerpos hermosos y con muchas gracias, se alzara la mente a alabar al Criador (Vide, C. P. 6,4).

21.—Hemos apuntado la manifiesta delectación de Teresa en los aromas. No debemos sobrepreciar este dato innegable pretendiendo que la imagen más típica de la Santa es la del perfume, a diferencia de las figuras de luz peculiares del Doctor Extático. Esto no es exacto; pues en Santa Teresa, igual que en San Juan de la Cruz, es más frecuente y más fecunda la imagen de luz que la de olor.

Por imágenes de luz se ejemplifican en ella las diferencias entre el estado de gracia y de pecado y de heregía—recordemos la imagen del rayo incidiendo sobre espejos de diversas calidades: ya terso, ya empañado, ya quebrado—por la imagen del agua cuando la da el sol explica como se opera en el alma ya muy purificada el conocimiento de sus imperfecciones; en fin, a imágenes de luz se reduce la más sistemática concepción mística de la Santa, las «Siete Moradas».

Lo indudable es que Teresa era excepcionalmente sensible a los olores. Nada hay que tanto le repugne como los malos olores, la hediondez, que parecen tener un enlace en su subconsciente con todo lo que invenciblemente le desagrada: sapos, culebras (Vida, 22,8) ponzoña, agua sucia (Moradas, 1.<sup>as</sup>, II, 2); presencia del diablo, pecado, (Moradas 1.<sup>as</sup> II, 2) disipación—«recreación pestilencial», la llama en su «Vida» (7,3)—; negrura, infierno. Y conoce no menos el profundo deleite de los buenos olores desde los agrestes del huerto y los sanos frutos, pasando por el de las flores y el más suave de los ungüentos de la Esposa de los Cantares, hasta el perfume que embebece y transporta y es «como si le echasen a uno en los tiétanos una unción suavísima a manera de gran olor». («Conceptos del amor de Dios», IV, 2). Solo una fruta nombra varias veces la Santa en sus escritos, el perfumado membrillo (Cartas, 19 y 80), el «lindo membrillo». En una ocasión agradece el regalo de unas «naranjas dulces» (Carta 90); pero mejor la conocía quien la obsequió con «agua de azahar» (Carta 81).

22.—En esta sensibilidad olfativa descubrimos el alma profundamente femenina de Teresa. Pero lo curioso es notar la honda repercusión que esta cualidad hubo de tener en la posición que Teresa adoptara frente al paisaje. Como se ha hablado de «sonidos coloreados», yo creo que también se puede hablar de colores perfumados. El saboreo de los olores del paisaje solo es posible sumergiéndose en él y viviéndolo, destruyéndolo tal vez al faltar las distancias que hacen posible la visión sintética; pero a cambio de una más exacta y próxima comprensión de sus elementos.

23.—El paisaje teresiano es silencioso, «sin ruido de palabras» (C. P. 25,2) como conviene al recogimiento místico; alguna vez hay aguas que se despeñan o trinos de pajarillos (Moradas 4.<sup>as</sup>, I, 10) pero esto puede ser efecto diabólico (ibid). Es mejor el silencio, la subida «quietud» y en medio del silencio de las cosas, el alma oirá el «silbo suave» del Amado que recrea y enamora y transporta las potencias; «y esta voz tan dulce que se deshace la pobre alma en no hacer luego lo que le manda» (Moradas, 2.<sup>as</sup> 3, 2).

Paisaje callado, tal vez eremítico de soledad y desierto como «El Tardón» (Fund. 17,8); tal vez de prado (Fund. 20,7) o de floresta o de huerto (Vida, 14,6) regados por la mano del «hortelano celestial» o como diría San Juan de la Cruz «la música callada, la soledad sonora...

### III.—ELEMENTOS DE PAISAJE EXPRESO DISEMINADOS POR LAS OBRAS DE LA SANTA SIN FORMAR CUADROS

A).—Elementos paisajistas que aprovechó la Santa de cada uno de los paisajes típicos regionales que contempló en sus andanzas de fundadora:

24.—Vamos por fin a traer a cuento concretamente todos los elementos descriptivos del paisaje, que siguiendo paso a paso los escritos de la Santa, encontraremos. Para poner en ellos algún orden que sea lo menos arbitrario posible, trataremos de agruparlos por sus analogías, formando cuadros típicos de las varias regiones de que los arrancó Santa Teresa.



Esta en sus andanzas de fundadora tuvo ocasión de conocer el paisaje castellano de Tierra de Campos (Burgos, Palencia, Valladolid, Duruelo, Medina del Campo); y de la cordillera central (Avila, Segovia, Soria); también el paisaje manchego (Toledo, Malagón de Ciudad Real); y el de Alcarria (Pastrana de Guadalajara y Villanueva de Cuenca); y el andaluz (Sevilla, Beas de Jaén) y en fin el de transición de la España húmeda (Salamanca). Conoció en una palabra los paisajes típicos de toda la España no litoral.

Pero sobre todo conoció el de la «Tierra de Cantos» donde se mecía su cuna, Avila, la de las grises montañas; la del cielo azul profundo, puro en verano hasta sufrir el parangón con el de Nápoles, nebuloso y sucio en los fríos inviernos; la de las murallas y de los caballeros; la de las bellísimas puestas de sol; la de los riscos cubiertos de encinas; la Señora del Amblés sentada sobre el Adaja, el río de las aguas bullendo entre las arenas y de los peces exquisitos e incorruptibles; la de las «verdes salamanquesas»; la de las aguas claras de nieve fluente bajo el sol abrasador del estío.

Por sus lecturas conocía también estampas de paisajes literarios idealizados: el encantado y encantador de los libros de Caballerías; el implícito y difumado de las «Confesiones» de San Agustín; el admirable de Fray Bernardino de Laredo en la «Subida al Monte Sión».

Veremos como fué bien poco lo que en este aspecto del paisaje aprendió en sus lecturas con sus andanzas de fundadora por todas las provincias no litorales de España.

25.—La estampa típica de Andalucía, apenas si se asoma a las obras en aquel simil sabrosamente infantil del «palmito»; que como en él «para llegar a lo que es de comer tienen muchas coberturas que todo lo sabroso cercan», así está el Rey del místico Castillo de la Morada del centro (1.<sup>a</sup> Moradas, II, 8). Ni la oliva, ni la naranja, ni la granada, son de las cosas preferidas por la Mística Doctora, para aclarar los misterios de la vida espiritual, ni aun pa-introducir una nota bella de variedad o colorido en sus descripciones. La naranja es manjar delicado y sabroso para cuando se

tiene inapetencia (Carta 90); la oliva solo se cita en algún texto que es traducción de otro Bíblico o se la toma como símbolo de calma y paz.

Menos típica, pero más realista, es la alusión al Tardón, un desierto cerca de Sevilla, poblado de ermitaños, que apesar de estar en un desierto se niegan a recibir limosnas y viven de la labor de sus manos; lo que nos hace pensar no en un desierto cualquiera sino en un pedazo de tierra andaluza, calcinada, reseca por el sol y que se convierte en jardín cuando una mano sacude su indolencia y lo cultiva. ¡Un desierto cerca de Sevilla la caudalosa, la muy poblada, la cabeza comercial del mundo en aquella época! ¡Cuántas sugerencias hay en este pasaje, y paisaje realista, de Santa Teresa!

Apesar de su pasión por la luz y el sol, no conservó la santa muy gratos recuerdos de la tierra de la luz y el sol; «no os dejaré de decir la mala posada que hubo para esta necesidad; fué darnos una camarilla a teja vana; ella no tenía ventanas y si se abría la puerta toda se henchía de sol. Habéis de mirar que no es como el de Castilla por allá; sino muy más importuno.» (Fund. 24,8). El sol andaluz hacía pensar a la Santa en el infierno (Fund. 24,8) o en un maleficio del demonio: «No sé si la misma clima de la tierra, que he oído siempre decir los demonios tienen allí más mano para tentar, que se le debe dar Dios» (Fund. 25,1). Esto nos dá pié para trazar la estampa del hombre andaluz que se mueve en este paisaje de pasiones exacerbadas: mentiroso, injusto; vicioso según Santa Teresa, que solo nos da la silueta de su carácter moral y no, lo que a nosotros más nos interesa, la de su tipo físico y vestimenta que hubiera puesto una nota de color y vida en aquellas tierras abrasadas por el sol.

En fin, en la tierra de los toreros, hasta los romeros de la romería del Espíritu Santo, en la Iglesia de Córdoba «que está pasada la puente», parecieron a la Santa toros que van al encierro: «el alboroto de la gente era como si entran toros» (Fund. 24 XIV) y así en vez de curiosear la nota de color que ponían los romeros en el

paisaje, Teresa tuvo miedo. En otro lugar, Medina, se encontró con toros auténticos que marchaban al encierro, a través según parece de las calles de la ciudad y «fué harta misericordia del Señor no toparnos algunos» (Fund. 3,7).

26.—Si corta es la lista que damos de los elementos que tomó la Santa del paisaje andaluz, aun será más corta la de los tomados de las otras estampas regionales. Nosotros explicamos este innegable hecho, notando que la Mística Doctora utilizó los elementos paisajistas, aislándolos unos de otros, disociando a cada uno de todos los otros que le acompañan en el paisaje real; además nuestra misión en este capítulo se reduce precisamente a estudiar los elementos aislados que están en los escritos teresianos sin formar cuadro. Es pues natural que fracase nuestro intento de traer aquí cuadros típicos regionales, pues fuera del paisaje andaluz que tiene muy peculiares elementos, los demás que conoció la Santa carecen de ellos, estando su caracterización no en el dato inconexo, sino en el ambiente total y en la diversa ordenación y frecuencia de unos mismos elementos.

Las abejas de la Alcarria, vuelan laboriosamente por alguna página teresiana buscando las flores de las obras divinas donde libar el dulce amor de Dios y labrar el panal, que la contiene, del conocimiento propio; las viñas manchegas en que los criados trabajan desde el alba hasta el crepúsculo y solo alguna vez reciben la visita del Señor (C. P. 16, IX) también asoman sus pámpanos a los escritos teresianos y dan a saborear al alma el mosto que la llena de una «borrachez divina» (passin). Pero ni las colmenas de Santa Teresa son claramente de la Alcarria; ni sus viñas manchegas; ni sus huertas murcianas; ni nos pinta ella el rubio mar de oro de los trigales sazonados de Tierra de Campos; ni el verde perenne de los pinos sobre las doradas arenas de Valladolid, ni el verde de dos colores de las encinas sobre el gris cárdeno de las sierras de Avila.

En las descripciones algo desarrolladas que después estudiaremos no falta cierto sabor regionalista; pero está totalmente implícito y embebido en detalles insignificantes que no destaca la San-

ta, es decir, que su labor regionalista se reduce a una mera no repugnancia de la descripción teresiana con el ambiente regional del lugar en que por el curso de la narración vemos que debe localizarse. Tal es el caso del paisaje en que Santa Teresa encuadra el Monasterio de N. Sra del Socorro, no impropio ciertamente de Cuenca; pero que atendiendo solo a la estampa misma, no es tan típico de esta provincia que deje de convenir a cualquiera otra.

#### B.—Elementos paisajistas que tomó Santa Teresa de fuentes literarias

27.—Entre los escasos elementos descriptivos que tomó Teresa no de paisajes vistos por ella misma, sino de fuentes literarias, debemos citar el mar, el ave fénix, el gusano de seda.

Bien se ve que desconocía las sugestionadoras perspectivas del paisaje marino. «Pasé este mar tempestuoso casi veinte años con estas caídas» (Vida 8,1). Otra vez nos dice:

«Y así alegre pasa y muy gozoso  
las ondas de este mar tempestuoso». (Poesía II)

Nada más sabe decirnos; ya se comprende que el mar de la Santa es el de las estampas en que aparece la barquilla del alma fluctuando en las olas de la vida y gritando como San Pedro al Señor: «Domine, perimus» (Vide C. P. 35,4). Solo notemos que con perspicacia considera el mar no como una barrera que separa las tierras, sino como un lazo que las acerca y une.

Algo más sabía Teresa de barquichuelas y de navegar, aunque no fuera en el mar sino en ríos. Recordemos el incidente realista-mente narrado de Espeluy y el otro de Burgos. En éste, la gran extensión de la llanura inundada, le hace pensar en el mar. Pero todo es idealidad y sugestivo encanto, cuando en otros pasajes toma símiles de la navegación: «Paréceme ahora a mi, como un navegar con un aire muy sosegado, que se anda mucho sin entender como». (Vida 30,13).

Finalmente, al hablarnos de la pesca, la compasiva simpatía por los peces que boquean con las ansias del morir, no permite a la

Santa fijarse en los detalles del paisaje: «Paréceme que es como cuando en una red se sacan muchos peces del río; que no pueden vivir sino los tornan al agua» (Fund. 31,46).

Otro simil tomado de fuentes literarias es el ave fénix. El paisaje milagroso de fábula en que convenientemente se encuadra este «como hace el ave fénix» (Vida 39,15), está embebido en los efectos admirables que produce el Amor Divino en las almas. Visión de «fuego que parece viene de arriba», que consume el hombre viejo de faltas y tibieza y miserias. Y ante la sublime realidad que allí se aparece, todo lo criado parece a la Santa un «hormiguero» (Ibid). Recordamos al releer este pasaje cualquier cuadro de la modalidad peculiar del Greco, con sus dos planos de miseria y místico anhelo, abajo; de redención y llamarada en lo Alto.

Aun podríamos examinar en este apartado una de las páginas más atractivas y admirablemente escritas de la Santa, en que se refiere al gusano de seda. Pero en tan exquisita narración, no se pueden recoger tal vez otros elementos paisajistas que la alusión a la morera.

Ya vemos que nuestro intento de reducir todos los elementos descriptivos teresianos a las estampas de donde fueron arrancados ha fracasado por imprecisión de los elementos mismos y de la manera como son tratados por la Santa. Debemos pues desistir en la pretensión de agrupar todos los elementos paisajistas teresianos en unas cuantas estampas de paisajes típicos. Y para completar nuestro estudio hay que considerar ahora estos elementos comunes a todos los paisajes, que no hemos podido reducir a estampas típicas.

C.—Como trata Santa Teresa a los elementos comunes del paisaje: el río, el camino, la montaña, las masas vegetales, el suelo y el cielo

28.—El río suele ser para Santa Teresa una ideal vena de agua fecunda y benéfica en la que solo se retrata el Cielo infinito; pero en dos ocasiones alude la Santa andariega al río como un obstáculo real que hay que salvar en los caminos. Realista es la narración

que nos hace del percance ocurrido en Espeluy al tratar de atravesar el Guadalquivir. A través de la narración se nos sugiere la idea de un río grande que discurre perezosamente y que podría ser navegable, si a intervalos no hubiera arenales que detienen la barca (Fund. 24, 10, 11). En la orilla, un castillo que pudiera ser cualquiera de los varios que se suceden a lo largo de su curso.

No es menos interesante la descripción del «paso que hay cerca de Burgos, que llaman unos Pontones, y el agua había sido tanta y lo era muchos ratos, que sobrepujada sobre estos Pontones, tanto que ni se parecían, ni se veía por donde ir, sino toda agua; y de una parte y de otra está muy hondo. En fin es grande temeridad pasar por allí en especial con carros». (Fund. 31, 16). Sin embargo la caravana de la Santa y sus ocupantes se deciden a pasar aquella balsa desbordada de agua y así lo hacen con la ayuda de «unos carreteros mozos y de poco cuidado». Pongamos junto a esta «harta agua que hay al entrar en Burgos», la venta que sirvió de guía para salvar aquel paso peligroso, y los malos caminos, «que era muy ordinario anegarse los carros en el cieno». Pero dejemos a estos carros atascados en los lodazales del camino, para mejor atender a quien está en medio de aquel «mundo de agua». Ciertamente, hay que tener reforzado corazón para «verse entrar en un mundo de agua sin camino ni barco».

Los ríos de Santa Teresa no tienen riberas; son eso nada más, ríos que solo copian en los espejos de sus aguas el cielo infinito y nunca el regocijo del follaje o la gloria de los palacios. Pero sabemos que estas venas de aguas tranquilas discurren por prados y huertas de regadío (Vida 16, 1). Aguas tranquilas, majestuosas; tanta es la calma y quietud que siente el alma en este ambiente de placidez, que aun «trabajo da el caminar del agua» (Ibid). Las aguas de los ríos teresianos solo murmuran y hacen ruido cuando no son aguas ideales, sino deleznable de la tierra—bien del Guadalquivir, bien de los Pontones de Burgos—, o cuando arrastran en su seno algún maleficio del demonio.

29.—Hemos aludido a los caminos encenegados... La «fémina

andariega» solo deja traslucir en sus libros la diversidad del paisaje en función de las distancias y de los caminos. Antes de establecer una fundación es preciso conocer las distancias que separan las ya hechas de la que se proyecta: «como yo vi ser tan a trasmano y de allí allá tan mal camino que habían de pasar trabajo los que fuesen a visitar las monjas, tenían bien poca gana de ir a fundarle» (Fund. 27, 3). Al fin, indefectiblemente se decide la Santa a no dejar la fundación por miedo o molestias y trabajos. Se pone en viaje y va por los caminos como si los recorriera de un vuelo; sin dar importancia al cambiante paisaje que muchas veces no ve desde su carro con todo y aun sin notar frecuentemente los cambios que se obran en su entorno, si no es por los vaivenes del carro.

Ya hemos oído hablar de los caminos encenegados de la tierra de campos y de barro en tiempo lluvioso; veamos ahora como en función del camino caracteriza el paisaje de montaña, de Soria y Segovia: «el camino que había era muy malo para carro... aunque el que iba con nosotras sabía el camino, no el camino de carro; y así nos llevaba este mozo por partes que veníamos a apearnos muchas veces, y llevaba el carro casi en peso por unos despeñaderos grandes... con aventura de trastornar el carro muchas veces» (Fund. 30, 13). Nos imaginamos a la Santa a veces dando tumbos en su carro, a veces caminando a pié por senderos de cabra, acaso aportando sus femeniles esfuerzos para sacar al vehículo del mal paso.

Esta caracterización de los caminos es el único dato que nos da con frecuencia la Santa para localizar acciones o funciones en un paisaje groseramente determinado. Solo por este indicio podemos notar el cambio radical del paisaje que se opera entre Palencia y Soria: el camino largo y «de grandes despeñaderos... muy malo para carros», nos prueba que ya no estamos en la llanura polvorienta de los viejos campos góticos, la Tierra de Campos, los campos de tierras. Donde la Santa dice «mal camino», siempre que

no sea camino encenegado en invierno, hay que leer: «camino de montaña, paisaje de montaña».

Y este sentido paladeo de caminos, le inspira la concepción metafórica de la vida espiritual como camino de «perfección»:

Caminemos para el cielo,  
Monjas del Carmelo. (Poesía V)

30.—¿Hay en Santa Teresa otros elementos descriptivos del paisaje de montaña? Raro parece que quien nació frente a las estribaciones de la cordillera central, y atravesó el Guadarrama y Gredos, y salvó Sierra Morena, y llegó a los Montes Murcianos no sintiera el desahogo que ensancha nuestros pechos cuando escalamos una cumbre, ni tomara a ésta como atalaya de paisajes, ni captara la sugerencia que nos hace del anhelo de estar más cerca del Cielo. No es para ella la vida una «Escala» o una «Subida al Monte Sión» como cien veces leyó en Bernardino de Laredo; o al «Monte Carmelo» como particularizó su discípulo San Juan de la Cruz. Ni establece la Santa una conexión entre montaña y nieve; antes las contadas veces que nombra este elemento muypreciado sin duda para ella, se refiere no a nieve virgen de las cumbres, sino a nieve que cae accidentalmente en los caminos por que discurre y que ella holla con su pie de virgen.

31.—Sin duda placía más al alma femenil de Teresa la contemplación del valle gracioso y magnífico que la de la montaña sublime. En efecto, las masas de vegetación que prefiere son el prado y la huerta; y en un lado del cuadro, donde no atraiga demasiado las miradas del contemplador, algo en la penumbra, las flores donde el silbo dulce del Amado suena como el leve ruido de las hojas al ser agitadas por un soplo suave. En ella los árboles se adensan para encubrir los dulces deliquios de la Esposa en brazos del Amado; hay oreo vital de primavera y el rumor de las hojas tiene, como el de las encinas sagradas de los drúidas, ocultos sentidos que turban deliciosamente el alma.

En el prado hay florecillas, y en la huerta árboles cargados de flores y frutas. Las yerbas y los árboles teresianos carecen de in-



dividualidad y se nos aparecen como una imprecisa mancha verde en la que no se pueden discernir ni el número ni la forma de las individualidades que la integran; solo vemos ésto: árboles, césped de prado. Lo más que sabemos es que no faltan allí algunos árboles desmedrados, dañados por la oruga que los carcome y no los deja crecer (Vid. 31,9).

El suelo, el suelo desnudo que no es ni prado ni floresta, ni tierra cultivada, ni camino, ¿cómo se nos pinta en el paisaje teresiano? ¿es ocre, o es rojo, o es gris de piedra desnuda, o es blanco sucio de polvo, o es color impreciso de lodo? «tierra astrosa» es llamado en una ocasión; y en otra, «tierra muy infructuosa que lleva muy malas hierbas» (Vid. 11,3; 18,2)

32.—Entre todos los elementos comunes del cuadro paisajista el más importante y el único que con toda verdad es común, pues no puede faltar en ningún paisaje auténtico, es el aire, la atmósfera.

Pero la importancia de la atmósfera es mucho menor en la interpretación pictórica y también es menos fácil reflejar por medios literarios todos los exquisitos matices que puede descubrirnos en el «pleno aire» la pintura.

Santa Teresa no desconoció la influencia del estado ambiente del aire en la apariencia de todas las cosas de este mundo sublunar; en un símil que hallamos en su vida (28,5) contrapone un agua muy clara en la que reverbera el sol, a una «muy turbia y con gran nublado» (Vid. 28,5).

Mas lo general es que nuestra Santa se desentienda en absoluto de tratar la atmósfera; en realidad a ella no le interesan las apariencias livianas de las cosas, sino su alma profunda que las hace aptas para convertirse en símbolos de realidades suprasensibles. De esto hablaremos en otra parte; por ahora bástenos consignar este rasgo evidente del paisaje teresiano: la atmósfera es en él un medio neutro y nunca un seno fecundo de colores y falseamiento de las cosas.

Si algo podemos decir de la atmósfera que envuelve a los elementos paisajistas de las obras de Santa Teresa, esto solo está en

la Santa implícitamente o a modo de sugerencia. Así, cuando nos pinta sus prados llenos de flores muy olorosas, ya está claro que debemos situar la visión en el aire radioso, quieto, tibio de un día de primavera; y aun si quisiéramos insistir en el epíteto «muy olorosas» tan prodigado en los cuadros teresianos, acaso llegáramos a precisar todavía más, trasladándonos a un ambiente de clima seco de parameda o tal vez mediterráneo, en los que los aromas de las flores son más penetrantes.

Pero es inútil que tratemos de rematar las estampas paisajistas entresacadas de las obras de Santa Teresa, pintando el cielo con colores y aspectos tomados de la misma Santa. Esta nunca nos habla de las nubes o del cielo desde un punto de mira propio del paisajista. Realmente, como ella solo introduce los elementos sensibles en sus obras para aclarar superiores realidades, tenía sus razones para no ir a pedir este favor a elementos tan altos, tan ignorados por nosotros como es el cielo aun en su más ínfimo aspecto.

La luz que penetra a raudales en los escritos de la Santa, todo —aun esto mismo que no se nos dice del aspecto del cielo— lo explica y aclara. Esta luz teresiana de reverbero e intensidad inusitada, nos revela que es contradictorio pedir a la Mística Doctora que nos pinte las nubes; pues en su cielo inundado de una «luz sobre toda luz» (Vid. 28,4) está claro que no había nubes ni celajes.

Desde las cumbres de la perfección que Teresa pisaba, el sol divino se nos manifiesta sin velos; pues los vapores que emanan de las cosas inferiores y obnubilan nuestra mirada quedan por debajo de tan sublimes alturas. Y aun así algo hay en nuestros ojos que nos estorba la visión de aquel sol divino en toda su desnudez; «porque con claridad no la podemos acá ver, sino debajo de una nube está aquel sol resplandeciente... y nuestra alma se siente estar amparada con una sombra y manera de luz de la Divinidad, de donde vienen influencias al alma y rocío tan deleitoso que bien con razón quitan el cansancio que han dado las cosas del mundo»

(Conc. 5,4). Hay sublime claridad en el cielo de Teresa; más ella aun grita alucinada: «¡Luz, más luz!»

No ya las nubes, el firmamento mismo es un velo demasiado tupido que nos priva de la visión de la Divinidad y que la Mística Doctora no acierta a decirnos como es, porque para sus miradas se ha hecho transparente (Vid. 39,15).

El tema de la atmósfera se toca con el de los cambios o aspectos accidentales del paisaje, que en la atmósfera se verifican. El alba, el mediodía, el crepúsculo, la noche, son como cristales de diversa transparencia que sucesivamente se interponen cada día entre nosotros y las cosas exteriores. A estos cambios diarios se sobreponen los anuales que se corresponden con las estaciones. Y por encima de todos están los cambios no periódicos que introduce en la Naturaleza el capricho del hombre (las ruinas, la estampa de guerra o que proceden de la explosión extraordinaria de fuerzas naturales (la tempestad, etc.).

Todo lo sabía Santa Teresa y en diverso grado de todos estos aspectos se aprovechó.

D.—Modalidades accidentales del paisaje: El claro de luna, el alba, la noche, la niebla, la tormenta en el paisaje teresiano

33.—Ya sabemos que la composición de lugar preferida por la Santa, es la estampa radiante de luz y fuego; es decir la estampa de mediodía en que la luz ahoga con sus reverberos los colores de las cosas.

Mas la enamorada de la luz, de la claridad, también sabía asomarse a la ventana en la noche y admirar—¿cómo no?—el paisaje nocturno: «Y así me levantaba de noche a una ventana, que hacía muy clara luna y podía lo bien ver». A quien miraba en esta ocasión era al Santísimo Sacramento que estaba en un portal «a teja vana» de enfrente (Fund. 3,13). Mas ¿cómo es posible que no dirigiera una mirada a lo alto? Al menos vió la «clara luna» y en aquella noche, serena como aquella otra que admiró Fray Luis de León, Santa Teresa la Comentadora de los «Cantares», hubo de recor-

dar los místicos anhelos de la Esposa y la furtiva huída que cantó San Juan de la Cruz:

«En una noche oscura,  
Con ansias en amores inflamada,  
¡Oh dichosa ventura!  
Salí sin ser notada,  
Estando ya mi casa sosegada...»

(San Juan de la Cruz, Canción I).

Pero en las obras de la Santa, el nocturno arrobador que parece iniciarse bajo aquel «claro de luna» se corta bruscamente... y a quien espera un idilio, le deja decepcionado. ¡Cuántas posibilidades, cuántos temas sólo iniciados hay en la Santa! Escribió deprisa y acaso a esto se debe la frescura y naturalidad de su estilo; pero para mi gusto hubiera yo preferido que escribiendo con más tiempo y más de propósito, Teresa no hubiera ahogado en sus escritos el hondo lirismo de su espíritu, y hubiera escrito unas efemérides descriptivas de lo captado por sus sentidos externos, como escribió las Relaciones de lo que comprendió su alma en la contemplación de lo espiritual.

No desconoció la Santa el sentido maléfico de la noche: «y como el doblar de las campanas ayudaba que como he dicho era noche de las Animas, buen principio llevaba el demonio para hacernos perder el pensamiento con niñerías» (Fund. 19,5). No creía en supercherías; pero en su subconciente había el poso inevitable de leyendas folklóricas y consejas populares. Al hablarnos en una ocasión del *Alba*, es precisamente para oponerla, como un conjunto, a este sentido maléfico de la noche, que bien pudiera tener alguna relación con el Príncipe de las tinieblas: «No me parece sino que en un punto se deshacen las tinieblas del alma, y salido el sol conocía las tonterías en que había estado» (Vida 30,10).

La noche, las tinieblas, vienen a ser el paisaje adecuado del alma en pecado y aun del alma imperfecta; acordémonos de las tinieblas que rodean al Místico Castillo y aun penetran en las mora-

das inferiores. Y en estas tinieblas se agitan toda suerte de visiones macabras y «cosas ponzoñosas» de fétidos olores y ligoso tacto. Tan connatural es la noche a la acción de estas torpes sabandijas, que cuando ya no la hay, ellas la producen en nuestras almas obligándonos a cerrar los ojos «como si uno entrase en una parte donde entra mucho el sol, y llevase tierra en los ojos que casi no los pudiese abrir» (1.<sup>a</sup> M. II, 14). Y en este asqueroso paisaje nocturno, todo es aturrida algarabía y desorden «porque estas bestias son tan ponzoñosas y peligrosa su compañía y bulliciosas, que por maravilla dejaremos de tropezar en ellas para caer» (Mor. 2.<sup>a</sup> I, 2). Aquí tiene también su lugar el *cieno bediondo* del vicio, el cieno pegajoso de las cosas exteriores que como liga viscosa retienen a la avecica del alma y la impiden volar a la luz de la pura espiritualidad. «Nuestro espíritu está cargado de tierra y de mil impedimentos y aprovéchale poco querer volar; que aunque es más su natural que el del sapo, está ya tan metido en el cieno que lo perdió por su culpa» (Vida 22,8).

Pues ya, si nos asomamos al *infierno* teresiano ¿qué otro paisaje más adecuado para la eterna morada del Príncipe de las tinieblas, sino una oscuridad impenetrable? En él vemos otra invencible y subconsciente asociación de ideas de la Santa: tinieblas, mal olor.

Con frecuencia lanza ella estas ideas: «oscurecidas y negras aguas»; «negras y de mal olor son sus corrientes» (Vid. 1.<sup>a</sup> II, 9) «negrísima agua y de muy mal olor» (Ibid. 2). Aguas negras, aguas de mal olor, aguas putrefactas de corrupción y pecado en que los demonios depositaron las larvas enemigas de toda pureza.

34.—La tormenta es otra fuerza que se suma a la noche y a la corrupción para empañar el claro espejo de las aguas (Vid. 28,5). Fuera de esto, con las lluvias se enlodan los caminos (V. *passin*) y aun se desbordan los ríos (Fund. 31,16); más también crecen las flores (Vida 18,5) y con razón vemos en ella el don de Dios que nos viene del Cielo no cuando nosotros queremos, sino cuando al Señor le place darlo.

El relámpago es símbolo de lo que pasa veloz—ya se ve, ya no

se ve—, el trueno el ruido inesperado que nos saca de nuestro ensimismamiento o de nuestra distracción y se deja oír en medio de los diarios quehaceres, como el silbo suave del Amado que viene a turbarnos dulcemente cuando menos lo esperábamos: «muchas veces estando la misma persona descuidada y sin tener la memoria en Dios, su Majestad la despierta a manera de un cometa que pasa de presto o un trueno» (Md. 6.<sup>a</sup> 2,2). Pero el Dios de Teresa no es el Dios tremendo de la tempestad; sino el dulce Esposo que la hiere tan sabrosísimamente que «jamás querría ser sana de aquella herida» (Ibid.) A veces este dulce esposo se aleja de nuestra vera y todos los elementos parece que nos vienen sobre las almas; esperemos entonces a que la luz de los ojos amados vuelva a disipar las nubes de nuestra alma: «que ningún remedio hay en esta tempestad, sino aguardar a la misericordia de Dios, que a deshora con una palabra sola suya... lo quita todo tan de presto, que parece no hubo nublado en aquella alma según que era llena de Sol» (Md. 6.<sup>a</sup> 1,10).

Mas peligrosa es aún la tempestad en alta mar; allí solo cabe gritar al Dios Poderoso: «Sálvanos que perecemos» (C. P. 25,5).

Vemos como la Mística Doctora aprovecha los efectos de la tormenta para fundar en ellos expresivos símiles; pero en el paisaje teresiano nunca hay tormenta y nunca llueve; las cosas no se nos aparece bajo la iluminación cárdena de la tormenta, ni bajo el borroso tamiz de la lluvia, sino siempre con los rasgos bien precisos de la luz clara.

La niebla que nos impide ver el camino (C. P. 21,9) y aun discernir la compañía con que caminamos (Fund. 29,9) y nos hace «dar de ojos» es una manera de ceguera que seguramente no es el Dios de la luz quien la pone en nuestras almas (C. P. 21,9)

35.—En cuanto a los cambios anuales, las estaciones predilectas de Teresa son la de las flores y la de los frutos (Vida 16,6) que son las de la luz y el agua clara; el invierno con sus aguaceros y sus «camino barrancosos» y su cielo encapotado con el «gran nublado» y sus árboles sin flores ni frutos (Vida 18,5) y sus aguas

turbias, era para ella la estampa en que faltaba cuanto la placía contemplar y traer a sus obras convertido en símiles. El otoño con su ambiente nostálgico y sensiblero de recuerdo y hojas secas, no cabía en el alma de la gran castellana que era todo actividad y varonil fortaleza (Vida 8,5). Y estaba precavida contra los peligros de su sensibilidad femenina (Vid. 7, *passim*). Sería inútil buscar en ella ningún resabio romántico: el otoño, el crepúsculo, las ruinas, son ajenas a la estampa teresiana, toda llena de vida tensa como la de los soldados de aquel siglo de nuestra gloria.

36.—El sentido de la vida como milicia ella lo bebió en la Biblia y en el espíritu de la Compañía del Capitán Iñigo de Loyola y en el ambiente de su época. Sería interesante estudiar el tema de la guerra y la lucha en las obras teresianas; en ellas hay luchas cuerpo a cuerpo (Vid. 20,3); luchas con «sucia bestia» como en los cromos de las hazañas de Hércules (C. P. 16,6); batallas campales en que no falta ninguno de los recursos nuevos para su tiempo, el arcabuz (Md. 6.<sup>a</sup> 5,9) y la Artillería (Md. 2.<sup>a</sup> 1,3), ni el coraje de nuestros invencibles tercios que «venden bien su vida» (C. P. 23,5; 38,2), ni el camuflaje, ni la traición (C. P. 38,2); sitios de fortalezas que se nos presentan en los momentos culminantes de la entrega de las llaves (V. 18,2), o en el acto de escalar el torreón para izar en él la bandera del vencedor (V. 20,16; C. P. 36,9); y no se deja de señalar el objetivo preciso de la lucha que es llegar a la fuente de aguas vivas en cuya demanda es preciso pelear como fuertes hasta morir (C. P. 20,2); ni falta en fin, la estampa del «Alferez que lleva la bandera; que no se puede defender; y aunque le hagan pedazos no la soltaría de las manos» (C. P. 18,5); ni la más grata de la «guerra de amor» (Excl. 16,3) que parece una batalla de flores.

El juego del ajedrez tiene para Teresa antes que para Napoleón un sentido bélico; aunque más que de auténtica lucha, de caballeresco torneo medieval en que—lo dice Teresa con cierta coquetería femenina—«la dama es la que más guerra le puede hacer a este Rey Divino... que no se nos podrá ir de las manos, ni querrá» (C. P. 16, 1-2).

Solo falta el auténtico pasaje de guerra con las ruinas humeantes y los campos devastados y los despojos y los restos sangrientos: únicamente sabemos con certeza que un combate se libra en un «gran campo» (Vid. 4,10) y que el botín y el pillaje son tales «que por poca ganancia que se saque se saldrá muy ricos» (C. P. 23,5). El sentido delicado de Santa Teresa nada más nos dice porque huye de lo macabro y lo romántico. Su Dios dulce no es, cierto, el que «todo lo pone a fuego y sangre» (Vda. 30,6); no es el Dios de los ejércitos, sino el Dios de los torneos amorosos (C. P. 16,1) y de la paz.

#### IV.—EL PAISAJE TÍPICAMENTE TERESIANO

##### A).—El huerto y el prado; el agua y la luz

37.—Vengamos por fin a la estampa típicamente teresiana, paisaje idealizado que pudo captar la Santa sobre su valle del Adaja, o sobre cualquiera de los que vió en sus viajes.

El prado, la huerta, el huerto, la floresta; están en el centro de este paisaje. En ellos hay árboles de sombra y otros cargados de bien olientes frutos. Y flores, «muchas flores blancas», en los árboles y en el césped; algunas tan delicadas que «al primer airecico se pierden estas florecitas» (Vda. 25, 6); otras en capullo que es «un estar ya las flores en término que no las falta ya casi nada para brotar» (V. 25, 9); otras que «ya se abren, ya comienzan a dar olor» (Vda. 26,2) ¡Con qué cariño quiere la Santa que se cuiden estas flores y estos árboles plantados por la mano del Amado! «si no quitan esa oruga—grita precaviéndonos contra el negro punto de la honra—ya que a todo el árbol no dañe, pues algunas otras virtudes quedarán, más todas carcomidas» (Vda. 31,9).

Pero estas «vistas» admirablemente fértiles por obra de lo Alto crecen en una región árida, adusta, como las de nuestra España seca; y así es preciso regarlas ingeniándose de todos los modos posibles: arcaduces, norias, etc., puede ser que el cielo se encar-



que alguna vez de regárnoslo con la lluvia de lo Alto (Vide, «Vida» Capítulo XI).

38.—Junto a esta visión de tierra sedienta como un secarral manchego, surge una gran abundancia de aguas cristalinas, puras, como las que ella veía fluir abundosas en las montañas de Avila mientras abajo en el valle las plantaciones se morían de sed. Hay una verdadera fiesta de fuentes y fontecicas ya claras, ya de remanso, ya bullentes por entre las arenas; ya hechas por la mano del hombre, ya de manantial, ya «de arcaduces». Más seguramente la Santa prefería a todas, las «fontecicas que yo he visto manar, que nunca cesa de hacer movimiento el arena hacia arriba» (Vda. 30,13); ellas recordábanla «aquellas aguas vivas que dijo el Señor a la Samaritana que saltan hasta la vida eterna; y en ellas no tendría la Santa inconveniente en echarse a «beber de bruces»; aunque no cuando fuera a reñir las batallas del Señor. (Vide 2.<sup>a</sup>, Md. 1,6).

¡Oh! y qué admirables efectos los de este místico agua! Sobre todo si es de la que viene del Cielo; que como es de la misma tierra que el fuego, no hará mal a la mística llama del Amor Divino: «¡Válgame Dios, válgame Dios y qué maravillas hay en este encenderse más el fuego con que el agua es fuego fuerte y poderoso!» (C. P. 19,3) ¿Por qué pues no correr presurosos a las fuentes de este agua Divina? «Solo verse cabe la fuente, aun sin beber, ya está el alma harta» (C. P. 31,3)¡

Se silueta a lo largo de los artículos 31 y 32 del «Camino de Perfección» un cuadro admirable de remanso en medio de un árido desierto calcinado por el sol. Podríamos darle un lema: «descanso cabe la fuente». A este remanso llega el alma fatigada, sedienta,—que no bastan a saciar la sed los «charquitos para niños» (C. P. 20, 2), las cosas terrenales que hay en el camino—, cegada por el polvo del viaje. Descansa cabe la fuente y al fin se engolfa en aquél agua viva, sin miedo de ahogarse; que por mucha abundancia de este agua no puede haber demasía, ni se la dan aquí «los gozos a sorbos» (Vid. 22, 3) sino a chorro. Pues como el alma apli-

ca su boca a este raudal de agua viva, más y más se inflama en ella el fuego del divino amor, y no quisiera el alma por nada de este mundo verse libre de su dulce cauterio. ¡Oh! que no quiere ver «mortecino» en ella este fuego del cielo (6.<sup>a</sup> Md. VII, 8).

39.—Pero sin duda era para la Santa, lo más deleitoso de contemplar el consorcio admirable y simbólico de lo más puro de la tierra—el agua clara— con lo más puro del cielo—el rayo luminoso del sol eterno— ¡Consortio admirable de agua y luz, del alma y la iluminación que viene de lo Alto! (7.<sup>a</sup> Md.; 2, 4).

La Santa no hacierta a separar estas dos cosas—el agua, la luz—; por eso con frecuencia los símiles fundados en una y otra se juntan y se entrecruzan y se completan (Vide, Md. 1.<sup>a</sup> II, 1, 2). Y nos habla de los efectos de este consorcio: el agua cuando la da el sol aparece con muchas motas y «se ve un polvillo que halla por pequeño que sea» (Vd. 20, 20). Claro que este polvillo de «la muy clara agua» nada tiene que ver con los bajos fondos de la interpretación que da Freud, y recoge hoy nuestro Valbuena Prat, al simil del agua.

40.—Sobre este suelo en fiesta, la luz primaveral produce efectos de claroscuro: la gradación de tonos va desde las medias luces que dejan casi en tinieblas las moradas inferiores del místico Castillo hasta la luz sobre toda luz de cámara interior del Esposo' donde el alma se precipita, como alucinada mariposilla, en el foco luminoso. Y es dulce morir en tal dulce fuego; donde la «mariposica» halla grandísima alegría de haber hallado reposo, porque vive en ella 'Cristo» (7.<sup>a</sup>, Md. 3, 1).

La luz teresiana es la luz primaveral que vivifica y calienta sin agostar ni importunar; antes su vista es la más hermosa y el mayor deleite que podría «una persona imaginar aunque viviese mil años y trabajase en pensarlo» (Md. 6.<sup>a</sup>, 9, 5). Mas es su presencia, con ser tan hermosa y bienhechora y suave, «de tan grandísima majestad» que «no se puede estar mirando más que estar mirando al sol» (Ibid), Es en fin, una luz tan distinta de la de acá que aquella parece luz natural; estotra, luz artificial: «es como ver un agua

muy clara que corre sobre cristal y reverbera en ella el sol, a una muy turbia y con gran nublado y corre por encima de la tierra» (Vida 28, 5).

La Santa no desaprovecha en sus símiles ninguno de los varios efectos de la luz: sus juegos en las aguas; o en el cristal; o en los espejos, ya tersos, ya empañados, ya quebrados; o en las joyas y diamantes, o en los lugares inmundos que ella purifica, etc., son otros tantos motivos para fundar una comparación con realidades del mundo sobrenatural. ¡Con qué sublimidad y gracia nos explica por el fenómeno de la evaporación, la sublime realidad de los arrobamientos! «Viene un ímpetu tan acelerado y fuerte —nos dice— que veis u sentis levantarse esta nube u este águila caudal, y cogeros con sus alas» (Vida 20, 3).

41.—La enamorada de la luz y del sol, solo nos habla mal de ellos cuando se siente agobiada por los calores andaluces, cuando habla no del sol simbólico e ideal, sino del sol real, que no ha sido despojado por nuestra facultad idealizadora de esa rudeza con que las cosas al hallarse presente arañan nuestros ojos y nuestro ser. Ella amaba de las cosas su espíritu y no su materia; las amaba como a esencias e ideas que viven en el recuerdo, más que como a existencias que lastiman al contemplador con la dureza de sus formas: «Habéis de mirar que no es el sol como el de Castilla por allá, sino muy más importuno» (Fundaciones 24, 8); nos dice hablando del sol real que abrasa y mortifica. Pero ello no impedirá que la luz y el sol sean siempre para Santa Teresa, símbolos de realidades celestiales y divinas. La luz y el sol son siempre dones del Cielo, en el infierno lo que abrasa no es el fuego luminoso del sol, sino «un fuego de piedra azufre que no ahuyenta las tinieblas». Aun cuando el diablo se finge ángel de luz, su luz no es cauterio suave como la que viene de lo alto; sino como esas lengüecillas de fuego que aparecen sobre los barcos y no calientan y turban.

Pasemos por alto otros minúsculos detalles descriptivos del paisaje teresiano: «la balsa de agua que había en el huerto» (Fundaciones 16, 3) «la yerba del prado y verdura»; el pozo en medio

del huerto que nos recuerda el simbólico de los claustros conventuales; «la yedra de Jonás roída por los gusanos» (Moradas 5.<sup>a</sup>, III, 6); la noria y los arcaduces.

B).—La nota de vida: los animales y el elemento humano en el paisaje típicamente teresiano

42.—Este paisaje tiene también sus animales típicos.

El decano de todos ellos es el «asnillo» símbolo del alma misma, al cual nos lo presenta la Santa ya cuando «pace», que se sustenta porque le dan de comer, y come casi sin sentirlo (Vida 30, 12); ya dando vueltas a la noria para sacar un poco de agua muy trabajosamente (Vide, Vida Capítulo 12 y con «paso de gallina» (Vida 13, 4).

Pues ¿a quién no pondrá en cuidado ver a la mariposilla importuna de la memoria que aquí se le queman las alas y no puede más bullir? (Vida 18, 8). Pero así se aquietará la «loca de la casa» que no para en nada; sino que «de uno en otro no parece sino de estas maripositas de las noches, importunas y desasosegadas, así anda de un cabo para otro» (Vida 17, 5). También el «pensamiento» hacíale a la Santa recia cosa en «estar tan tortolico a las veces» (4.<sup>a</sup> Moradas I, 8).

La hormiguica es el obrero laborioso y paciente que no merece ningún reproche (Vida 31, 9); ni los merece la abeja, símbolo de la humildad, «labrando siempre en la colmena la miel; y no deja de salir a volar para traer flores» (1.<sup>a</sup> Moradas II, 8)

Las palomas turban la quietud del aire con sus vuelos, pero hay que dejarlas; «que no se contentan con el cebo que los da el dueño del palomar sin trabajarlo ellas, y van a buscar de comer por otras partes» (Vida 14, 2). Verdad es que el Señor, compadecido a veces de su fatiga, viene «a tomar estas avecicas y ponerlas en el nido para que descansen» (Vida 18, 5).

De vez en cuando se oyen los trinos de un pajarillo o se le ve cruzar el aire llavando en el pico, «cositas menudas como sal que no tienen peso ni tomo». (Vida 39, 9). Alguna vez llama nuestra

intención «un ave revolando, que no sabe donde parar» (Moradas, 6.<sup>a</sup> VII, 15), que como ha entrevisto el Cielo, todo lo que ve en la tierra le descontenta (5.<sup>a</sup> Moradas. II, 8).

La cierva herida en tanto, por el otero asoma y corre a la clara fuente de las aguas vivas donde hallará agua en abundancia. (7.<sup>a</sup> Moradas, III, 13).

Ni es lícito olvidar las «anaditas» de sus cartas (Carta 92), como signos interrogantes de un estampa modernista.

Mas junto a estos benéficos animalillos de los diminutivos fraternales, no faltan otras bestias despreciables que, como la oruga carcome los árboles de las virtudes y hacen que éstos den fruta no nada sana (Vida 31,9); o como los gusanos roen la yedra de Jonás (5.<sup>a</sup> Moradas, III, 9). Los sapos, culebras, sabandijas, aquí no tienen entrada; que como son nacidos en obscuridad huyen este paisaje alumbrado a raudales por el Sol eterno y perfumado con los aromas de todas las virtudes; ni puede haber «telarañas, donde entra mucho el sol» (Vida 19,1). Pero ponen una nota de exotismo en este paisaje, «los pájaros que enseñan a hablar» con los cuales humildemente se compara la Santa por su insipiencia (Moradas, introducción).

43.—No falta en el paisaje teresiano la nota humana; antes todo él se explica con vistas al hombre. La casa, en la Santa que fundó diez y siete conventos, no tiene un sentido decorativo, sino útil; es la morada del hombre, cuyo encuadramiento más o menos típico y estéticamente adecuado en el paisaje, es de importancia secundaria. Ante todo importa tener donde meterse; si se podía encontrar casa «con huerta y vistas y agua como la de Burgos, no había más que desear y bien había que agradecersele a Nuestro Señor, por traerlas a tal deleite (Fundaciones 31,39).

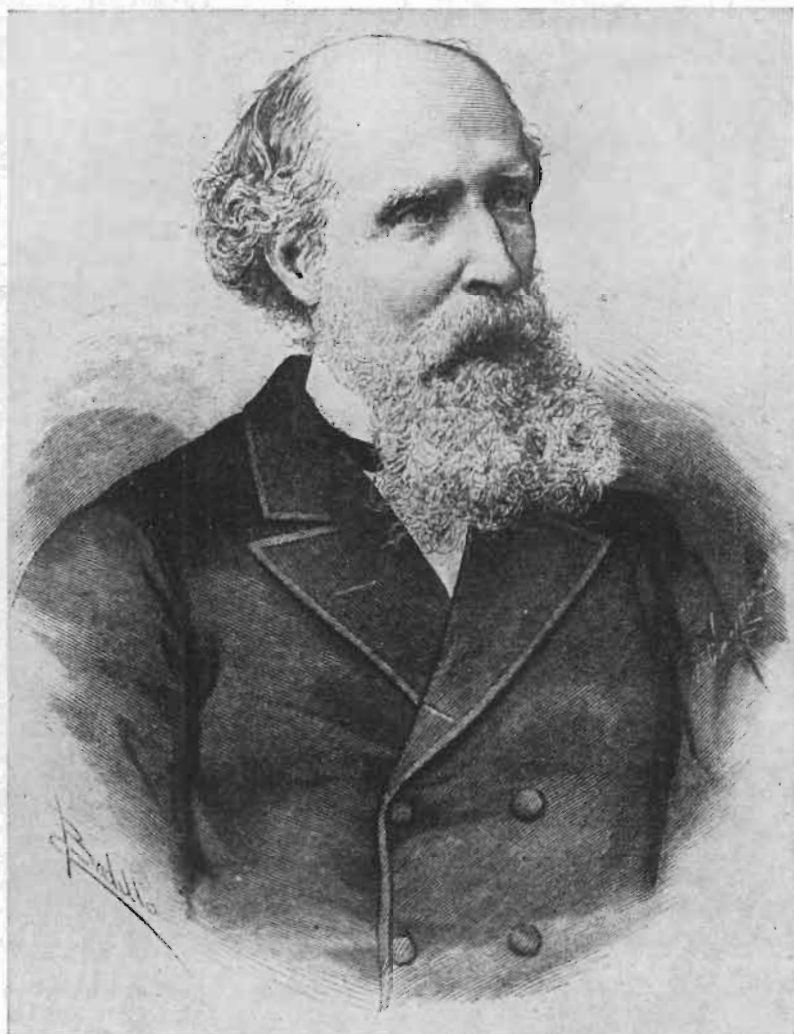
Fuera de nuestro tema, queda el estudio de las figuras humanas que desfilan por el paisaje teresiano; pues todas ellas están caracterizadas por rasgos morales e interiores y no por exterioridades pintorescas o pictóricas.

En una cumbre dominando todo el paisaje, está el Místico Cas-

tillo de las siete moradas «todo de un diamante o muy claro cristal» (Moradas 1.<sup>a</sup> I) y su alcaide subido a la más alta torre, levanta la bandera por Dios (Vida 20,16), por el Dios generoso que no mira en pequeñeces, por el gran «Dios de las Caballerías» (Moradas 6.<sup>a</sup>, 6, 3). Y no podemos dejar de notar, en lo más secreto de la fortaleza, la bodega misteriosa del «adobado vino», «del mosto de granadas» (Vide, Moradas 7.<sup>a</sup>, 4, XI) que deliciosamente transporta y embebece.

Contra lo que alguien ha afirmado, el paisaje teresiano no cabe —ya está claro— en el reducido recinto de un huerto familiar; pero es cierto que está tratado con la misma minuciosa atención con que trata el hortelano su reducida huerta, poniendo en cada planta y en cada detalle una caricia.

*(Continuará)*



VENTURA RUIZ AGUILERA

(Salamanca, 1820.—Madrid, 1891)

## EL POETA VENTURA RUIZ AGUILERA Y ASTURIAS

POR

JOSE MARIA MARTINEZ CACHERO

**(Fué Ruiz Aguilera un fervoroso de Asturias. En el presente trabajo se hace historia de ese fervor).**

En la REVISTA DE ASTURIAS (año 1880, n.º 4: 29-II), sección de *Ecos y Rumores* (págs. 63 y 64) escribe *Saladino*: «Nuestro respetable amigo D. Ventura Ruiz Aguilera, que ha querido honrar este periódico con algunas de sus bellísimas poesías, nos ha remitido otras nuevas e inéditas, y al contestar desde Madrid a la manifestación de gratitud que por ello le debíamos, dedica a este país palabras que nos permitimos transcribir en parte, porque seguramente las verán con gusto nuestros paisanos».

Transcribe lo siguiente: *Debo gratitud y cariño especiales a esa noble provincia, porque, además de ser de las que con mayor número de lectores y de simpatías han favorecido siempre las producciones de mi pobre ingenio, otra Revista, asturiana también, EL NALON, insertó hará cerca*



de cuarenta años, uno de mis primeros ensayos poéticos, titulado *Canción del ángel negro, honrando yo con trabajos de escritores asturianos las columnas de LA LIRA DEL TORMES que dirigía, por aquel entonces, en Salamanca. ¿Cómo hoy que por mi edad y mis achaques vivo aislado del centro de esta capital, que es el de toda actividad, no he de corresponder con profundo agradecimiento al recuerdo y al saludo fraternales de las personas a quienes contesto?*

En Oviedo, a 19 de marzo de 1842 aparece el número 1 de EL NALON, periódico de literatura, ciencias y artes, el domingo 17 de junio del mismo año publica el número 18, su último número. Insertó EL NALON—acabamos de leerlo—versos de Ruiz Aguilera: algunos de sus primeros ensayos poéticos. Anotamos:

Número 3: 3-IV-1842, págs. 45-48. *Cántico del ángel negro*. (Preceden a este *Cántico* unas líneas que dicen: «Con el mayor placer y con preferencia a nuestras composiciones, insertamos la siguiente que de Salamanca nos ha remitido un redactor de LA LIRA DEL TORMES»).

Número 11: 29-V, págs. 175-176. Cuatro sonetos. (Preceden a estos sonetos las siguientes palabras: «Con gran placer publicamos los sonetos que nuestro amigo el Sr. D. Ventura Ruiz Aguilera ha tenido la bondad de remitirnos: creemos que serán del agrado de nuestros lectores»).

Número 12: 5-VI, págs. 190-191. *El Soldado Español, Dinero y Amor* (1).

\* \* \*

Ha pasado mucho tiempo: treinta y siete años. Estamos en diciembre de 1879. Ruiz Aguilera, que goza de considerable presti-

---

(1) En el *Apéndice primero* se recogen las siete composiciones insertas en EL NALON. Se trata de «primeros ensayos poéticos», publicados en un periódico hoy difícilmente asequible. Por ello hemos creído oportuno ofrecer aquí su texto.

gio, reanuda su colaboración en publicaciones asturianas. Es la REVISTA DE ASTURIAS quien acoge ahora—complacida y honradísima—sus versos. Anotamos:

Número 27: 30-XII-1879, pág. 438. *La alondra*. (En nota marginal se lee: «El insigne autor de esta bella composición, no honrará sólo hoy las columnas de la REVISTA obligándola a profunda gratitud. Nuestros lectores verán en los sucesivos números algunas otras producciones inéditas del mismo poeta, cuya inspiración y cuya ternura le hacen figurar entre los primeros líricos de nuestra patria»).

Año 1880.—Número 2: 30-I, pág. 29. *El gallo*, número 5: 15-III, pág. 78. *La caída de las bojas*; número 8: 30-IV, págs. 126-127. *Respeto*.

\* \* \*

Meses después—julio de 1880—, Ventura Ruíz Aguilera visita Asturias, viene buscando alivio para sus dolencias. Llega a Oviedo en el tren-correo del viernes día 16; le acompañan Pando y Valle y Balbín de Unquera. Leemos en EL CARBAYON (n.º 83: 18-VII, pág. 2, *Sección Provincial*): «Ayer hemos tenido el gusto de saludar al eminente poeta Ruíz Aguilera, que pasará una temporada en Asturias. La sección literaria de la Academia de Jurisprudencia prepara una velada en honor del inspirado autor de los *Ecos Nacionales*, que tendrá lugar esta noche en el Paraninfo de la Universidad».

La velada resultó memorable (1). Unas palabras de Adolfo Buylla, Presidente de la Academia de Jurisprudencia, abrieron el acto. Fermín Canella leyó una composición titulada *La gaita asturiana* (2); Buylla una semblanza de Ruíz Aguilera, original de Armando Pala-

(1) Como tal la consideran F. de Aramburu («Fiesta literaria», reseña en la REVISTA DE ASTURIAS, año 1880, págs. 217-218) y *El Consabido* («La velada literaria del domingo», reseña en EL CARBAYON, n.º 84: 22-VII, págs. 2 y 3).

(2) Vid. *Apéndice segundo*.

cio Valdés (1). *Las ilusiones perdidas*, poesía del homenajeado y *Cantar y más cantar*, poesía de Acebal, fueron leídas por Terrero y Jove y Bravo respectivamente. Aquí dió fin la primera parte.

Inició la segunda parte de la velada Leopoldo Alas, leyendo *El dolor de los dolores*, elegía que Ruiz Aguilera dedicó a Elisa, su hija muerta, («Sin duda en ocasión en que Alas ensayaba a solas la difícil lectura de tales pasajes, tocado de aquella misma influencia que después conmovía profundamente al público, tomó la pluma y trazó de una vez las acabadas estrofas que puso como digna introducción y que recibimos con nutrido aplauso», Aramburu en REVISTA DE ASTURIAS). Aramburu leyó *Los dos árboles*, Domingo Guerrero y Polo *La Serna*, leyenda; Jove y Bravo unas donosas quintillas y Teodoro Cuesta *Recuerdo histórico*, poesía en dialecto asturiano (2).

Concluyó el acto con la intervención de Antonio Balbín de Unquera—breve discurso—y Jesús Pando y Valle—dos composiciones poéticas. Cerró el propio Ruiz Aguilera. «Con voz pausada y conmovida leyó unas redondillas (si mal no recordamos) que con motivo de su llegada a Asturias trazó en la cartera horas antes, y una de sus últimas composiciones, inspirada por el derribo de un edificio en Madrid», *El Consabido* en EL CARBAYON).

\* \* \*

En EL CARBAYON (n.º 84: 22-VII-1880, pág. 2, *Sección Provincial*) leemos: «Ha llegado a Villaviciosa el inspirado poeta Sr. Don Ventura Ruiz Aguilera, acompañado de los escritores D. Antonio Balbín de Unquera y D. Jesús Pando y Valle».

---

(1) Vid. Armando Palacio Valdés: *Semblanzas literarias*, págs. 185-198 de la edición definitiva. Ediciones Fax, Madrid, 1947.

También: *La guerra injusta, y otros estudios*, págs. 82-86. Ediciones Fax, Madrid, 1948.

(2) Vid. *Poesías asturianas de Teodoro Cuesta*, págs. 193-200. Oviedo, 1895.

Cuando Ventura Ruiz Aguilera regresa a Madrid va encantado de Asturias, de su paisaje y de sus pobladores. Bajo tan grata impresión escribe *¡Jujú!*, composición ofrecida «a mis queridos amigos de Asturias», fechada en octubre de 1880 (1). Sabemos también que días más tarde «remitió desde Madrid varios ejemplares de sus obras, precedidos de amables dedicatorias, a las personas que durante su breve estancia en esta población procuraron ofrecerle merecidas pruebas de consideración y cariño», (REVISTA DE ASTURIAS, n.º 22: 30-XI, pág. 352).

\* \* \*

No olvida a Asturias Ruiz Aguilera, tampoco le olvidan sus amigos de Asturias. LA ILUSTRACION GALLEGA Y ASTURIANA publica un número-homenaje a Jovellanos. Ilustres nombres firman trabajos en prosa, composiciones poéticas. Eusebio Asquerino, D. Gaspar Nuñez de Arce y Ventura Ruiz Aguilera son los poetas convocados para honrar la memoria del esclarecido gijonés. Ruiz Aguilera envía el siguiente soneto (2):

#### A LA MEMORIA DE DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS

#### SONETO

Si la virtud sola  
les puede ser antemural y escudo,  
todo sin ella acabe y se confunda.  
JOVELLANOS.—*Sátira a Arnesto.*

Si en la región feliz donde subiste  
y corona de luz al Bueno espera  
mi flaco acento resonar pudiera,  
de tu patria al saber quedaras triste.

(1) Vid. *Apéndice segundo.*

(2) LA ILUSTRACION GALLEGA Y ASTURIANA, t. II, n.º 35: 18-XII-1880, pág. 437.

Mezclando la amargura con el chiste,  
 porque el acíbar con la miel bebiera  
 y el vicio general cortado fuera,  
 a España, que sufría, tú asististe.

¡Ay! la impura raíz tan hondamente  
 en ella entró, que aun la salud le estraga,  
 sin fé en el porvenir ni en el presente.

En vano fué que la funesta plaga  
 señalases con sátira valiente...  
 todo el cuerpo social es una llaga.

\* \* \*

Fallece el poeta Ventura Ruiz Aguilera en Madrid, a 1 de julio de 1881. La noticia entristece a sus amigos asturianos, públicamente manifiestan su duelo. La REVISTA DE ASTURIAS (n.º 13: 15-VII, pág. 225) inserta una nota y un soneto necrológicos, ambos sin firma alguna. En LA ILUSTRACION GALLEGA Y ASTURIANA (t. III, n.º 19: 8-VII, págs. 219-220), Manuel Murgía recuerda emocionadamente al amigo muerto. Y Teodoro Cuesta dijo:

¡Yera una gloria, un portentu,  
 foi un plasmu de talentu  
 y utru mayor d' homildá!

.....  
 ....

..... ena güesera  
 d' un campu-santu, Aguilera,  
 fechu ceniza estará;  
 pero al matallu, la muerte,  
 otra vida i-dió más fuerte  
 que yé la inmortalidá. (1)

(1) Vid. Obra citada, págs. 201-204.

(Núm. 1.º) \* Oviedo 19 de marzo de 1842.

Precio 12 cuartos.

A este periódico que se publica todos los domingos se suscribe en Oviedo en la librería de D. Nicolás Longoria, calle de la Herrería, y en las provincias en las principales librerías del reino.

Las cartas, reclamaciones y artículos que para su inserción en este periódico se nos remitan, deberán dirigirse á la Redacción, calle de Traslacera núm. 1.º, franco de porte.

# EL NALON

## PERIÓDICO

DE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Para Oviedo 5 rs. al mes y 12 por trimestre, llevado á casa de los Sres. suscriptores.

Para los demas puntos de la provincia 6 por un mes, y 15 por trimestre franco de porte.

Para las provincias del reino 7 por un mes y 18 por trimestre, franco tambien de porte.

## LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

### A nuestros lectores.

Apesar de los grandes obstáculos que á la realizacion de nuestras promesas se oponian, principiamos hoy á cumplirlas, y no faltaremos á nuestro proposito, aunque para ello sean necesarios mayores sacrificios de los que hasta el presente hemos hecho.

A los interesantes artículos de historia, amena literatura y demas que en nuestro prospecto ofrecemos, añadiremos, con otras materias de utilidad general, los Boletines bibliográficos que mas puedan interesar al público de quien lo esperamos todo; y ya que por ahora no nos sea posible adornar con viñetas esta publicación, la amenizaremos con variadas noticias y descripciones artisticas.

Restanos solo decir dos cosas: 1.º

Que en este periódico hallarán cabida cuantos escritos se nos remitan con el objeto de secundar nuestras nobles intenciones. 2.º Que nos aprovecharemos agradecidos de los consejos con que la critica juiciosa y bien intencionada pueda guiarnos; al paso que haremos con el debido desprecio las mordaces diatribas, digna ocupacion de aquellos que no pueden tener otra.

GUERRA DE LAS COMUNIDADES.

### Siglo XVI.

Entre los gravísimos acontecimientos que en el siglo XVI, siglo fecun-

## APENDICE PRIMERO

### COMPOSICIONES INSERTAS EN «EL NALON»

#### I

##### *Cántico del Angel Negro*

¡Dios..! ¡Dios..! Los pueblos duermen, no palpitan.  
Su corazón es polvo, sombra, nada...  
Ya sus cansados miembros no se agitan,  
ya su historia, Señor, está borrada.

Pasaron con las glorias las edades  
como cruza el simoún en el desierto,  
respiraban ayer estas ciudades...  
Hoy todo es soledad, todo está muerto.

Mas al lanzar su grito moribundo  
se oyó una carcajada estrepitosa,  
y era otro pueblo que venía al mundo  
danzando en bacanal voluptuosa.

Así el caribe en torno de la hoguera  
donde tuesta feroz la carne humana,  
baila, y después del mar en la ribera  
por más sangre y más víctimas se afana.

Cartago pereció; ¿qué la sirvieron  
sus famosas escuadras en los mares,  
si al filo del cuchillo perecieron  
sus guerreros sus héroes a millares?

¡Pobre Europa!.. hoy sublime te levantas  
señora de magníficas naciones,  
y mañana caerás bajo mis plantas,  
y el fuego apagaré de tus cañones.

Resuena tu clarín en son de guerra,  
tremolas el pendón con arrogancia...  
¡Ay de los rubios hijos de Inglaterra!  
¡Ay de los lises de oro de la Francia!

Yo cantaré sentado en sus ruinas  
mis negras alas con horror batiendo,  
quemaré las praderas peregrinas  
que con lluvia de sangre están creciendo.

¡Ah! ¡Cómo recostados en el solio  
descansaban en Roma los señores,  
a la par que se hundía el Capitolio  
al grito de los godos vencedores!

Yo los ví, y resonó mi carcajada  
oyéndoles clamar contra la suerte,  
yo los ví con la faz desencajada  
entregarse en los brazos de la muerte.

La sangre de los mártires cristianos  
corría por las calles del imperio,  
yo transformé a los reyes en tiranos,  
la libertad en duro cautiverio.

Yo, que en el pecho de Caín estaba  
cuando bebió la sangre de su hermano.  
Yo, que en la torre de Babel cantaba  
sosteniendo las piedras con mi mano.

Los ídolos de mármol de Sodoma,  
por mí, por mí en los templos adoraron.  
Yo quemaba en las aras el aroma  
y al infierno y a mí se arrodillaron.

Pero también lloré, cuando en las plazas  
invocaban Tu nombre, Dios eterno.  
¡Oh! malditas por siempre aquellas razas  
que de mí se mofaron y el infierno.



Yo, yo soy Satanás, y yo movía,  
de Nerón el puñal contra las leyes,  
y es presa que bendigo, presa mía  
el corazón de los perversos reyes.

Yo, yo soy el demonio que devora  
las entrañas del hombre condenado;  
canto y sonrío cuando el hombre llora  
y lloro cuando el hombre no es malvado.

Yo soy el ángel que arrojó del cielo  
el brazo del Señor Omnipotente,  
derramo por do quier el desconsuelo,  
que es maldita mi alma y nada siente.

Y dirijo el puñal del parricida,  
y soy el torcedor de la conciencia,  
la virtud a mis piés está abatida,  
y ahogo entre mis brazos la inocencia.

Yo presido las fiestas mundanales,  
habito en los palacios y cabañas...  
Mis amigos las penas y los males,  
y duras más que el bronce mis entrañas.

\* \* \*

Y tú, candorosa niña,  
la del crespón y las flores,  
la virgen de los amores,  
la de palabras de miel;  
yo con mis ojos de lumbre,  
yo con mis garras de fuego,  
devoraré tu sosiego,  
porque soy, niña, Luzbel.

Yo he de sellar esa frente  
con la infamia y el martirio,  
yo aumentaré tu delirio  
partiendo tu corazón.  
Yo haré que ciega y maldita  
bebas dorado el veneno  
cayendo en el desenfreno  
de la vil prostitución.

Porque es de un ángel tu rostro  
y a los ángeles maldigo,  
porque el cielo es mi enemigo  
y cuanto viviendo está.  
Ven, ven, que el mundo te espera,  
ven, todo el mundo es tu amante,  
ven, que el mundo palpitante  
loco a tus plantas caerá.

¡Ah! las trompas retorcidas  
ya zumban en los salones;  
¡cuántos bellos corazones!,  
¡cuánto lujo y altivez!  
Corre, niña, ¿no es mi acento  
penetrante y candoroso?  
¿Por qué no vas, dueño hermoso,  
y apagas de amor la sed?

Y tú, soberbio magnate,  
y tú, jugador perdido,  
el mundo no está dormido,  
hasta la muerte velad.  
La virtud no es más que un sueño,  
horrible, negro y pesado,  
bastante habéis ya soñado,  
para vivir, despertad.

Yo no descanso ni un hora,  
yo os llamo noches y días  
en los bailes, en orgías  
y en los templos del Señor.  
Estoy siempre en vuestra carne,  
y cuando el hombre me nombra,  
soy de su cuerpo la sombra,  
su gusano roedor.

\* \* \*

«Satanás! Satanás! Calla, maldito»,  
el Señor en los cielos repetía,  
y el ángel de alas negras descendía  
al infierno, clamando en ronco grito.

## II

Tiende sus brazos la gigante Europa  
y hace temblar del mundo a las naciones,  
allí ondean sus bélicos pendones  
y grita allí su veterana tropa.

Ansiosos beben en sangrienta copa,  
ya el desierto cruzando en sus bridones,  
ya cantando a la par que sus patrones  
en medio de los mares, viento en popa.

Tus harenes, Oriente, y tus serrallos  
resuenan con sus roncoclamos,  
metiendo en tus mezquitas sus caballos.

Sultanes, arrojad los camafeos  
de los ricos turbantes, sois vasallos  
y vuestros dueños son... los europeos.

## III

*Mirando un cuadro de María Magdalena*

Quema el llanto tus ojos encendidos,  
y es voz del pecador que se arrepiente;  
sin orden los cabellos esparcidos  
flotando bajan de tu hermosa frente.

Bien eligió el artista coloridos,  
que esas pálidas tintas blandamente  
trasladó con pinceles atrevidos  
del acerbo dolor que tu alma siente.

No sonrían ya más tus labios rojos;  
y brillan sin placer, sin esperanza,  
arrasados en lágrimas tus ojos.

Al cielo vuélvelos que todo alcanza  
quien del mundo pisando los abrojos,  
mira un Dios de piedad, no de venganza. (1)

---

(1) En el tomo LXV de Biblioteca Universal: *Ventura Ruiz Aguilera. Poesías*, (Madrid, 1880), pág. 96, se recoge otra versión de este soneto. Héla aquí:

## IV

No sé que tienen tus ojuelos, Rosa,  
y ese hablar que me abrasa y enloquece,  
mas que no soy el mismo me parece  
ni acierto a concertar cosa con cosa.

Cada día te encuentro más hermosa,  
y de tal modo mi cariño crece  
que del brillante sol que resplandece  
se pone, si le ves mi alma celosa.

Mil veces en la guerra se estrellaron  
las balas de mi pecho en la armadura,  
y ni balas ni aceros la pasaron.

Miráronme tus ojos con dulzura,  
y al fuego de sus tiros se ablandaron  
el peto del soldado y la bravura.

---

*Mirando un cuadro de la Magdalena*

Uncido al torpe yugo del pecado  
tu cuerpo se dobló lánguidamente;  
en largas ondas baja destrenzado  
lacio el cabello al pecho penitente.

En la atrición del rostro descarnado  
y en las sombras amargas de tu frente,  
pincel sublime retrató inspirado  
el acerbo dolor que tu alma siente.

No sonríen tus labios antes rojos,  
y apenas lucen ¡ay! sin esperanza  
arrasados en lágrimas tus ojos.

Levántalos a Dios, que en su balanza  
(por mucho que la inclinen los enojos)  
pesa más la piedad que la venganza.

1840.

## V

**El Matón**

—«Pué zeñó, como iba a uzté contando  
empué de que zalimo é la taërna,  
no hise ma que agarrarle por la pierna  
y cayó zin zaber como ni cuando.

El probesiyo andaba rezpingando  
pa cá y pa yá, toito ze ezcuerna,  
pero zi yo me ezcuído me gobierna  
por zer mi corasón un poco brando.

Entonse ¿qué hago yo? ¡pumba! le eztrujo,  
con mi roilla el pecho ze le abaja;  
tiro é chizme; el vasío le dibujo

le zaco unaz moneas de la faja,  
él chiya, echo a loz perroz zu bandujo,  
muere, y voyme limpiando la naája.

## VI

**El Soldado español**

Joven, hambriento, pobre, mal vestido,  
sereno entra la pólvora y metralla,  
o muere en el ardor de la batalla  
o si vive no puede ser vencido.

Atropella los fosos atrevido,  
no teme su valor dique ni valla,  
brechas rompe, se arrima a la muralla,  
sube y clava el pendón envanecido.

La mitad de su orgullo soberano  
daría por batir a un extranjero,  
con lanza, con espada, o mano a mano.

Con frío o con calor él siempre fiero;  
y sueña, con su orgullo altivo ufano,  
que para él es poco el mundo entero.

## VII

**Dinero y Amor**

Din.—¡Eh, cieguecillo ruin!.. ¿cómo se mueve hasta llegar donde mi trono se halla? deje por mío el campo de batalla que estamos en el siglo diez y nueve.

Am.—¡Qué risa! ¿pues quién es..?

Din.—Soy quien se atreve a tí, que no eres más que una antigualla.

Am.—Aguzaré mis flechas...

Din.—Calla, calla.

Am.—Nunca el amor calló!

Din.—Pues ahora debe.

Escucha simplecillo majadero; ya ves que me he quitado la careta: acércate a esta luz.

Am.—Es...

Din.—El *dinero*.

Cayó el amor al fin, y aunque se inquieta para volver a su esplendor primero, una cadena de oro le sujeta.

## A P E N D I C E   S E G U N D O

## UNOS VERSOS DE CANELLA Y EL ¡JUJUI DE RUIZ AGUILERA

El día 7 de julio de 1849—va para cien años—nació en Oviedo D. Fermín Canella Secades. Directamente relacionados con el asunto de este trabajo están unos versos suyos, puestos casi siempre en olvido (1). Forman una extensa composición—de más valor *asturianista* que poético—titulada *La gaita asturiana*. Fué leída por su autor en el homenaje a Ruiz Aguilera: Universidad de Oviedo, 18-VII-1880 y se publicó en la REVISTA DE ASTURIAS (año 1880, págs. 220-221).

*La gaita asturiana*

*Al inspirado poeta D. Ventura Ruiz Aguilera en su viaje a Oviedo, acompañado de los escritores asturianos Antonio Balbín de Unquera y Jesús Pando y Valle.*

---

(1) Ni Constantino Suárez (*Escritores y artistas asturianos*, t. II, págs. 266-270. Madrid, 1936) ni C. Cabal (*Nombres de Asturias, DON FERMÍN CANELLA*, páginas 57-113. Oviedo, 1941) hacen referencia a la composición de Canella.

## I

Llega, cantor de la patria,  
a hidalga tierra en buen hora:  
mira sus altas montañas,  
tan altas que al cielo tocan,  
mira los hermosos valles,  
las arboledas umbrosas  
y el agua de nuestros ríos  
rugiendo en lecho de rocas.

Llega a la asturiana tierra,  
vate inspirado, en buen hora:  
mira la cuna bendita  
de las glorias españolas,  
el pueblo nunca vencido  
por las águilas de Roma,  
el que riñó los combates  
de Auseva y de Covadonga,  
y ayer retara al caudillo  
que ató a su carro la Europa.

Ay! pero timbres tan altos  
la pena que **nos agobia**  
porque llegan a los cielos  
no los empaña ni borra;  
pero esta tierra olvidada  
mírala, vate, que llora:  
como en su hermana Galicia,  
que tuvo tus dulces trovas, (1)  
aquí la gaita asturiana  
también suena melancólica,  
como el son de danza-prima  
que en las *fogueras* se entona.

---

(1) *La gaita gallega*, Eco Nacional de Ventura Ruiz Aguilera. Dedicado «a mi querido amigo D. Manuel Murguía». Fechado en 1860.



## II

Oh patria! mi bella patria  
para quien tuvo la historia  
laureles, y mil riquezas  
la naturaleza pródiga.  
Llega a su recinto, llega,  
vate, en su recinto goza:  
ya que hermanos te acompañan,  
como hermano se te acoja.

Del sol que quema en Castilla  
defiéndante nuestras frondas;  
a tu inspiración sublime  
presten bizantinas joyas  
del arte, variado asunto  
para tu lira armoniosa.

Pero al cantar nuestros triunfos  
en las edades remotas,  
canta las penas presentes  
de Asturias, noble matrona,  
que si ayer tiñó sus ríos  
con sangre romana y mora,  
hoy con lágrimas enturbia  
la corriente de sus ondas.  
Así en la tierra olvidada,  
que mal su dolor soporta,  
como en su hermana Galicia,  
que tuvo tus dulces trovas,  
aquí la gaita asturiana  
también suena melancólica,  
como el son de danza-prima  
que en las *fogueras* se entona.

## III

Mírala pobre, muy pobre,  
tan pobre como famosa:  
el suelo niega cosechas

al astur, a quien la aurora  
sorprende regando el campo  
con la frente sudorosa.  
El taller no pide brazos,  
la fragua apagada y sola  
con sonoro martilleo  
muy escaso hierro forja,  
que bastan pocos arados  
para labor infructuosa.

Triste Asturias! de su seno  
rudo minero no arroja  
de los valiosos metales  
la riqueza que atesora.  
Y el negro carbón, la fuerza  
que arrastra, mueve y transforma  
máquinas con que la industria  
es de la tierra señora,  
verás salir por los puertos  
de la embravecida costa,  
vencedoras de peligros,  
en naves de blancas lonas:  
pero las minas son muchas  
las naves pocas, muy pocas.

Así en la tierra olvidada  
que al infortunio se dobla,  
como en su hermana Galicia,  
que tuvo tus dulces trovas,  
aquí la gaita asturiana  
también suena melancólica,  
como el son de danza-prima  
que en las *fogueras* se entona.

#### IV

Mira las extensas playas  
que besan rizadas olas;  
mira ligera barquilla  
cómo se mece en las ondas

y al tostado marinero  
que redes y garfios toma  
y canta al son de los remos  
sobre las aguas traidoras.  
Cuántas veces sorprendido  
por la furia borrascosa,  
víctima de la galerna  
jamás al hogar retorna!

Pobre Asturias! otros hijos  
a la América remota  
piden el pan que les tasa  
la miseria que aquí mora:  
como las aves emigran  
buscando felices zonas,  
y muchos van, pocos vuelven  
a la patria cariñosa.

Asturias, amante madre,  
vive abandonada y sola;  
sus nevadas cordilleras  
parece que la aprisionan  
porque por ellas no cruza  
la rauda locomotora,  
que hasta los pueblos remotos  
une, estrecha y eslabona.

Así en la cuna olvidada  
de las glorias españolas,  
como en su hermana Galicia,  
que tuvo tus dulces trovas,  
aquí la gaita asturiana  
también suena melancólica,  
como el son de danza-prima  
que en las *fogueras* se entona.

## V

Patria! confía y espera,  
tu redención venturosa!  
A tus pesares da tregua

hoy que en tu recinto mora  
vate inspirado, que ciñe  
inmarcesible corona.

Poetas, pulsad la lira  
y oigan palacios y chozas  
plácemes de bienvenida  
en las delicadas notas.

Llega a la asturiana tierra,  
vate inspirado, en buen hora:  
ya que hermanos te acompañan  
como hermano se te acoja.

Por tí la gaita asturiana  
suene alegre y bullidora,  
y en tu honor la danza-prima  
grite el *iixuxú!* gozosa  
al escuchar en Asturias  
tus dulces, sentidas trovas.

Hubo para Asturias—por obra y gracia de estos versos de Cannella—«dulces, sentidas trovas» de Ruiz Aguilera, un lugar en sus *Ecos Nacionales*. Fechada en octubre de 1880] y dedicada «a mis queridos amigos de Asturias», está ¡Jujú! Fué publicada dicha composición en la REVISTA DE ASTURIAS (año 1880, págs. 314-315) y en LA ILUSTRACION GALLEGA Y ASTURIANA (t. II, páginas 377-378).

### ¡JUJU!

*A mis queridos amigos de Asturias.*

#### I

¡Es ella..! Espléndidamente  
por todas partes la anuncia  
del suelo suyo sagrado  
la portentosa hermosura.  
Con agua de Covadonga  
—ya templo, si ayer fué cuna—  
ella bautiza de España

la frente noble y augusta. (3)  
 ¡Es ella..! En eila principian  
 contra el Africa sañuda  
 siete siglos de combate,  
 sin par desque el sol fulgura.  
 ¡Es ella..! Por sus montañas  
 el eco inmortal retumba  
 del ¡Jujú!, grito santo  
 en otras gigantes luchas.  
 ¡Es ella..! Bajo sus robles,  
 hogar de raza no espúrea,  
 de las viejas libertades  
 el fuego se perpetúa.  
 ¡Te he visto, al fin..! De rodillas  
 y la cabeza desnuda,  
 te saludo y te bendigo!  
 ¡Dichoso yo, si me escuchas!  
 Porque decirte yo quiero,  
 ya que llanto que no enjugas,  
 como en Galicia, tu hermana,  
 la pálida faz te inunda:  
 «Contra el desmayo que sientes  
 y entibia tu fé robusta,  
 del patrio ¡Jujú! a los ecos,  
     ¡Cierra, Asturias!

## II

Caminando, caminando  
 por tus soledades rústicas,  
 llegó una voz a mi oído  
 sumiéndome en pena mucha.  
 Ya era ronca y penetrante,  
 ya débil y gemebunda,

---

(3) Los cuatro versos que siguen no figuran en el texto que ofrece LA ILUSTRACION GALLEGA Y ASTURIANA.

ya cual rugir de leones,  
 ya como un ¡ay! de ternura.  
 ¿De dónde esta voz venía  
 en cuyas notas se adunan  
 de tan contrarios afectos  
 las causas ciertas y ocultas..?  
 Una carreta chirriaba,  
 que azotó ventisca dura;  
 penosamente subiendo  
 cuesta escabrosa y adusta.  
 ¡Qué sudar los tardos bueyes  
 tirando con fuerza hercúlea  
 por la carga en que su dueño  
 suerte más próspera funda!  
 Si el cansancio los rendía  
 porque la carga era suma,  
 otra vez—siendo acicate  
 que los anima y los punza—  
 repetía la carreta  
 su triste y salvaje música,  
 y los mansos animales  
 seguían la áspera ruta.  
 Así contra los que cedan  
 al desaliento y la duda  
 grite ¡Jujú! formidable:  
     ¡Cierra, Asturias!

## III

¿Qué pueblo habrá que no llore?  
 ¿Qué espíritu que no sufra?  
 Respondan los más felices,  
 pregunta a todos, pregunta.  
 ¡Mas cuánta alegría, cuánta  
 sus infortunios no endulza!  
 ¡Cuándo el dolor no fué padre  
 de sus grandezas futuras!  
 En tus verdes *pumaradas*

que brisas del mar arrullan,  
he visto a la *danza-prima*  
lanzarse jóvenes turbas.  
¿Acaso es vaga memoria,  
imagen de fieras pugnas  
entre cristianos y moros  
lo que la danza figura..?  
Frente a frente las parejas,  
en rueda ordenada y justa,  
se miran como dos bandos  
que para la lid se agrupan.  
Pues doncellas y mancebos  
forman cadena que ondula,  
y en viejas trovas cantadas  
se requiebran y disputan,  
y avanzan, y retroceden  
imitando ataque y fuga,  
sin que hasta el fin de la danza  
la cadena se interrumpa.  
¿Y la tristeza..? Va huyendo  
del ¡*Jjujú!*, que cual *burra*,  
contra ella gozoso grita:  
    ¡*Cierra, Asturias!*

## IV

¡Pobres hijos de estos valles  
y estas montañas abruptas,  
cuyas altas cumbres olas  
de irritado mar simulan!  
No oigáis el pérfido canto  
que os brinda loca fortuna  
en tierra de otro hemisferio,  
de España insaciable tumba.  
Canto de sirena ha sido;  
amadla de lejos; nunca  
sintáis de cerca su beso,  
que mata cuanto más gusta.

Preferid vuestra miseria  
 al oro con que os deslumbra,  
 y vuestro cielo apacible  
 al suyo ardiente y sin brumas.  
 Al negro pan de la patria  
 no hay otro que sustituya,  
 amarlo es partir con ella  
 sus goces y desventuras.  
 Id por las chozas nativas,  
 recorred una por una:  
 ¡qué de hermanas sin hermanos!  
 ¡qué de huérfanos y viudas!  
 De tantos como partieron  
 ¡qué menguada es (¡ay!) la suma.  
 Unos, en el mar hallaron  
 y otros allá sepultura.  
 Si el labio de la sirena  
 dulces promesas formula,  
 ¡el Jujú! le responda  
     ¡Cierra, Asturias!

## V

¡Asturias! no en la molicie,  
 ni en lágrimas infecundas;  
 en la fé y en el trabajo  
 remedio a tus males busca.  
 En tu redención confía;  
 el que imposible la juzga,  
 niega a Dios y niega al siglo  
 que al hombre dicen: *¡Plus ultra!*  
 ¿No ves, pobre ciego, cómo  
 tus horizontes se azulan?  
 ¿No ves rayando ya el cielo  
 un alba risueña y pura..?  
 Ya a la grave sinfonía  
 del Cantábrico se junta  
 la gran voz de los talleres,



del arte y de las industrias.  
La rauda locomotora  
vida y riqueza te augura,  
y por su boca de bronce  
el cañón fundido en Trubia.  
Para tus noches y nieves  
luz y calor te asegura,  
pródiga, la madre tierra  
en sus hulleras profundas.  
Por hilos de alumbre atada  
—leve yugo de tus nupcias—  
con el alma de otros pueblos  
unísona tu alma pulsa.  
¡Anda... y llegarás!

La calle  
subiendo de la amargura,  
tu ¡Jujú! lanza a la muerte:  
*¡Cierra, Asturias!*

# NOTAS ACERCA DE LA ACTITUD DE CASTILLA CON RESPECTO AL CISMA DE OCCIDENTE

POR

LUIS SUAREZ FERNANDEZ

## I

### EL CISMA Y SUS CARACTERES

La Guerra de Cien Años y el Cisma de Occidente son dos fenómenos enteramente semejantes en la Historia, no sólo porque se mezclan en el curso de su desarrollo, sino más bien porque significan en la política y en la religión, una misma cosa. Si la guerra es en el fondo, solamente la crisis del concepto de estado feudal, el Cisma es el epílogo a la Historia de un concepto de la Iglesia también medieval, y aun en ciertos aspectos influido por el feudalismo, acabando además con un Concilio que mantiene una arriesgada proposición de superioridad sobre el Papado, y que exige, a todo trance, una reforma «in capite et in membris». El Papa salió de aquella crisis con un poder tan profundamente debilitado, que fué muy fácil en adelante para la herejía, hallar un campo propicio de expansión.

El Cisma es pues, un fenómeno doble: religioso y político. No

trataremos en este lugar más que del segundo, porque el primero hace tiempo que ha sido ya claramente determinado por la Iglesia, y la legitimidad de Urbano VI y sus sucesores queda fuera de toda duda. Acaso la solución de este problema hubiera sido más fácil si no se hubieran inmiscuido intereses políticos en medio de los puramente religiosos. Coincidiendo en estos mismos años el magno conflicto bélico franco-inglés, arrastró en favor de uno u otro bando, las simpatías respectivas de los dos aspirantes a la tierra pontificia. Sería erróneo sin embargo creer que sólo hubo cálculo político en la actitud que los reyes observaron. No debemos olvidar nunca que para sus contemporáneos, la legitimidad de Urbano VI era muy discutible, y que había grandes dificultades para obtener una información fidedigna. Es más, casi nos atreveríamos a suponer que la solemne declaración de 19 de marzo de 1381, ordenada por Juan I de Castilla, obedecía en gran parte a impulsos de una convicción sincera de la legitimidad del avignonense.

Los dos campos que están en guerra se reparten el favor de cada uno de los Pontífices. Castilla y Francia son el más firme sostén de Clemente VII, como después lo será Aragón de don Pedro de Luna. Inglaterra y Alemania reconocerán a Urbano y a sus sucesores, mientras los diminutos estados italianos se distribuyen en uno u otro bando, según sus simpatías o sus conveniencias. Francia fué la que primero, y con más fuerza alentó a los disidentes; su aptitud es perfectamente explicable aun cuando no disculpable. Durante largos años, la sede del Primado había estado situada en tierra francesa, y aquella circunstancia obligaba a los Pontífices a ser más complacientes con los Reyes franceses. Una prueba de ello era el crecido número de cardenales galos que había en el Sacro Colegio, factor muy importante en la producción del Cisma. Cuando el Papa Gregorio XI se trasladó a Roma, Carlos V vió el peligro que había de que el Pontificado no regresara nunca a Avignon. Aun cuando rechazamos la idea de que él haya podido ser el promotor del Cisma, no hay duda de que acogió con simpatía el ges-

to rebelde de los cardenales, cuando declararon depuesto a Urbano VI y eligieron a Roberto de Ginebra.

#### LA ELECCION DE URBANO VI Y CLEMENTE VII

El 7 de abril de 1378 se reunió el Cónclave para elegir al sucesor de Gregorio XI. Había algunos alborotos en las calles de Roma, porque la muchedumbre se hallaba muy excitada ante el temor de que fuera elegido un francófilo que tratara de regresar a Avignon. La elección fué así un poco precipitada por el miedo natural que los cardenales tenían a que se les hiciera violencia, pero enteramente libre, pues el obispo de Marsella, custodio mayor del Cónclave, tomó la precaución de cerrar la sala de reuniones. Aquella noche pasó angustiosamente pues el tumulto aumentaba. En la mañana del día 8 de abril la muchedumbre irrumpió en la sala del Cónclave cuando había ya sido elegido Bartolomé Prignano, arzobispo de Bari, que no era cardenal, pero que se hallaba en Roma. Como el electo era en cierto modo sospechoso de amistad hacia Francia, nadie se atrevió a comunicar su nombre a los romanos y se dió a cambio el del cardenal Tebaldeschi, un viejo timorato muy popular, que fué paseado en hombros a pesar de sus protestas. El día 9 la muchedumbre estaba calmada y se pudo anunciar la verdadera identidad del elegido. El arzobispo de Bari fué pues consagrado con el nombre de Urbano VI y recibió sucesivamente las adhesiones de todos los cardenales, tanto de los que habían permanecido en sus puestos, como de los que habían huído después de la elección, y también de quienes, por hallarse ausentes, no habían participado en ella.

Los cardenales esperaban hallar el agradecimiento más profundo en un hombre a quien habían elevado desde el simple puesto de funcionario de la Curia, hasta la más sublime autoridad de la Iglesia, pero se equivocaron en sus cálculos. El nuevo Papa era hombre duro, muy entero, y celoso de la reforma de costumbres que el pueblo fiel pedía constantemente. Los primeros golpes del

reformador hubieron de caer, necesariamente, sobre aquel Colegio que le había elegido, y que, en su mayoría, estaba compuesto de grandes señores, ricos y ostentosos, muy poco amigos de la austeridad.

Hubo una serie de escenas violentas. Los purpurados buscaron pronto los medios de salir de Roma, y en Agnani se fueron reuniendo todos los descontentos, bajo la protección de tropas francesas. Allí mismo dieron a la publicidad, el 2 de agosto de 1378, una especie de declaración oficial, anulando la elección de Urbano VI. Todos los intentos de avenencia que realizó el Papa fueron interpretados como signos de debilidad, y sirvieron tan solo para aumentar la osadía de los rebeldes. En Fundi, el 20 de septiembre del mismo año, fué elegido Papa el Cardenal Roberto de Ginebra, que tomó el nombre de Clemente VII. El Cisma se había consumado (1).

#### CLEMENTISTAS Y URBANISTAS

Inmediatamente se dibujaron dos partidos: clementistas y urbanistas. El clero se dividió en dos partes y arrastró a los laicos a una u otra facción. Se multiplican muy pronto los alegatos en torno al punto candente del problema, es decir, la legitimidad o la violencia de la elección (2). Se inicia la propaganda y por consiguiente la labor diplomática que tiende a atraer a los reyes. Francia apoyó desde el primer momento a los rebeldes de Agnani; con ello definió la futura actitud de Inglaterra, su enemiga, que optó por Urbano VI. Alemania tomó el camino de la legitimidad, y Aragón se aferró, por el momento, a una terca neutralidad, muy sa-

---

(1) Ludovico Pastor. *Historia de los Papas*. Tomo I. Barcelona 1910, páginas 237-255.

(2) Como una muestra curiosa de estos alegatos, puede verse una «Relación acerca del Cisma de Occidente», manuscrita, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, mss. 101, fol. núm. CCLXVII y siguientes, debida a la pluma de un convencido clementista.

ludable, que había de durar hasta la muerte de Pedro IV el Ceremonioso.

#### ESFUERZOS PARA ATRAER A CASTILLA

La primera noticia de la elección de Urbano, había llegado a Castilla antes de que se insinuasen los síntomas de descontento, y por ello, Enrique II aceptó sin ambages, su legitimidad. Mas adelante, y movido por el temor de que los cardenales rebeldes pudiesen conseguir de los castellanos el mismo apoyo que recibían de los franceses, el Pontífice romano dispuso el envío de una embajada con Juan de Roquefeuille, quien por aquel entonces aun se mantenía fiel (3). No mencionó para nada los sucesos de Agnani, ni la nueva elección, verificada en Fundi; traía grandes regalos y hablaba de vastos proyectos de reforma general. Demasiado tarde, porque Enrique II se hallaba al corriente de los asuntos italianos y retuvo a la embajada sin escucharla, esperando, según decía, a celebrar consejo con su hijo heredero, Juan, que se encontraba en la guerra de Navarra. En Toledo se reunieron el Rey y el Príncipe; había llegado ya una embajada francesa a Castilla, dando cuenta detallada de las dos elecciones, y pidiendo el reconocimiento de Clemente VII (4). Cuando Enrique II contestó a aquella embajada, desconocía la declaración francesa en favor del Antitapa (5), y así expresó sus deseos de permanecer neutral, al menos mientras no recogiese el informe que esperaba obtener de los cardenales que estaban en Niza y no habían participado en la segunda elección, y de los que permanecían en Avignon, sin haber asistido a ninguna de ambas. Esta misma respuesta fué la que se entregó a los embajadores de Urbano VI y Clemente VII (6).

---

(3) Noël Valois. *France et le Grand Schisme*. Tomo I. París 1901, Pág. 198.

(4) Pero López de Ayala. *Crónica de Enrique II* B. A. E. t. LXVIII págs. 33-34.

(5) Noël Valois, op. cit. tomo I, pág. 199 nota.

(6) Ayala. *Crónica de Enrique II*, págs. 34-35.

En septiembre de 1378, Carlos V había celebrado en París una primera Asamblea general del clero francés. Aun cuando ya entonces sus intereses le inclinaban notoriamente hacia el Antipapa, no se atrevió a declarar en público sus simpatías y se mantuvo, momentaneamente, neutral. A imitación suya, el monarca castellano decidió poner el asunto en mano de una junta de eclesiásticos, cuya primera reunión pudo haberse celebrado, acaso en Toledo, durante la estancia de Enrique II allí, y la segunda tuvo lugar, con toda seguridad, en Illescas (7).

La Asamblea de Illescas parecía inclinarse en favor de Urbano VI, cuya elección, según criterio del arzobispo de Toledo, don Pedro Tenorio, quedaba legitimada con el posterior reconocimiento de los cardenales. Acaso, como apunta Noël Valois, el monarca castellano se sintió siempre inclinado a un reconocimiento de Urbano VI, cuya causa le parecía la más justa, pero la amistad y alianza que le unían con el soberano francés, y la ayuda que mutuamente se prestaban los ingleses y urbanistas, le movieron a retardar su decisión, y, al mismo tiempo, a enviar una embajada con Rodrigo Bernardo y Pedro Fernández a París, para que consiguiesen de Carlos V, una demora en su declaración oficial (8). Demasiado tarde ya, porque el 16 de noviembre, el soberano francés, se había colocado, solemnemente, bajo la obediencia de Clemente VII (9).

#### FRANCIA EMPUJA A CASTILLA AL CISMA

La respuesta de Carlos V a los embajadores castellanos era un puro sofisma. Partía de la base de la legitimidad de Clemente VII, de la que se hallaba perfectamente convencido, pues de otro mo-

---

(7) El P. Mariana, *Historia General de España* tomo 10. Madrid, 1819, páginas 169-170, da como exactas las dos reuniones. Ya se sabe las reservas con que pueden aceptarse sus datos.

(8) Noël Valois, op. cit. tomo I, pág. 200

(9) Pastor, op. cit. tomo I, pág. 261:

do se hubiera decidido por Urbano. Su certeza se basaba solamente en la afirmación hecha por los cardenales—únicos poseedores del secreto de la primera elección—de que en Roma se había ejercido sobre ellos violencia para que eligiesen un Papa italiano. Prescindiendo ya de la falsedad demostrada de tales afirmaciones, en la respuesta del monarca francés, faltaba el examen de un punto esencial: si los cardenales tienen autoridad para deponer a un Papa a quien todos han reconocido como tal. Enrique II decidió entonces reunir la segunda Asamblea del clero—o la tercera, si hubo una en Toledo—durante las Cortes de Burgos de 1379 (10). Murió antes de que pudiera celebrarse, pero su hijo Juan I se ocupó de que se efectuara.

Los esfuerzos que hicieron Enrique II de Castilla, y sobre todo su hijo y sucesor Juan I, en pro de una averiguación de la legitimidad de los Pontífices, nos muestran bien, a las claras, la rectitud de su intención (11). Una serie de embajadas recorrieron el Sur de Francia e Italia en busca de las opiniones de las personas más autorizadas. La más importante de todas ellas fué la dirigida por Rodrigo Bernardo, en la que figuraba el confesor del rey Fray Fernando de Illescas (12). Respondía su envío a la decisión tomada en la Asamblea de Burgos de 1379, de instruir un proceso que determi-

---

(10) Noël Valois, op. cit. tomo I, págs. 201-202.

(11) Todas estas cuestiones han sido detalladamente estudiadas por Michael Seildmayer en su libro *Die Anfänge des Grossen Abendländischer Schismae*. Münster 1940, en donde utiliza fondos documentales de París, del Vaticano y del Archivo de la Corona de Aragón. Se refiere únicamente a los primeros años del Cisma, estudiando tan solo las declaraciones en favor de uno y otro de los pretendientes, hechas por los diversos reyes españoles. Para Castilla deben verse las páginas 25 a 64, correspondientes al Capítulo II, *Die Kirchenpolitik des Königreichs Kastilien bis zu seiner Erklärung für Clemens VII am 19. mei 1381*, algunas de cuyas ideas tomamos para el presente trabajo, evitando insistir sobre los puntos por él tratados.

(12) La relación de esta embajada se halla incluida entre los apéndices del libro de Seildmayer, ya citado.



nase a la vista de las deposiciones de los testigos, la legitimidad de uno u otro de los adversarios.

Clemente VII eligió, para su representante cerca de los reyes españoles, a un aragonés, duro y tenaz, que después se hará famoso en la Historia del Cisma: don Pedro de Luna. Urbano VI designó como legados al obispo de Faenza, Francisco de Urbino, y a un doctor en leyes a quien se le negó la entrada por inglés. Pero la mayor influencia cerca de Castilla la fiaba el Pontífice de Avignon al rey de Francia, unido por una perfecta y cordial alianza con Juan I, tanto más firme, cuanto que era causa de una serie de victorias comunes. Verdaderamente Carlos V no defraudó la confianza que en él se había puesto. Una serie de cartas, tanto suyas, como de otros principales personajes de su Corte, fueron enviadas al rey, a la reina, a don Pedro Tenorio, y, en suma, a todos los ministros cuya influencia cerca del rey podía ser deseada (13). Acompañando a una embajada que trataba de concertar una ratificación del tratado de alianza franco-castellano, fueron enviados algunos personajes franceses, con la orden de permanecer en Castilla hasta que Juan I hubiera hecho su declaración oficial de obediencia a Clemente VII (14).

#### PRIMER PROCEDIMIENTO: LA DECLARACION DE LOS REYES

En la respuesta de Juan I a su aliado hallamos, con una exposición de las razones alegadas por el francés, el fundamento de un medio de acabar con el Cisma, muy sencillo y consistente en una declaración conjunta de los reyes aliados, una vez que la Asamblea del clero francés ha llegado a la conclusión de la legitimidad de Clemente VII. Su ejemplo sería sin duda seguido por todos los reyes de la Cristiandad, y Urbano VI quedaría aislado y sin fuerza. Castilla y Francia han de ser las primeras, ya que permanecen uni-

---

(13) N. Valois, op. cit. tomo I, págs. 202-205.

(14) Ayala, Crónica de Juan I, pág. 68.

das por un lazo de estrecha alianza. De entre los muchos procedimientos como habrán de proponerse, es este el primero. No se mostraba muy conforme Juan I, pues, adelantándose a todos en el pensamiento, abogaba por la celebración de un Concilio general, ya que, habiendo permanecido en el solio pontificio Urbano VI durante muchos meses, sin discusión de nadie, parece injusto que ahora se le condene sin escuchar sus razones (15). Por otra parte, y teniendo en cuenta que italianos, alemanes, húngaros y otros muchos príncipes cristianos ortodoxos han reconocido a Urbano VI es en vano esperar que ellos abandonen, sin un acuerdo general, al Pontífice que firmemente tienen por legítimo. En el fondo Juan I da a entender que las Asambleas nacionales reunidas en Francia y en Castilla no le merecen ninguna confianza.

El 27 de septiembre de 1380 regresó la embajada de Rodrigo Bernardo. Había realizado durante su breve viaje, una costosa labor, pero los resultados no respondían, ni con mucho, al esfuerzo hecho. En Avignon los cardenales clementistas se aferraban a la legitimidad de Roberto de Ginebra, en Roma los urbanistas clamaban en favor de su amo, y los cardenales que se hallaban en Nápoles no añadían ninguna luz al problema. La política comenzaba a mezclarse con la religión, y Nápoles esperaba, con la guerra civil, los primeros frutos de la discordia. También en Castilla la política acabaría por imponerse, y Juan I se inclinaba ya, pese a sus convicciones, en favor de una declaración oficial de sumisión a Clemente VII.

#### ASAMBLEA DE MEDINA DEL CAMPO

D. Pedro de Luna hizo su entrada en Castilla en curso del año 1380. Le acompañaba San Vicente Ferrer, magnífico orador, cuyos

---

(15) «nam cum primus electus tanto tempore absque contradictione fuerit in possessione papatus, multis videtur absurdum quia ad suspecti sibi consistorii iudicio dampnari debuerit non auditus». Carta de Juan I a Carlos V. Medina del Campo 20 de diciembre de 1380. B. N. mss. 13.102 fols. 195-198.

sermone convertían a gran número de personas, como a aquel judío de Valladolid, Salomón-ha-levi, que fué llamado luego Pablo de Santa María. Ambos iban a participar en una Asamblea general, convocada para Medina del Campo, en donde se examinarían los documentos recogidos para la formación del proceso de legitimidad. Encontraron una ayuda preciosa en la persona de Gutierre Gómez de Luna, obispo de Palencia, a quien Urbano VI había promovido al cardenalato, y que cambió de campo, recogiendo empero, el capelo, de manos de Clemente VII (16).

La Asamblea de Medina del Campo, trasladada más tarde a Salamanca, es de una importancia excepcional. Cuatro meses duraron las deliberaciones. Comenzaron éstas con un magno discurso del cardenal de Luna el día 23 de noviembre de 1380 (17). Doce días más tarde habló en favor de Urbano VI, su llegado Francisco de Urbino, y en las jornadas siguientes se oyeron las declaraciones y testimonios de Rodrigo Bernardo y sus acompañantes en la embajada de Avignon y Roma. Luego se hizo una lista de proposiciones que fueron entregadas a 34 prelados y clérigos para su contestación, encargándose del interrogatorio una comisión de 23 canonistas. La solemne sesión en que se discutieron los argumentos en pro y en contra de cada uno de los pretendientes, tuvo lugar a presencia del rey. Luego se procedió a la votación. Con casi entera unanimidad, los asistentes optaron por Clemente VII. Era una victoria para don Pedro de Luna.

Para Francia, que no había dejado de influir constantemente para que se llegara a este resultado, era también un triunfo decisivo (18). La declaración se hizo en forma solemne en la Catedral de

---

(16) Pedro Fernández del Pulgar. *Historia secular y eclesiástica de la ciudad de Palencia*. Tomo II. Madrid, 1679, págs. 69-70.

(17) En la Bibliothéque nationale de París existe una relación manuscrita en latín acerca de esta Asamblea de Medina del Campo. mss. 11.745. Dato tomado de Noël Valois.

(18) Noël Valois rechaza con evidente acierto la afirmación gratuita hecha por ciertos historiadores, de que este reconocimiento fuera condición expresamente exigida en una de las cláusulas del tratado de alianza, por cuanto que este tratado estaba firmado mucho antes de la declaración del 19 de mayo.

Salamanca el 19 de mayo de 1381. El partido clementista que aun entonces debía de ser bastante fuerte, propaló la especie de que tal declaración no había podido hacerse en la Iglesia de los franciscanos de dicha ciudad, porque los frailes se habían pasado la noche rezando, con lo que estalló una tormenta que impidió al cortejo real llegar hasta su templo, abligándole a refugiarse en la Catedral (19) ¿Quiere decir esto acaso que los frailes menores eran clementistas?. Lo ignoramos, pero quizá no sería muy desacertada tal suposición. Otra de las anécdotas curiosas, recogida mucho más tarde, pretende que la reina madre, doña Juana Manuel, envió mensajeros a Lisboa para consultar a un fraile, Federico Robicio, que gozaba fama de santo y adivino. El religioso les predijo la muerte de la reina, acaecida en el curso de tal embajada, y la declaración oficial en favor de Clemente VII, origen de gravísimos males para Castilla (20). Una consecuencia natural del reconocimiento de Clemente VII por Papa legítimo, fué la orden dada por Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo para que no fuese recibida ninguna persona que tuviera cartas de gracia o de expectativa sin que antes no fuera él mismo consultado (21).

#### GUERRA CIVIL EN NAPOLES

Durante el año 1381, y sobre todo el 1382 la situación se fué rápidamente agravando. Nápoles estaba en plena guerra civil. Cada uno de los bandos tenía un candidato: los clementistas favorecían a la reina y su ahijado Luis de Anjou, los urbanistas a Carlos de Durazzo. Las operaciones militares fueron altamente favorables a este último, pues llegó a conquistar por completo el reino napolitano. Pero entonces surgió la discordia entre él y Urbano VI. El antiguo arzobispo de Bari era hombre impulsivo y trató de cortar

---

(19) P. Fernández de Velasco, op. cit. pag. 71.

(20) P. Fernández de Velasco, op. cit. tomo II, pag. 71.

(21) Copia de carta de don Pedro Tenorio. Toledo 10 julio de 1381 B. N. mss. 13.018 fols. 91-92.

la cuestión entrando con tropas en Nápoles. No consiguió más que el ridículo, pues situado en Nocera llegó a una capitulación vergonzosa. Por un momento en Italia existen tres partidos, y de todos ellos acaso el más fuerte sea el de Carlos el Chico, ya que recoge a la mayor parte de los antiguos gibelinos, con tanta mayor razón cuanto que ahora parecía manifestarse la incapacidad del Pontificado para gobernar (22). Al año siguiente, el 30 de mayo de 1382, Luis de Anjou, heredero de los derechos de la reina pasó a Italia, bajo la bendición de Clemente VII. Su expedición duró más de dos años y resultó un fracaso, El propio Luis de Anjou murió, a causa de la peste, el 21 de septiembre de 1384 (23). En esta expedición figuraban naves castellanas, que fueron abonadas con el dinero de las rentas episcopales de diversas diócesis españolas (24).

#### LABOR DE CASTILLA EN FAVOR DE CLEMENTE VII

Una vez decidida en favor de Clemente VII, Castilla tomó con ardor la defensa de sus intereses. A tantos desvelos por la causa de su rival, respondía naturalmente, Urbano VI formulando sanciones eclesiásticas contra Juan I, y publicando un breve con amenaza de excomunión (25). El duque de Lancaster quería que el Romano Pontífice excomulgara definitivamente a Juan I reconociendo a él por legítimo rey de Castilla, pero no pudo conseguirlo tan deprisa como deseaba. Urbano no había perdido aun la esperanza en una rectificación castellana, obtenida acaso a través de Aragón, y daba largas a las peticiones inglesas, prometiendo el reconocimiento para cuando Juan de Gante hubiera desembarcado en la Península Ibérica (26).

(22) Pastor op. cit. tomo I pags 266-67.

(23) Pastor op. cit. tomo I pags. 303.

(24) Burgos 20 mayo 1386. Cuentas de don Pedro Tenorio. B. N. mss. 13.018 fols. 93-116.

(25) Fernández de Velasco op. cit. pág. 72.

(26) J. Zurita *Anales*. Zaragoza, 1610. tomo II fol 380.

Pedro IV de Aragón, con gran prudencia, seguía manteniéndose neutral en aquel pleito. Los franceses tenían un gran interés en obtener una declaración favorable a su causa, y fomentaban el desarrollo de un partido francófilo, que encabezaba el duque de Gerona, futuro Juan I, y entonces heredero del trono. El príncipe aragonés mantenía relaciones frecuentes con Castilla. En 1382 una embajada secreta, llevada por un cierto vizconde de título para nosotros desconocido, pasó a la Corte de Juan I, presentando, entre otras peregrinas proposiciones, una relativa al Cisma: su padre Pedro IV pensaba reunir Cortes en fecha muy próxima para tratar los problemas de la Iglesia, y el heredero solicitaba del monarca el envío de una comisión de peritos con los informes por él reunidos en el curso de la investigación de 1380. Juan I contestó muy complacido, anunciando que la comisión se hallaría muy pronto dispuesta para emprender la marcha en el momento en que el aragonés lo demandase (27). En realidad la declaración oficial de Aragón se hizo esperar aun bastante tiempo.

---

(27) «A la segunda que nos enbiaua dezir que el rrey de Aragon entendia agora fazer sus cortes en las quales entendia tener tales maneras con la merced de dios que al se declarase por la parte de nuestro señor el papa. E por esto que nos rrogaua que nos que quisiesemos enbiar alla nuestros mandaderos notables enformados de la informacion que nos ouiemos en este fecho a los quales mandasemos que fuesen a el e que touiesen todas las maneras que les el mandare porque entendia que cumplia asi a seruicio de la eglefia por que esta declaracion se fiziese.

Dezir le hedes que nos plaze de los enbiar a el por la manera que el dize para que fagan todo lo que les el mandase e a su ordenanca e que le rrogamos que quiera trabajar quanto pudiere de dar buena fin a este fecho para seruicio de dios e del Rey su padre e suyo e por prouecho de aquel regno porque lo saquen de la cisma en que esta que bien puede entender quanto mal e daño se puede seguir durando mucho la dicha cisma e para esto que nos tenemos nuestros mandaderos prestos para ge los enbiar luego que el enbiase por ellos e los mandaremos que tengan todas las maneras que les el mandare en este fecho». Instrucciones de Juan I al electo de Calahorra y Garci Fernández de Oter de Lobos. Sin lugar ni fecha. A. G. S. P. R. Leg.º 47 fol. 41.

## LA UNIDAD CLEMENTISTA DE ESPAÑA

La labor de don Pedro de Luna, alcanzaba muchos y muy diversos aspectos, en el curso de su legacía. Se había convertido en el hombre indispensable del bando clementista y tan pronto figuraba en un litigio del arzobispo de Toledo contra Juan González de Alcalá (28), como intervenía en la política portuguesa de Juan I y, usando y abusando de su autoridad como representante de Clemente VII, formaba un tribunal eclesiástico en Ribera de Chinchas (Evora), juzgando en él la capacidad de la Infanta Beatriz para consumar su matrimonio con Juan I (29).

Precisamente aquel matrimonio del monarca castellano con la infanta portuguesa era un triunfo rotundo de la causa de los clementistas y del partido francés. Unidos Portugal y Castilla en la persona del rey don Juan, esperando para un plazo muy breve la subida al trono de Aragón del francófilo duque de Gerona, y estando Navarra gobernada por unos reyes que descendían de la Casa francesa, toda la Península Ibérica constituía un bloque unido firmemente en torno de Clemente VII. Bien podía mostrarse satisfecho don Pedro de Luna.

Tan hermosas perspectivas duraron muy poco tiempo. A la muerte de Fernando de Portugal el descontento que anidaba en el pecho de los buenos portugueses estalló en forma de una violenta lucha por la independencia. El maestre de Avís, aliándose a Inglaterra, se unía, al mismo tiempo al Papa de Roma. La guerra, que en cierto modo era nacional y civil, se convirtió de este modo también en religiosa. Cada uno de los combatientes esgrimía bulas de excomunión contra el adversario. La fortuna sonrió a los lusitanos que luchaban por la independencia. Aljubarrota es un nombre ilustre dentro de la Historia nacional portuguesa. Al año si-

---

(28) Avila 8 enero 1382. Sentencia de D. P. de Luna en favor de Juan González de Alcalá. B. N. mss. 13.018 fols. 122-24.

(29) Ribera de Chinchas 14 de mayo de 1381. Sentencia de don Pedro de Luna. A. G. S. P. R. Leg.º 47. fol.º 18.

guiente—1386—el duque de Lancaster desembarcó en la Coruña trayendo el reconocimiento de Urbano VI (30). Por un instante Castilla conoció, además del desastre militar, los horrores de la guerra civil. El mismo espíritu de independencia que había antes salvado a Portugal, salvó también en aquella ocasión al pueblo castellano. Pero aun cuando la pérdida del reino lusitano, vuelto a la obediencia de Roma, fué compensada en parte por la adhesión oficial aragonesa el 4 de febrero de 1387, la unidad ibérica, aquel hermoso sueño de don Pedro de Luna, se había roto para siempre, y, con ello, el más fuerte apoyo para la causa del Papa de Avignon.

### MINORIA DE ENRIQUE III

Murió al cabo el rey don Juan, precisamente cuando estaba comenzando a reparar las pérdidas sufridas por su reino, mediante una saludable labor de reforma de las Cortes. Dejaba un niño como heredero, y, para colmo de males, un testamento anticuado que él mismo había procurado desvalorizar con sus declaraciones. Los partidos y las ambiciones se agitaron entonces en torno a la regencia que todos anhelaban. Sin embargo, y como un contraste a la loca ambición de los nobles castellanos, el rey Enrique recibió embajadas cordiales hasta de los enemigos de la víspera, como el duque de Lancaster. Entre las representaciones diplomáticas, no podía faltar la de Clemente VII, que había designado para ello al obispo de San Ponce, don Domingo, de la Orden de Predicadores y maestro de Teología. Aparte de las instrucciones que personalmente había recibido, el obispo era portador de una carta pontificia de condolencia, escrita en términos extremosos, alabando las extraordinarias virtudes del difunto y lamentando sobre todo la tierna edad del regio huérfano, a quien promete toda la ayuda

---

(30) Bula de Urbano VI al duque de Lancaster. 11 abril 1386 Theodoro Rymer. *Foedera, litterae et eiuscumque generis acta pública*. 3.<sup>a</sup> ed. 1739-45, t. III p. III página 197.



que por su parte pueda necesitar (31). Otra carta de tono semejante estaba dirigida al Consejo de regencia.

A los pocos días de su llegada, el obispo de San Ponce fué recibido en audiencia solemne. Su discurso es pomposo pero muy claro. La noticia de la muerte del rey don Juan, conocida no solo a través de las cartas castellanas, sino también por los mensajes de otros monarcas adictos, ha causado profundo disgusto al Papa, especialmente teniendo en cuenta las cualidades de nobleza, bondad y piedad que adornaban al difunto, y además que el monarca era el baluarte contra el moro, gran príncipe, y muy amigo de Francia. Se consolaba de la ocasión repentina de su muerte, pensando que el día antes de su fallecimiento había confesado con gran devoción y el mismo día, según su costumbre, oído la misa dominical. Para Clemente VII debía de ser efectivamente dolorosa la pérdida de un monarca que con tanta actividad le había ayudado.

Hizo luego una revelación detallada de las exequias y honras fúnebres celebradas en Avignon por el alma de Juan I. Repitió los conceptos de las cartas del Pontífice, y terminó su discurso con unas frases vulgares de consuelo.

La contestación estuvo a cargo de don Juan García Manrique, arzobispo de Santiago, antiguo defensor de León contra los «emperejilados», y una de las figuras de más relieve en la Corte castellana. Agradeció en nombre del rey las buenas palabras del Papa, y prometió el servicio de la Iglesia y el respeto a sus ministros. Anunció el pronto envío de una embajada a Avignon (32).

Una última misión hubo de realizar el obispo-legado antes de abandonar Castilla. Los consejeros del rey le rogaron que interpusiera su influencia cerca de don Pedro Tenorio y sus compañeros para que cesasen en su actitud rebelde; el fraile aceptó complacido «ca por tales negocios como estos fuera la entencion del Papa

---

(31) Ayala. *Crónica de Enrique III*. Loc. cit. pág. 170-171.

(32) Ayala. *Crónica de Enrique III* págs. 170-171.

de le enviar an Castilla, considerando la tierra edad del rey e que non era maravilla en el comienzo de su regnar, acaescer tales cosas como estas, ca siempre fuera asi en el nuevo regnar de los reyes, que apenas tales comienzos fueron sin discordias» (33). Su labor, como la de tantos, resultó completamente inútil.

#### ULTIMO ESFUERZO URBANISTA

El Papa Urbano VI había muerto el 15 de octubre de 1389. Su sucesor, Bonifacio IX, al conocer la muerte de Juan I, hizo un último esfuerzo para atraerse a Castilla nombrando dos nuevos nuncios, Francisco, arzobispo de Burdeos y Juan Guterio, obispo de Acpui, ambos servidores adictos del duque de Lancáster y que habían estado anteriormente en Castilla, durante las negociaciones para el acuerdo de Bayona (34). Fracasados éstos en su misión, los Papas de Roma, renunciaron ya para siempre a reducir a Castilla a su obediencia, por métodos pacíficos.

#### EXCOMUNION DE ENRIQUE III

En 1393 el rey don Enrique hizo prender al obispo de Osma y al abad de Husillos, por su participación en los disturbios interiores del reino; como consecuencia de ello fué excomulgado. Posteriormente el Papa Clemente VII levantó la excomunión (35). Este mismo obispo de Osma, Pedro Fernández, fué promovido al cardenalato el 13 de enero de 1394, a causa del fallecimiento de don Gutierre Gómez de Luna, obispo de Palencia (36). Fué el último acto relacionado con Castilla que efectuó Clemente VII: el 16 de septiembre de 1394, las campanas de Avignon, doblando a muerto, anunciaron el fallecimiento del primer Papa cismático.

---

(33) Ayala. *Crónica de Enrique III* pág. 172.

(34) Rinaldi. *Anales ecclesiastici*. Lucca 1747 tomo VII.

(35) P. Fernández de Pulgar, op. cit. tomo II pág 72.

(36) P. Fernández del Pulgar. op. cit. tomo II pág. 73.

## ELECCION DE DON PEDRO DE LUNA. OPOSICION FRANCESA

Mientras los cardenales se preparaban para celebrar un nuevo Cónclave el rey de Francia trataba de impedir la elección. Creía la ocasión propicia para llegar a un entendimiento con Roma y acabar con el Cisma. Su actitud ha cambiado bastante: teme el desarrollo de unos acontecimientos que en principio él mismo ha favorecido, y encuentra molesta la presencia del Papa que exige demasiado dinero porque son muy pocos los reinos que se lo dan, y porque el hecho de que resida en Francia hace recaer sobre ésta los principales gastos de la Curia pontificia. Por otra parte no dejaba de comprender Carlos VI, asesorado en ésto por la Universidad de París, que una excesiva prolongación del Cisma, constituía un inmenso peligro para la unidad del catolicismo. Puesto que no puede hacer triunfar a su candidato, como hubiera sido su deseo, aspira a conseguir un nuevo título: el de pacificador de la Cristianidad, aun cuando para ello haya de sacrificarse al Antipapa de Avignon. La ocasión es tanto más propicia cuanto que el Imperio casi no existe.

Frente a la política francesa, que naturalmente arrastraba a Castilla, se alza la figura gigante de don Pedro de Luna (37). Cuando el aragonés fué elegido Papa por unanimidad, y tomó el nombre de Benedicto XIII, se iniciaba para Enrique III un problema de graves consecuencias, y que con el tiempo se iría acentuando. Por una parte la política francesa ha de hacerse más y más antiavignonista, y por otra el recuerdo de los beneficios que Castilla debía al antiguo cardenal de Aragón se mantiene aun vivo. Entre ambas tendencias el monarca castellano ha de decidirse. Puesto que el nuevo Papa desea regresar a Italia tan pronto como sea posible, la única ventaja que para Francia ofrecía el Cisma, se ha perdido. Carlos VI aspira a cumplir a la perfección su oficio de pacificador,

---

(37) Véase: M. Beti Bonfill, *Don Pedro de Luna*. Valencia 1927, y Augusto Casas, *El Papa Luna*. Barcelona 1944.

sacrificando en beneficio propio, a los mismos a quienes había contribuido a lanzarse al campo de la rebeldía.

En principio, Benedicto XIII no hizo sino continuar la política de su antecesor. Apoyaba a Luis de Sicilia en su guerra italiana, y disponía, como en otro tiempo, que se le enviasen auxilios económicos desde Castilla (38). Simultáneamente extremaba sus atenciones con la Corte castellana, a la que tan estrechas relaciones le unían (39).

### LOS TRES PROCEDIMIENTOS DE LA UNIVERSIDAD DE PARÍS

Entramos en una nueva fase del desarrollo del Cisma. Durante varios años, los dos rivales se han disputado, uno a uno, la obediencia de los reinos europeos, apelando incluso en ocasiones a las armas, hasta llegar a conseguir que todo el Continente se hallara dividido en dos partes tan equilibradas, que ninguna de ambas podía abrigar esperanzas de alcanzar la victoria, y con ella, la ansiada unidad. El escándalo cundía con el natural descrédito de las personas de los Papas, y en detrimento de las buenas costumbres de la sociedad. Todo el mundo comenzó a darse cuenta del peligro que suponía el Gran Cisma, y más que nadie las Universidades, centros de cultura y elementos vivos en la vida social de la época. La de París fué la que principalmente se ocupó del problema, y en una magna Asamblea del clero francés convocada en París el 2 de febrero de 1395, por orden de Carlos VI, propuso tres procedimientos para acabar con el Cisma: la «*via cessionis*», mediante la cual ambos pretendientes abdicarían de manera espontánea, procediéndose a la elección de un nuevo Papa por los cardenales que

---

(38) Breve del Antipapa don Pedro de Luna. Avignon 13 de octubre de 1394. B. N. mss. 13.103 fol, 192.

(39) En 1395 extendió tres bulas en beneficio de doña Leonor, esposa de Fernando, postea rey de Aragón, autorizándola a recibir los sacramentos, oír misa y ser enterrada en sagrado, junto con sus familiares, aun en tiempos de entredicho. A. G. S. P. R. Leg.º 47, fols. 2, 3 y 4.

pertenecieron al Colegio en tiempo de Gregorio XI, o por todos los cismáticos de acuerdo ambos colegios; la «via compromissi» que establecería un acuerdo directo entre los dos pretendientes; y, por último, la «via concilii», previniendo la reunión de un magno Concilio ecuménico en la forma acostumbrada por la Iglesia Católica. En reserva, y como medios muy poco recomendables, los canonistas parisinos proponían dos: obligar por la fuerza al Papa de Roma a someterse, o persuadirle hasta que abdicara y reconociera la legitimidad del de Avignon (40).

#### PRIMER PROCEDIMIENTO: LA VIA CESSIONIS.

En realidad a la Asamblea de París, la Universidad llevaba unas conclusiones obtenidas ya por sus miembros muchos meses antes. Pero con una diferencia esencial, y es que, siendo Clemente VII de naturaleza francés, el rey Carlos VI había tenido hasta entonces buen cuidado de que sus derechos quedaran salvaguardados. De hecho, y tratándose de la «via cessionis», se determinaba que la renuncia de ambos Pontífices habría de hacerse en una reunión celebrada por ellos y sus respectivos cardenales, en un punto neutral, intermedio entre los dominios de ambos, para que de este modo ninguno de los dos pudiera tener posibilidades de imponerse a su contrincante. En 1395 el problema está fundamentalmente modificado: Benedicto XIII es un aragonés y no tiene interés alguno por Francia; en cuanto la ocasión sea favorable, tratará de llevar su sede a Italia. Para Carlos VI no había sido muy agradable la elección de don Pedro de Luna (41). Así el problema se ha simplificado, pues el monarca francés no tiene otra aspiración que convertirse en el pacificador de la Iglesia, y se prepara a sacrificar a Benedicto XIII, exigiéndole la renuncia antes que al de Roma. Para ello contaba sin duda alguna con la mayoría del Colegio de los

---

(40) Augusto Casas op. cit. págs. 97-99.

(41) Zurita. *Anales* tomo 2 fol. 411.

cardenales de Avignon. Carlos VI creyó por un instante repetir la obra de Enrique III de Alemania en Sutri. Los tiempos han cambiado y las personas también. En apoyo del Antipapa Luna están Castilla, deudora por tantos conceptos del antiguo cardenal, y sobre todo Aragón que no le negará el asilo, ni siquiera en los días amargos de la deposición.

Las relaciones entre el rey y el Papa no fueron en principio muy tirantes. Benedicto XIII había tenido la gentileza de comunicar al francés su exaltación al solio, prometiendo trabajar activamente para acabar con el Cisma que turbaba fuertemente la paz de la Iglesia desde hacía ya quince años. Con la misma cortesía el francés envió cartas y mensajeros a la ciudad del Ródano (42). Era solo el principio porque ya en Avignon los embajadores franceses recogieron rumores y sentimientos hostiles al Pontífice. La mayoría de los cardenales se hallaban obligados al rey de Francia por el temor a perder los beneficios de que en la Corte disfrutaban. En ellos encontró un precioso apoyo Carlos VI para sus ataques contra el Pontífice. Previendo la acción francesa, Benedicto XIII había reunido en su palacio una comisión de cardenales para que estudiaran los medios más eficaces para acabar con el Cisma, y había designado una embajada compuesta por el obispo de Avignon, el de Tarazona, Fernán Pérez Calvillo, y Pedro Blavi, doctor en decretos (43).

Los esfuerzos del Papa se enderezaban solamente a evitar que el rey llegara a una decisión definitiva sin consultarle. No le fue pues muy difícil ponerse de acuerdo con Carlos VI, quien tomó la determinación de enviar una embajada a Avignon que comprendía nada menos que sus dos tíos Felipe de Borgoña y Juan de Berri, y su hermano Luis, duque de Orleans. Antes de que los grandes duques salieran de París, dos embajadas, una a Aragón con Juan de Chambrillac, y otra a Castilla, con el conde de Ribadeo, partieron

---

(42) Ayala. *Crónica de Enrique III* pág. 238.

(43) Zurita. *Anales* tomo 2. fol. 411.

con el encargo de obtener el consentimiento de estos dos países para las operaciones diplomáticas que se pensaba emprender. La respuesta de los españoles fué unánime y lógica: apoyarían la actitud francesa siempre que se les consultara previamente todas las resoluciones (44).

Esta condición aseguraba de antemano la irresponsabilidad castellana en las violencias cometidas por los duques en Avignon, ya que Francia, faltando incluso a la obligación moral que tenía de atender en todas las sugerencias de Castilla, no solo por ser una de las primeras y más decididas partidarias de Avignon, sino por su calidad de fiel aliada, no había consultado en nada, la opinión de Enrique III. El 22 de mayo de 1395, bajando el Ródano en grandes barcos, los duques franceses llegaron a Villanueva, en donde se quedaron sus séquitos, mientras ellos pasaban a Avignon a hacer reverencia al Papa. El domingo y el lunes—23 y 24 de mayo respectivamente—fueron dedicados a la audiencia protocolaria. Por fin el 25 comenzaron las conversaciones diplomáticas: los duques sacaron copia de la cédula de juramento prestado en cónclave, y trataron de negociar a base de la «via cessionis» intentando conseguir que Benedicto XIII abdicara. Muy pronto se convencieron de la inutilidad de sus esfuerzos: don Pedro de Luna se encerraba en la fórmula de la «via compromissi» que, según decía, había sido ya aceptada por los cardenales, antes de la llegada de los duques franceses (45).

¿Esperaba acaso Benedicto XIII imponerse a su adversario en una entrevista que ambos celebrasen? Seguramente. De todas formas resulta evidente que su único objetivo de momento consiste en ganar tiempo, esperando quizá que su fértil imaginación le dicte algún procedimiento para mantenerse en tan alto puesto. Los duques, aleccionados por la Universidad, muchos de cuyos doctores les acompañaban en aquella ocasión, se mantuvieron firmes en la

---

(44) Zurita. *Anales*, tomo 2 fol. 411.

(45) Ayala. *Crónica de Enrique III* pág. 239.

«via cessionis» y comenzaron a ganarse a los cardenales. Benedicto XIII hubo de ceder en parte, prometiendo estudiar dicha fórmula si se le indicaban los trámites, y ofreciendo que si no llegaba a un acuerdo entre los dos Papas directamente, él haría que se formase una comisión mixta que estudiaría los derechos de cada Pontífice. Los franceses querían que, lisa y llanamente, el Antipapa abdicase y no lo consiguieron; por eso abandonaron Avignon y se retiraron a Villanueva. Muchos de los cardenales les habían seguido. Francia continuaba empleando el mismo procedimiento de rebeldía que en 1378: reunidos en una Asamblea los cardenales adictos admitieron sumisamente las imposiciones de Francia aun cuando reconocían expresamente que ellos mismos habían recomendado antes la «via compromissi». Solo hubo un gesto gallardo, y éste naturalmente de un español, el cardenal de Pamplona que calificó la «via cessionis» de *no complidera ni honesta*. Benedicto XIII hizo un último esfuerzo en pro de la paz, aunque sin renunciar naturalmente a su posición, pidiendo que le fuera expuesto todo el proceso a seguir en el camino de la renuncia. Publicó luego una bula (20 de junio de 1395) para dar mayor solemnidad a la «via compromissi», pero inútilmente. Estallaron algunos motines en Avignon, y en el curso de ellos fué quemado el puente que unía la ciudad con Villanueva, residencia de los duques.

Aun siguieron las negociaciones durante algún tiempo, pero sin que en ellas se advirtiese progreso alguno, por cuanto que ninguna de las partes estaba dispuesta a ceder. Los duques acabaron por marcharse de Avignon sin despedirse del Papa. Benedicto XIII trató entonces de iniciar el desarrollo de su procedimiento, enviando una embajada a Roma, que no pudo llegar a su destino porque le fué negado el salvoconducto.

#### PROTESTAS ESPAÑOLAS

La embajada de los duques había constituido una ligereza imperdonable por parte de Francia, no solo porque al obrar así des-



preciaba su deber moral para con Castilla y Aragón, sino incluso por el procedimiento de violencia y descortesía con que se había llevado. Cuando la noticia de lo sucedido en Avignon llegó a España, y Benedicto XIII se encargó de que lo hiciera lo antes posible, produjo la natural sorpresa e indignación en los dos monarcas. Juan I de Aragón envió a Francés de Villamarín quien, después de detenerse en Avignon para consolar al Papa, pasó a París, rogando a Carlos VI que nada hiciera en contra de la persona del Pontífice por ser natural de Aragón, y declarando que la intención de su rey era no de conformarse en cuanto hiciera el de Francia, sino intervenir activamente en las negociaciones (46).

Enrique III se hallaba muy ocupado entonces; tenía sitiado en Gijón al conde Alfonso de Noreña, y las operaciones militares, muy difíciles, requerían toda su atención. Envío al obispo de Cuenca con tres cartas dirigidas respectivamente al Papa, a los cardenales de su Colegio, y al rey de Francia (47). Es curioso señalar que Enrique III se muestre ofendido no solamente con el rey de Francia, no incluso con el Papa por haber procedido a ciertas negociaciones sin hacérselo saber «specialmente por el gran debdo e buen amorio e naturaleza que la Vra. Santidad ovo con los Reyes mi Abuelo e mi padre e a conmigo» (48), demostrando así poseer escasa información del asunto. Ofrece servir en todo cuanto pudiere a la Iglesia en general y a la persona del Papa en particular, pero recuerda los grandes beneficios que prestó a la causa de Avignon la solemne declaración de su padre, para justificar su agravio (49). Los hechos acaecidos en Avignon le duelen profundamente por cuanto que se trató de hacer violencia a la persona del Papa. Pero

(46) Zurita, *Anales* tomo 2 fols. 412-413.

(47) Es interesante la sugerencia hecha por el P. Mariana en su clásica *Historia*, tomo 11 págs. 24-25, de que la misión del obispo de Cuenca era de pacificador entre Francia y el Papa.

(48) Gijón 30 de julio de 1395. Enrique III al Papa. B. N. mss. 13.236 fol. 15.

(49) «Ca yo entiendo que entre los otros príncipes xpianos yo debo seyr requerido e lo debo saber assi bien como qualquier otro rey», doc. ant.

cree hallarse a salvo de toda sospecha por su ignorancia de cuanto se trataba.

El rey de Castilla ignora, o finge ignorar la colaboración prestada por los cardenales a los duques franceses, pues en la carta a ellos dirigida, casi absolutamente idéntica a la dedicada al Pontífice, les habla como solidarios en el agravio a la persona de Benedicto XIII. Esta epístola tiene sin embargo una característica: su dureza. «Pareze bien que dades a entender que la Eglesia non faze gran cuenta de mi ni de los mis Regnos en los fechos de la Yglesia en la manera que debía»—dice en uno de sus párrafos; y añade a continuación—«sed ciertos que mi intención es de non estar a qualquiere conclusión que sea tomada sin Yo ser requerido ni lo saber, más con acuerdo de los Prelados e otros Grandes de los mis Regnos fare en ello lo que entendiere que cumple a servicio de Dios e a mi honra» (50).

La base de las quejas castellanas ante el rey de Francia era precisamente el incumplimiento de un acuerdo, no precisado ni escrito, pero sí acomodado, al que se había llegado no mucho antes, durante la ya citada misión del conde de Ribadeo. Enrique III había consentido en obrar de acuerdo con Francia, pero siendo previamente informado de todo cuanto se hiciera, notificando él mismo sus opiniones acerca de los medios a emplear para finalizar el Cisma, a través del cardenal de España don Pedro de Frías (51). La actitud de los duques, obrando por su cuenta, sin comunicar

---

(50) Gijón 30 de julio de 1395. Enrique III al Colegio de Cardenales. B. N. mss. 13.236 fols. 14-5.

(51) «bien sabedesen como me embiastes a decir por el Begue de Vilaines conde de Rivadeo e por Maistre Tibaut vuestros embaxadores que me rogavades que en los negocios de la Yglesia fuesemos vos e yo unos como eramos en lo temporal. E yo respondiles que por quanto este fecho era muy grande e arduo que me placia dello vos siempre me faziendo saber la vuestra intención porque yo pudiese aver mi acuerdo con los Perlados e los otros grandes del mi Regno e del mi Consejo, el qual hovido vos faria a saber mi entencion por el cardenal de España». Gijón 30 de jul. 1395. Enrique III a Carlos VI. B. M. mss. 13.236 fol. 14.

con la Corte castellana era una violación del acuerdo. El obispo de Cuenca transmitía en París el ruego de Enrique III a su aliado, de que no atente contra la vida y la seguridad de Benedicto XIII, pues de otro modo le será forzoso tomar las medidas que para su reino puedan ser más convenientes. En el fondo de la carta existe una velada amenaza que era un presagio de discordia.

El rey de Francia hubo de retroceder en el camino que se había trazado. Con el fracaso de sus parientes en Avignon la situación empeoraba notablemente. Además en la actitud resuelta de los dos reyes españoles podía adivinar que no sería aceptada una política de hechos consumados, y que era necesario proceder de común acuerdo si quería desarrollarse una acción eficaz. Haciendo de la necesidad virtud, Carlos VI envió para presentar sus excusas a Dióscoro, patriarca de Alejandría y administrador apostólico de la diócesis de Carasona, al abad de Saint Michel, y a algunos doctores de la Universidad de París. La acogida que se les dispensó en Aragón no fué muy cordial (52), pero en cambio Enrique III debió aceptar como buenas las explicaciones del francés, ya que al año siguiente, 1396, firmó un tratado por el cual los dos aliados se comprometían a obrar en estrecho acuerdo en todos los asuntos relacionados con el Cisma (53).

---

(52) Zurita, *Anales*, tomo 2 fol. 413.

(53) Segovia 17 de agosto de 1396. Cédula de Enrique III. A. N. P. J. 604 fol. 74.

## NOTAS

### LOS CUESTIONARIOS PARA EL ESTUDIO DE LA GEOGRAFÍA LOCAL

Habiendo expresado nuestra favorable opinión por el «Método topográfico» es natural que aconsejemos el estudio de la «Geografía local» como primer paso antes de extendernos al estudio de la comarca o de la región.

En dichos estudios, cuya finalidad ya indicamos es doble o sea científica y didáctica, es indispensable la redacción de un detalle de cuestionario que recoja los distintos aspectos bajo los cuales hemos de examinar la citada zona objeto de nuestro trabajo.

De la atención prestada a la redacción del mismo dependerá en gran parte el éxito de nuestras apreciaciones primero, de nuestras observaciones después, y de las conclusiones a que lleguemos al final del trabajo, por último.

El cuestionario, es en suma una lista de hechos a observar sobre el terreno o sea un plano descriptivo general que nos oriente para la obtención de los datos indispensables para la redacción del estudio geográfico de la comarca o región.

Hablando de ellos, dice Pedro Chico: «El «Cuestionario Geográfico», verdadero y eficaz instrumento en la labor de investigación geográfica, se ha de poner, también, en manos del aficionado a la investigación, y aun en las de cualquier persona, y debe facilitar al máximo posible la recogida de datos sobre el terreno, en la propia aldea o comarca objeto de nuestro estudio. De aquí que prestará una mayor utilidad el que desglose y desmenuce todas las cuestiones con arreglo a un criterio y una norma» (1).

---

(1) Ampliación y Metodología de la Geografía.—Pedro Chico.—Madrid 1947, pág. 32.

Las finalidades principales de dichos cuestionarios son, aparte de despertar el interés de los naturales de un lugar por el conocimiento del mismo y de los fines pedagógicos comunes a todo estudio geográfico, que la observación y estudio de la región se efectúe en forma sistemática y ordenada y que el geógrafo tenga ante sí el conjunto de los hechos que caracterizan una región y se sienta estimulado a investigar sobre el mayor número posible de los hechos y fenómenos que integran el paisaje geográfico.

Por ello todo cuestionario debe ser preparado minuciosamente según la región cuyo estudio hemos de efectuar, debiendo, pues, tener cada región su cuestionario propio.

Podemos adoptar un «Cuestionario tipo»; pero debemos introducir en él las modificaciones que aconsejan la clase de estudio que nos proponemos y las características de la región que nos preocupa.

Existen cuestionarios generales, los cuales por la difusión que han alcanzado y por la categoría de sus redactores podemos denominar «Cuestionarios-tipo», entre los cuales cita el Sr. Chico en la obra indicada el de Jourdan, adaptado por Lubelza; el de Alb. Demangeón, de la Universidad de París y el de D. Luis Hoyos. El ya referido profesor de la Escuela Normal de Maestros número uno de Madrid inserta un cuestionario, preparado por él, para que pueda servir en la redacción de monografías geográficas de tipo escolar, considerándolos convenientes para los profesores y alumnos de Geografía de las Escuelas del Magisterio, Institutos Nacionales de Enseñanza Media y Centros análogos y para los maestros y maestras nacionales, el cual puede verse en su «Ampliación y Metodología de la Geografía» (1).

De un orden superior es el de J. Cressot para el estudio de un distrito agrícola y para investigaciones especiales de una localidad industrial o el estudio de una ciudad (2).

Mereciendo especial mención los de Deffontaines, J. Veríssimo da Costa, Barbosa de Oliveira y Pierre Monbeig, y de modo particular el de Wellington D. Jones y Carl O. Sauer que transcribe O' Reilly en su obra «Contribucao ao Estudo Da Geografia» y que es como sigue:

#### 1.—TOPOGRAFIA.

- a). Altitud y relieve relativos; relación con el nivel de base.
- b). Los grandes rasgos (llanuras, mesetas y montañas); relaciones generales

---

(1) Ampliación y Metodología de la Geografía.—Pedro Chico.—Madrid 1947, págs. 34 a 38.

(2) L' enseignement de la Geographie locale.—J. Cressot.—Metz, 1928.

entre estos elementos; relación de la región con las regiones circundantes.

c). Características detalladas de la región. Elevaciones: área, distribución, dirección e inclinación de las capas del terreno. Valles: distribución, tamaño y forma; dirección del valle principal y de los valles tributarios, oblicuidad de las paredes de los valles y del fondo, extensión de las llanuras inundables, terrazas; relación entre el tamaño de los ríos y el tamaño de los valles. Configuración de los límites entre elevaciones y descensos.

d). Tipos de topografía según el origen: influencia de las rocas y de su estructura, de la inclinación de los ríos, de los procesos geomorfológicos, del estado del ciclo de erosión en que la región se encuentra y de los ciclos de erosión y sedimentación anteriores.

e). Regiones topográficas: Bases de diferenciación y naturaleza de los límites.

f). Efectos de la topografía sobre el clima, la flora, la fauna, las industrias, los transportes, etc.

## 2.—HIDROGRAFIA.

a). Ríos y sistemas fluviales: número, longitud, profundidad y volumen de los cursos de agua; variaciones en el régimen, superficies sujetas a inundación, frecuencia y duración de las crecidas; declive, erosión y sedimentación; configuración del lecho, mudanzas y naturaleza del mismo; origen, edad, conformidad o no conformidad con relación a la estructura y a las modificaciones del drenaje; red hidrográfica; superficie y naturaleza de la cuenca.

b). Lagos y lagunas: distribución, número, tamaño, profundidades, relación con los ríos y con las aguas subterráneas, naturaleza de las márgenes; origen de los lagos; alteraciones del nivel del agua, de la extensión, de la superficie, de las márgenes y de la salinidad.

c). Pantanos y charcas: superficie, distribución, naturaleza, relación con el régimen de los cursos de agua; origen y modificaciones.

d). Aguas subterráneas: relación con el número, tamaño y caudal de los cursos de agua; variaciones en el nivel hidrostático; fuentes y pozos, distribución, tamaño, fluctuaciones del nivel y del caudal, cualidades del agua, relación con la estructura geológica; formas producidas por la acción de las aguas subterráneas, tales como cavernas, sumideros y puentes naturales.

e). Relaciones de la hidrografía con el clima, la vegetación, la fuerza hidráulica, la navegación, los transportes, el abastecimiento de agua, la irrigación, el uso y aprovechamiento de regiones encharcadas y pantanosas, los balnearios y lugares de recreo y la distribución y la naturaleza de la población.

### 3.—SUELOS.

a). Tipos, distribución, caracteres físicos, origen composición mineralógica, consistencia, proporción de humos y de agua, profundidad y naturaleza del subsuelo; regiones edáficas.

b). Relación con la vegetación espontánea.

c). Utilización con respecto a los efectos de resistencia a la aridez, contra la erosión, la rapidez a la degradación; naturaleza de los cultivos, utilización de los suelos inadecuados para la agricultura; valor de las tierras según las características de los suelos.

d). Problemas de conservación del suelo; restauración de los suelos extenuados; control de la erosión; mejora de los suelos que tienen condiciones desfavorables para el cultivo, tales como excesiva acidez, alcalinidad, etc.

### 4.—RECURSOS MINERALES.

a). Variedades: distribución, condiciones geológicas, fisiográficas y climáticas que afectan a la distribución, a la cantidad, calidad y accesibilidad de los yacimientos minerales,

b). Exploración (V, 12, d).

### 5.—TIEMPO Y CLIMA.

a). Observaciones meleorológicas: amplitud diaria de la temperatura; máximas y mínimas absolutas, duración del período de crecimiento, probabilidades de las heladas en el principio o en el fin del crecimiento; temperatura sensible, humedad, índice de evaporación, nebulosidad e insolación; rocío, bruma, nubosidad; distribución de las épocas de maduración de los frutos; frecuencia y características de la lluvia, granizo y nieve; tiempo de permanencia de la nieve; fuerza y dirección de los vientos; tempestades; frecuencia de las variaciones del tiempo, etc.

b). Conclusiones relativas al clima basadas en las características de la topografía, del suelo, de la hidrografía, de la vegetación y de los cultivos.

c). Regiones climatológicas: bases de su determinación: extensión de la zona de transición.

d). Pruebas del cambio de clima.

### 6.—LITORAL

a). Configuración horizontal y vertical de las costas: promontorios, penínsulas, islas, bahías, estrechos, playas, barras, bancos de arena, mangas y otras formas; origen y edad del litoral, inclusive modificaciones del nivel, erosión de los promontorios e islas; sedimentación; naturaleza y origen de los puertos.

b). Mareas, corrientes costeras, olas: sus efectos en la configuración del litoral.

c). Influencia de las condiciones del litoral sobre la navegación, la pesca, las estaciones balnearias y de recreo y la distribución de la población.

#### 7.—FLORA

a). Vegetación espontánea: especies características, asociaciones vegetales; aspecto, densidad, riqueza y distribución en relación con el clima, el suelo, el nivel hidrostático y la topografía.

b). Influencia sobre la colonización y desenvolvimiento de la región; modificaciones en la vegetación originadas por la mano del hombre.

#### 8.—FAUNA

a). Tipos de animales, su distribución con relación a la vegetación, al clima, a la topografía y al suelo.

b). Influencia sobre la colonización y el desenvolvimiento de la región; modificaciones causadas en la fauna por el hombre.

#### 9.—CARACTERES DE LA POBLACION

a). Aspecto físico, salud, rasgos característicos.

b). Condiciones sociales: costumbre, vestido, lengua, religión y situación política.

c). Edificios: arquitectura, materiales utilizados, mobiliario, estado de conservación.

d). Razas: distribución, características: influencias del medio, con especial referencia al distinto desarrollo de los grupos étnicos que viven en medios diferentes y supervivencias de características e instituciones adquiridas en el medio anterior (un problema geográfico fundamental de gran complejidad, cuya interpretación requiere mucha cautela y que, en muchos casos, no puede ser resuelto).

#### 10.—EXPLORACIONES, COLONIZACION Y DESARROLLO

a). Exploraciones: fecha y naturaleza, itinerarios, influencia sobre la colonización.

b). Colonización: localización de las regiones pobladas y razones para su elección; nacionalidades y caminos de penetración de los colonizadores; ocupación y modo de vida, medios de comunicación y organización política.

c). Etapas en el desenvolvimiento de la región.



## 11.—DISTRIBUCION DE LA POBLACION

a). Densidad de población y modificaciones en ella debidos a los factores geográficos o a otros factores.

b). Población rural: distribución; localización y planos de las aldeas y grupos aislados de viviendas; índice de crecimiento comparado con el de la población urbana.

c). Población urbana: localización, tamaño, crecimiento y plano de las ciudades; barrios comerciales, de residencia e industriales; distribución de la población por razas, rentas, etc.; densidad de población y valor de los terrenos según los barrios.

d). Inmigración y emigración: procedencias y destinos; razones para los traslados y efectos económicos, sociales y políticos de los mismos.

## 12. --ACTIVIDADES ECONOMICAS

a). Agricultura. Tipos de agricultura: 1.- Cultivos; tamaños, localización y forma de las heredades y de los campos; proporción de las tierras cultivadas; variedades, producción, ventajas e inconvenientes de cada cultivo; mercados y métodos de venta. 2.—Ganadería: tamaño y localización de las fincas destinadas a ganadería, proporción de las tierras destinadas a pastos, naturaleza y cualidades del ganado, tamaño de los rebaños; métodos de explotación ganadera, de preparación para el mercado y embarque del ganado; ventajas, perjuicios e inconvenientes de la región para la ganadería. 3.—Combinación de la labranza con la ganadería (agricultura mixta). 4.—Productos lácteos; avicultura, horticultura y fruticultura como parte de la economía general de la finca y como industrias independientes. Valor de las tierras; proporción de las tierras aprovechadas y no aprovechadas; tamaño y destino de las superficies forestales; tipo y valor de las mejoras en las fincas, tales como edificios auxiliares y cercas; influencia del tipo y actividad agrícola sobre la distribución de la población y las condiciones sociales; modificaciones en los usos agrícolas, introducción de nuevos cultivos y de nuevos tipos de actividad agrícola; aumento o disminución de la superficie productiva.

b). Industrias forestales: localización y tamaño de los bosques; naturaleza de las maderas en cuanto a la especie; cantidad y calidad; métodos de extracción o aprovechamiento; carácter y distribución de la industria maderera, de la industria de pasta de madera y de la carpintería; otras industrias forestales, tales como extracción de trementina y de tanino; industrias derivadas; valor de los productos; transporte y mercado; desarrollo futuro, necesidad y posibilidades de conservación de los bosques; relación con la agricultura y con la industria manufacturera; condiciones y características de los trabajadores.

c). Caza y pesca: productos; posibilidades de domesticación de los animales cazados; influencias económicas y sociales, especialmente en el desenvolvimiento inicial de la región.

d). Industrias minerales (V. n.º 4): distribución de las minas, cortes a cielo abierto, pozos, etc.; métodos de producción, pérdidas y residuos; accesibilidad de la fuerza motriz; mercados; regiones competidoras; efectos sobre otras industrias; porvenir de las industrias mineras e influencia sobre el porvenir de la región; naturaleza de los centros donde se benefician los minerales; vida y características de los mineros.

e). Industrias manufactureras: distribución, influencia en ella de las materias primas (de origen local o importadas), fuerza, brazos, transporte, mercados capital iniciativa individual, tamaño de los establecimientos, crecimiento y modificaciones de las industrias; relaciones de las industrias manufactureras entre sí y con otras industrias en las diferentes etapas del desenvolvimiento de la región; relaciones con las zonas competidoras; condiciones sociales e intereses políticos; el porvenir de las industrias existentes y de posibilidades de nuevas industrias.

f). Transporte: caminos, carreteras, ríos, canales, lagos, líneas férreas, etcétera; distribución y carácter de las rutas; influencia en ellas de la topografía, los suelos, la estructura geológica, la hidrografía, el clima, la vegetación, los recursos naturales, las industrias y la población; su importancia en el progreso de la región; efecto de las condiciones del transporte sobre las actividades y el carácter de los habitantes; problemas del transporte en diferentes épocas.

g). Comercio: interior y exterior: procedencia y destino de las mercancías; método de transporte; pequeños volúmenes o flete a granel; rutas comerciales; centros de comercio, ciudades, poblados, almacenes rurales, superficies distributivas de cada uno; competencia entre los distintos centros; ventajas e inconvenientes de cada centro comercial; variaciones en el carácter del comercio durante el pasado y probables modificaciones en el futuro; influencia del comercio sobre la distribución y naturaleza de los habitantes.

h). Comercio de recreo y turismo: tipos de localidades de recreo; atracciones, duración de la temporada, procedencia de los visitantes; accesibilidad; influencia general sobre las localidades interesadas.

i). Importancia relativa de las diferentes actividades económicas; grado de especialización adquirido por los trabajadores.

### 13.—REGIONES GEOGRAFICAS.

a). Distinguir como regiones geográficas las zonas en que existan caracteres uniformes del medio físico y consecuentemente unidad de condiciones económicas (Dryer). Debe de tenerse en cuenta en la diferenciación de tales regiones la

topografía, hidrografía, el clima, la vegetación, el suelo, los recursos minerales y la posición con respecto a otras regiones.

b). Límites: medio por el cual son determinados, claros o imprecisos, (zonas de transición); relación con las fronteras políticas.

Este Cuestionario, excelente en cuanto al orden y distribución de las materias, rico y abundante en ideas y sugerencias, minucioso en ciertos aspectos, no es completo ni mucho menos como fácilmente puede comprenderse; salta a la vista la brevedad del estudio físico del paisaje y especialmente cuanto concierne a la «geomorfología regional»; menos completo es en cuanto a la agricultura, la industria, el comercio, la vivienda, instituciones peculiares de la región y su relación con la Geografía, así como la vida de los habitantes a través de sus costumbres y tradiciones.

Como Cuestionario para el estudio en conjunto de una región determinada puede servirnos como medio eficaz y puede aconsejarse su utilización en la seguridad de que puede a base de él realizarse un acertado estudio geográfico; pero si hemos de referirnos a temas tan interesantes como son las actividades económicas de una región, en este caso es preferible utilizar el Cuestionario de J. Cressot, e igualmente si nos proponemos investigar las actividades de una localidad industrial o examinar, a las luces de la Geografía, la vida, desarrollo y porvenir de una ciudad.

JUSTINIANO GARCIA PRADO

#### BIBLIOGRAFÍA

*Pedro Chico*.—Ampliación y Metodología de la Geografía.—Madrid, 1947.

*Pedro Chico*.—Metodología de la Geografía. La Geografía y sus problemas. Investigación y Didáctica.—Madrid.

*J. Cressot*.—L'enseignement de la Géographie locale.—Metz, 1928.

*Hilgard O'Reilly Sternberg*.—Contribucao ao estudo de Geografia.—Rio de Janeiro, 1946.

*Pierre Deffontaines*.—«Petit Guide du Voyageur Actif».—París, 1938.

*Pierre Deffontaines y C. A. Barbosa de Oliveira*.—Boletín Geográfico, año I, número 6, 1943.

*José Veríssimo da Costa Pereira*.—«Pontos Básicos para a Organizacao de uma Monografia Geográfica Regional». Boletín Geográfico, año I, número 8, 1943.

*Delgado de Carvalho*.—«A Excursao Geográfica», Revista Brasileira de Geografia, año III, número 4, 1941.

*Pierre Monbeig*.—«Guía para o Estudo Monográfico de uma Fazenda» y «Cuestionario para o Estudo de uma Cidade», publicados como apéndices en A Excursao Geográfica (Guía do Professor), Biblioteca Geográfica Brasileira, número I de los Manuales.—Rio de Janeiro, 1945.

## NOTA SOBRE RUIZ AGUILERA

*Centenario del viento*—oficial y falto de verdad—, ha llamado Valbuena Prat al centenario calderoniano de 1881. LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA tuvo por conveniente asociarse a las solemnes conmemoraciones, honrar la memoria de nuestro insigne dramaturgo. Dispuso la publicación de un número especial de la Revista y de un suplemento titulado EL CENTENARIO.—«Tributo que rinde a la memoria de D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA la empresa de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA». Número y suplemento llevan la fecha de 22 de mayo; fueron sus directores, el ovetense don Juan Alvarez Lorenzana y el salmantino D. Ventura Ruíz Aguilera, (a éste y a EL CENTENARIO me refiero en la presente nota).

En el abundante epistolario inédito a Ferrari, que gracias a la exquisita amabilidad de su hijo he podido conocer y utilizar, se encuentra la siguiente carta:

Sr. D. Emilio Ferrari.

Madrid, 2 de Mayo 81.

Mi querido amigo: Desearía que hiciese V. una décima para el número que con motivo del Centenario de Calderón de la Barca, ha de publicar la empresa de «La Ilustración Española y Americana», a cuyo efecto sin embargo, tendría V. que avistarse antes conmigo.

Sabe V. que de noche estoy en casa: de día ya no soy tan seguro en ella, porque salgo a ensayar mis débiles fuerzas ya a una hora ya a otra.

Se repite suyo affmo. amigo y s. s. q. B. S. M.,

Ventura Ruíz Aguilera (1).

Atendió Ferrari la invitación, hizo la décima solicitada.

EL CENTENARIO consta de cuatro páginas, tamaño de *La Ilustración*. En la página tercera, bajo el epigrafe de CERTAMEN, se insertan once décimas, ori-

---

(1) Tan sólo la firma es letra de Ruíz Aguilera.

ginales de Ventura Ruíz Aguilera, Manuel del Palacio, Narciso Campillo, Juan José Herránz, José Velarde, Leopoldo Cano y Masas, José Zorrilla, Emilio Ferrari, Carlos Frontaura, Marcos Zapata y Eugenio Sellés (2).

(Ofrecemos a continuación las décimas compuestas por Ruíz Aguilera y Emilio Ferrari).

Ruíz Aguilera en su décima propone una cuestión:

Al ver que aún viven—él muerto—  
 las obras de Calderón,  
 os propongo una cuestión  
 que yo a decidir no acierto.  
 Queda el certámen abierto;  
 luce vuestro ingenio agudo:  
 —¿Es sueño la vida, o pudo  
 engañarse el gran poeta  
 que el orbe aclama y respeta?...  
 Desate, quien sepa, el nudo (3).

Los diez poetas restantes contestan en su décima a la cuestión propuesta; he aquí los versos de Ferrari (4):

Lo que el sentido provoca  
 y en torno nuestro reside;  
 lo que se pesa y se mide,  
 se ve, se escucha y se toca,  
 no es de nuestra mente loca  
 sino sueño y vanidad;  
 lo que huye a nuestra ansiedad,  
 y afirmar no nos es dable,  
 lo infinito, lo impalpable...  
 esto sólo es realidad).

JOSE MARIA MARTINEZ CACHERO

---

(2) Escribe en sus Memorias Gutiérrez Gamero: «Pidiéranme D. Juan Alvarez de Lorenzana y D. Ventura Ruíz Aguilera una décima para el homenaje que idearon en *La Ilustración Española y Americana*, y me habría visto en mayor aprieto que aquel en que Violante puso a Lope de Vega. ¿Décimas? Los consagrados enviaron cada cual la suya al periódico, y, como versos de encargo, ninguna resultó de punta. La más aceptable fué la de Manuel del Palacio». (Cito por el número 246 de la Colección CRISOL, págs. 342 y 343).

(3) Ventura Ruíz Aguilera falleció en Madrid el día 1.º de julio de 1881; tal vez sean estos diez versos de los últimos por él escritos.

(4) No ha sido recogida esta décima en el t. I de las Obras Completas de Emilio Ferrari: *Por mi camino*, (poesías). Madrid, 1908.

## REVISTA DE REVISTAS

*Cuadernos de Literatura*, T. III, n. 7, enero-febrero de 1949. — Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.

El primer número de «Cuadernos de Literatura» del año 1941, número que reseñamos, es un homenaje a Wenceslao Fernández Flórez y todo él está dedicado al insigne humorista español. Contiene los siguientes trabajos:

*Fernández Flórez: el periodista, el novelista y el hombre de humor*, por Joaquín Arrarás, quien considera al humor de Fernández Flórez como una consecuencia del descontento, de la imposibilidad de lograr lo anhelado por el novelista.

*Fernández Flórez en «El bosque animado» de su humorismo*, por Joaquín de Entrambasaguas. Es este un valioso estudio de «El bosque animado» de Fernández Flórez, novela magnífica que a juicio del señor Entrambasaguas, «no solo marca una permanente continuidad en la creación técnica de su producción, sino que en ésta, actualmente, señala su cúspide y constituye una de las cinco o seis obras cumbres—y acaso sea excesivo el número—de la literatura contemporánea». Después de hacer unas interesantes consideraciones sobre el humorismo, destaca en «El bosque animado» la intimidad lírica y profunda poesía, la melancolía y ternura, el simbolismo galaico y la alegoría universal, la sátira social y por fin el humorismo puro; es decir, todos los valores que reunidos han dado lugar a la obra maestra de Fernández Flórez.

Siguen *Fernández Flórez y el cine*, por Carlos F. Cuenca, firma la más autorizada para este tema; *Wenceslao Fernández Flórez como definidor del humorismo*, breve

trabajo de Carlo Consiglio en el que comenta el discurso de Fernández Flórez de ingreso en la Real Academia; y *Notas para la biografía de Wenceslao Fernández Flórez*, por F. Valle de Juan. Cierran estos artículos una completa *Bibliografía de Wenceslao Fernández Flórez*, recogida por J. Romo Arregui.

Figuran también en este número las acostumbradas crónicas de movimiento literario, teatro, cinematografía y música y las secciones de crítica de libros y revistas.

Acompañan a la revista los suplementos «Acanto», de antología literaria, números 13 y 14, con numerosas colaboraciones de poesía y prosa.

B. A. M.

*Finisterre*, Tomo II, Fascículo 1. Madrid, mayo 1948.

Ofrece este número de «Finisterre» el siguiente sumario:

*La Vida es Sueño*, por Leopoldo Eulogio Palacios, interesante trabajo en el que su autor trata de impugnar las interpretaciones que hasta ahora se han venido dando y repitiendo sobre el gran drama calderoniano, exponiendo una nueva según la cual Segismundo es la personificación sucesiva de dos grandes concepciones antagónicas de la vida, una de las cuales acaba por derrocar a la otra. La primera de las posturas es la concepción de la vida como soberbia y la segunda, que destruye a la primera, es la concepción de la vida como sueño. El segundo trabajo de la revista es *Los invitados a la atención*, por Paul Claudel.

Siguen las páginas de creación con *Tres poetas y una muchacha*, de Vicenta Aleixandre, y *La alegría de Dios*, de Julián Ayesta, poesía y prosa respectivamente.

Se publica también *Vida y escarnio de la poesía*, nota al margen de cierta polémica, por José Luis Cano, *Los límites del espíritu crítico*, por J. L. Vázquez Dodero, y *La última obrita de Mr. Waugh*, refiriéndose a «Scott-King's Modern Europe», por José A. Muñoz Rojas. Y por último la sección de «Nótulas».

B.A.M.

*Finisterre*, Tomo II, Fascículo 2. Madrid, junio 1948.

En su número de junio publica esta revista los siguientes trabajos: *Baquilides, o sobre la poesía antigua y moderna*, por Antonio Tovar, y *Suárez en la perspectiva de la razón histórica*, por Julián Marías, quien estudia en su trabajo el mundo, la actitud, el método y el destino histórico de la filosofía del P. Suárez.

En la sección de creación literaria se ofrece *Ana y Aria de Seminaris*, de Paul Valéry, *Griffa*, de José Corrales Egea.

Como notas: *La modernidad de Maquiavelo*, por M. García-Pelayo, y *Entre sueños y sombras*, sobre la novela «Cinco sombras» de Eulalia Calvarriato, por Concha Zardoya.

En las páginas finales, la acostumbrada sección de «Nótulas».

B. A. M.

**Finisterre.**—Tomo II, Fascículo 3.—Madrid, julio 1943.

El sumario de este número de «Finisterre» es el siguiente:

*Viaje al siglo XX*, por M. Fernández Almagro; *La exaltación trajanea*, por Juan Beneyto; y *Garcilaso de la Vega*, por Guillermo Díaz Plaja, que hace una prosopografía y etopeya del poeta.

*El olvidado*, poema de Joaquín de Entrambasaguas, y *La señorita del velo verde*, narración de Wilhelm Schäfer.

*Notas sobre un nuevo Homero español*, por Manuel Fernández Galiano; *Arte de vanguardia*, por Luis Trabazo; y *De la expresión escénica* por Claudio de la Torre.

Como final, varias «Nótulas».

B. A. M.

**Finisterre.**—Tomo II, Fascículo 4.—Madrid, agosto 1948.

El número de agosto de esta Revista ofrece un trabajo de Pedro Laín Entralgo titulado: «*Medicus pius*» o *el problema de las relaciones entre la religión y la medicina a comienzos del siglo XIX*, en el que se estudian las distintas soluciones que se dieron en los siglos XVIII y XIX a este problema constante en la historia de la humanidad. Gabriel Celaya titula su trabajo *La poesía pura de Herrera*, y en él afirma que la poesía de Herrera merece el calificativo de pura porque es una poesía que no puede traducirse a otro idioma ni a formas ideológicas.

Rafael Morales publica cinco *Poemas del barro* y Carmen Laforet un cuento titulado *La fotografía*.

En las notas Nicolás González Ruíz se ocupa de «*El Wishful thinking*» y su *consecuencia literaria*: lo que los ingleses llaman el «wishful thinking» es el pensar según los deseos de manera que la inteligencia nos muestre que lo razonable y justo, y también lo que probablemente sucederá, es lo que nosotros deseamos;



sus consecuencias literarias son la crisis de los géneros literarios, excepto la poesía, y la rápida creación y aclimatación del nuevo tópico. Constantino Láscaris Comneno escribe otra nota titulada *La creación poética: Kostas Palamas*, en la que expone lo que la creación poética es en este poeta de la Grecia moderna del que se ha dicho que es el único gran poeta épico de nuestro tiempo.

Finalmente las «Nótulas».

B. A. M.

**Revista bibliográfica y documental.** — Tomo II, fascículo 3.º. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto «Miguel de Cervantes» de Filología Hispánica.

En el número 3 de su tomo II (julio-septiembre de 1948), ofrece esta revista el siguiente contenido:

*Estudios:* «Historia de un cuento. Una nota sobre el doctor Carlos García», por Alfredo Carballo Picazo. «La primera edición Arabe-Española del Régimen del Solitario, de Avempace», por Miguel Cruz Hernández, «Incunables de la Biblioteca Pública Provincial de Huesca», por Isidoro Montiel.

*Varia:* «Un album poético dedicado a Romero Robledo», por José Simón Díaz. «Encuadernadores valencianos de los siglos XVII y XVIII. (Notas para un estudio)», por Vicente Ferrán Salvador. «El *Llibre de bons amonestaments*, de Turmeda, edición de bibliófilo», por Francisco Esteve Botey. «La producción editorial en catalán», por Martín Riquer. «El Fajardo del *Romance del juego de ajedrez*», Juan Torres Fontes:

*Crítica bibliográfica. Crónica:* Noticia necrológica de doña María Victoria González Mateos, colaboradora que fué de esta publicación. «Exposición de libros Ingleses y Españoles», por María Victoria González Mateos. «Exposición de libros Norteamericanos», por Matilde López Serrano. «Exposición de ilustraciones del Quijote para la edición nacional conmemorativa», por Francisco Esteve Botey.

Acompañan a este número los acostumbrados suplementos: 1, Arturo Zabaleta, *Versos y pervivencia de Lope en el siglo XVIII*; 2, José Simón Díaz, *Aportación documental para la erudición española. Documentos para la Historia de la Literatura Española*, (tercera serie). Asimismo, seis láminas que continúan y enriquecen las habituales series de Autógrafos notables; Obras tipográficas artísticas o interesantes; Encuadernaciones importantes; Retratos de bibliógrafos, bibliófilos y artistas del libro famosos; Antología paleográfica; Reproducción de códices y manuscritos miniados.

J. M.<sup>a</sup> M. C.

## NUMEROS CERVANTINOS

Cuadernos de *INSULA*, I. *Homenaje a Cervantes*. Madrid, 1948. Un volumen de 230 páginas en 4.º

He aquí el sumario del cuaderno-homenaje a Cervantes ofrecido por la Revista *INSULA* y formado con trabajos de autores nacionales y extranjeros.

Sobre el *Quijote*: «La palabra escrita y el *Quijote*», por Américo Castro, (anticipo de un nuevo libro de A. C. sobre Cervantes). «La composición del *Quijote* (1605)», por Joaquín Casaldueiro, (se trata de un capítulo de su libro *Sentido y Forma del Quijote*, publicado por *INSULA* en 1949). «Un *Quijote* inglés», por William J. Entwistle. «El *Quijote* de don Antonio de Sancha (1777)», por A. Rodríguez-Moñino.

Sobre la *Galatea*: «Galatea o el perfecto y verdadero amor», por Samuel Gili Gaya. «Relección de *La Galatea*», por Francisco Ynduráin.

Sobre el *Persiles*: «Cervantes y lo maravilloso nórdico», por Jeán Babelón. «Interés del *Persiles*», por Matilde Pomés.

*Poesía* de Cervantes: «Garcilaso y Cervantes», por José Manuel Blecuá.

«La poesía lírica de Cervantes», por Joseph M. Claube. «La *Epístola a Mateo Vázquez*», por A. Zamora Vicente.

*Teatro* de Cervantes: «Cervantes y *La cueva de Salamanca*», por M. García Blanco. «Una posible fuente de un fragmento de la comedia *La casa de los celos*. de Cervantes», por Francisco López Estrada.

*Influencia* de Cervantes: «Cervantes en la obra de Mark Twain. (Hacia una teoría del diálogo novelístico)», por Stephen Gilman. «Cervantes y la novela moderna», por Jaime Ibáñez.

J. M.<sup>a</sup> M. C.

*Revista bibliográfica y documental*.—Tomo II, fascículos 1.º y 2.º Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto «Miguel de Cervantes» de Filología Hispánica.

En el número doble 1-2 de su tomo II (enero-junio de 1948), ofrece esta Revista el siguiente interesante contenido:

*Editorial*: («La REVISTA BIBLIOGRAFICA Y DOCUMENTAL ha querido unirse al cuarto centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes publicando este número especial a él dedicado, con el que comienza su nueva etapa en el

Instituto de Filología Hispánica. Ha parecido obligarla a ello no sólo esta circunstancia importante, sino la eficacia que tiene siempre aportar a tales conmemoraciones una serie de estudios en que se refieren o complementan aspectos de bibliografía, historia o de crítica, que de no existir esta causa, al parecer ocasional y fortuita, no se hubieran tal vez emprendido nunca. Y realmente lo que dejan las celebraciones de centenarios tras de sí es esa labor bibliográfica, histórica o crítica que más adelante no pierde su valor ni su eficacia»).

*Estudios:* «El Mesón de Valdehillas», por Narciso Alonso Cortés. «La sinceridad religiosa de Cervantes», por el padre Félix García, O. S. A. «El primer biógrafo de Cervantes», por Luis Guarnier. «Cotejo de las ediciones, Alcalá, 1585 y París, 1611, de la GALATEA de Cervantes», por Francisco López Estrada. «Ilustradores valencianos del Quijote. (Notas para un estudio)», por Vicente Ferrán Salvador. «Datos para una bibliografía italiana de Cervantes», por Carlo Consiglio. «Miguel de Cervantes y la geografía de Portugal», por Isidoro Escagües Javierre. «Notas de bibliografía Cervantino-Valenciana», por Francisco Almela y Vives. «La Obra de Cervantes y los Ex-Libris inspirados en ella y en su Autor». por Francisco Esteve Botey.

*Varia:* «La cárcel de Sevilla», por Francisco Iñiguez. «La primera edición sevillana del Quijote», por Santiago Montoto. «Las ilustraciones de la GALATEA, edición de Sancha, Madrid, 1784», por Francisco López Estrada.

«Un nuevo ilustrador del Quijote: Salvador Dalí», por Luis María Plaza.

«La marca del impresor Juan de la Cuesta en las ediciones príncipe de la primera y segunda parte del Quijote», por Francisco Esteve Botey. «El primer trabajo cervantino de Menéndez y Pelayo», por Luis M. Plaza. «Algunas noticias cervantinas. (I. El corrector del Quijote; II. Sobre la edición del Quijote, por Pellicer)», por J. Simón Díaz. «Don Quijote y Cervantes en Valencia», por Leopoldo Piles.

*Crítica bibliográfica:* dedicada a publicaciones cervantinas.

*Crónica:* «La Asamblea Cervantina de la Lengua Española, (primer período)», por José Simón Díaz: «Segundo período de la Asamblea Cervantina», por Pablo Cabañas. «Exposición cervantina en el Instituto Francés», por M. Galvarriato.

Acompaña a este número el suplemento siguiente: Miguel Herrero, *Entremés de Don Quijote*. Asimismo, láminas que continúan y enriquecen las habituales series de esta publicación.

J. M.<sup>a</sup> M. C.

*Realidad*.—Revista de ideas. *Homenaje a Cervantes*.—Buenos Aires, Septiembre-Octubre, 1947.

El número 5 del volumen segundo de la Revista *Realidad*, que dirige en Buenos Aires Francisco Romero, está todo él dedicado a Cervantes en el IV centenario de su nacimiento.

Contiene los siguientes trabajos: *La estructura del «Quijote»*, por Américo Castro, trabajo que en un anticipo de otro de mayor amplitud en el que se analizará la función incitante de los libros como elemento esencial en la estructura del «Quijote»; *Matrimonios cervantinos*, por Marcel Bataillon; *La invención del «Quijote»*, estudiada por Francisco Ayala como problema técnico-literario; *La composición del segundo «Quijote»*, por Joaquín Casaldueño; *Don Quijote y Fichte*, por Francisco Romero, que hermana a ambos como la afirmación pareja, en lenguajes muy diferentes, de la soberanía y libertad del alma; *Nota sobre el «Quijote»*, por Jorge Luis Borges, quien dice que Don Quijote es el primer héroe que merece y gana la admiración de los hombres; *El misterio del «Persiles»*, por Max Singletón, que opina que la fecha atribuida al «Persiles» es un desatino; *Don Quijote y Moby-Dick*, por Harry Levin.

Siguen otras notas: *Cervantes y la literatura inglesa*, por Edwin B. Knowles; *El «Quijote» y sus ilustradores*, por Jorge Romero Brest; *Cervantes anecdótico y esencial*, por Guillermo de Torre; y *El «Persiles», versión barroca*, por Julio Caillet-Bois.

Por último una crónica del centenario en la que se recogen los diversos actos celebrados en la Argentina, España e Inglaterra.

B. A. M.

*Cuadernos de Literatura*.—Revista General de las Letras.—Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto «Miguel de Cervantes» de Filología Hispánica.—Tomo III, Núms. 8-9. *Homenaje a Cervantes*.—Madrid, Marzo-Junio, 1948.

La revista *Cuadernos de Literatura* dedica también su número doble 8-9 a conmemorar el IV centenario del nacimiento de Cervantes. Ofrece este número el siguiente contenido:

*Estudios: Los Cortinas de la villa de Barajas*, por Narciso Alonso Cortés, que estudia la genealogía de Doña Leonor Cortinas, madre de Cervantes; *El uso de la Sagrada Escritura en Cervantes*, por Teófilo Antolín, O. F. M., que expone la noción que de la Sagrada Escritura revela el autor del «Quijote», para seguir más fácil-

mente el estudio de su uso y el alto fin didáctico que le indujo a recurrir a sus fuentes; *Historia y poesía en el «Quijote»*, por Alberto Sánchez; *Historia cinematográfica de Don Quijote de la Mancha*, por Carlos Fernández Cuenca; *Cervantes en la evolución de su época*, por Rafael Benítez Claros, que expone el concepto global de la vida y obra de Cervantes; *Cinco aspectos de la vida en el «Quijote»*, por Ramón García Sol, que se refiere a Don Quijote el caballero, a Dulcinea en el alma de Don Quijote, el sentimiento del amor en el «Quijote», teoría de la virtud en el «Quijote» y el lenguaje de la calle en el «Quijote»; *Del «Asno de Oro» a Rocinante*, por Olga Prjevalinsky Ferrer, que trata de mostrar ciertos paralelismos de pensamiento, de forma y de ambiente entre el «Quijote» y la obra de Apuleyo; *El autor de la frase más célebre de Cervantes*, por J. González Díez, que se refiere a la famosa frase cervantina sobre la batalla de Lepanto y que él atribuye a Pedro de Fuentedueña y Medina; *Realidad y ficción de las «Novelas ejemplares» de Cervantes*, por Enrique Sordo; y *Doce opiniones sobre el «Quijote»*, por Antonia Sanz Cuadrado.

Completan este número las crónicas de movimiento literario, teatral, cinematográfico y musical, y también las secciones de crítica de libros, revistas y noticiarios.

Acompañan a este número doble los suplementos literarios «Acanto» números 15 y 16.

B. A. M.

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

PAUL FOULQUIÉ.—**El existencialismo.**—  
(Versión española de María Luz Morales).—Co-  
lección Surco. Salvat, editores. Barcelona, 1948.  
179 páginas.

La literatura de nuestros días está saturada de existencialismo y sus personajes son arquetipos existencialistas. Mas aún: los filósofos existencialistas han expuesto sus ideas a través de la literatura, tanto es así, que numerosas conclusiones de la filosofía existencialista se obtienen mediante sus novelas, sin las cuales quedaría incompleta su tesis. Estaba, pues, en lo cierto Juan E. Zúñiga, cuando afirmaba en «El Español» que el existencialismo, como toda actitud filosófica, llegaría a pasar, pero que sin embargo «el que algún día haga su historia tendrá que relacionarlo forzosamente con la actividad literaria de nuestros años y en ella se verá su influjo y acaso su característica más destacada».

No obstante esta difusión del existencialismo, no es muy conocida su verdadera naturaleza, y pese a que no han faltado, sino que más bien ya abundan, los estudios publicados sobre este tema, son muchos los que no saben con exactitud en que consiste esta nueva posición filosófica. Por considerarlo, pues, cuestión palpitante, el P. Paul Foulquié, jesuita, hace en su obra una exposición clara y concreta de un tema tan intrincado y vital.

Comienza haciendo un estudio previo sobre las nociones de esencia y existencia exponiendo luego la doctrina de la filosofía esencialista para pasar, en la segunda parte de su librito a exponer la actitud de la filosofía existencialista.

La tesis general sostenida por esta nueva posición filosófica es la de que «existir» no es sinónimo de «ser», sino que existir, es un devenir, es un acto, no un estado, por el cual se parte de lo que se es para establecerse al nivel de lo que antes no era más que posible. La existencia es optar libremente por aquel que queremos devenir. Ahora bien, como esta elección ha de hacerse sin admitir norma alguna y sin tomar un tipo de hombre considerado como ideal, radica aquí una de las características más destacadas del existencialismo: la responsabilidad, el drama y la angustia de tener que elegir sin ningún principio que guíe la elección, sin ningún patrón de acuerdo con el cual se pueda juzgar si la elección es buena o mala.

Pero dentro del existencialismo se distinguen dos tendencias principales: la del existencialismo ateo y la del existencialismo cristiano. De ambas se ocupa el P. Foulquié en su obra.

Jean Paul Sartre es considerado como el doctrinario del existencialismo ateo y el P. Foulquié va exponiendo la posición de Sartre ante el problema del hombre, del mundo y de Dios, basando sus afirmaciones en numerosos pasajes de las obras de este autor, que va aportando muy oportunamente. Afirma, por fin, que la posición de Sartre deja un sabor de doloroso sentimiento al deducir que nuestros esfuerzos hacia la felicidad son vanos, que la vida no tiene sentido alguno y que todas nuestras especulaciones no alcanzarían a dárselo.

Se ocupa luego de la segunda tendencia existencialista, la cristiana, representada por Gabriel Marcel. Para el existencialista católico, la angustia, que ya hemos señalado como una de las principales notas del existencialismo en general, tiene como un telón de fondo en su vida: la esperanza.

Mas la exposición de la tendencia cristiana la encontramos un tanto más incompleta que la del existencialismo ateo de Sartre. El propio P. Foulquié dice que los existencialistas cristianos no han dado una exposición metódica comparable a la de Sartre, con lo cual su estudio se hace indudablemente más dificultoso, y ésta puede ser la explicación de que dicha parte sea la más debil del libro. Pero nos atrevemos a preguntar también: ¿es posible, en realidad, un existencialismo cristiano, en la acepción que la palabra existencial ha tomado hoy? ¿No existirá una cierta incompatibilidad?

La conclusión a la que Paul Foulquié llega al final de su libro es que el existencialismo no reconoce más que un valor: el de la elección personal por la cual cada uno decide ser él mismo y no pálida imitación de otro o producto de un medio, y que, en bien del existencialismo auténtico, es deseable que cese la súbita boga que acaba de conocer.

En las últimas páginas se recoge una abundante bibliografía que puede ser muy orientadora para un estudio más amplio de este novísimo tipo de filosofía.

El libro del P. Foulquié cumple, pues, perfectamente su misión divulgadora y su cometido de dar a conocer las tesis que caracterizan al existencialismo qui-

tándole a este movimiento del pensamiento «el prestigio malsano de lo hermético, de lo misterioso y de lo reservado».

BAUDILIO ARCE MONZON

NEMESIO GONZALEZ CAMINERO, S. I.: **Unamuno. Trayectoria de su ideología y de su crisis religiosa.** — Universidad Pontificia, Comillas (Santander), 1948.—391 págs.

Indudablemente se puede afirmar que Unamuno es uno de los escritores y pensadores contemporáneos más discutidos. En torno a él se han formado dos grupos bien definidos o dos posiciones bien claras que Miguel de Azaola, buen conocedor de Unamuno, denominaba, en un artículo publicado en «El Español», «Unamunofilia y Unamunofobia».

El autor de «Del sentimiento trágico de la vida» dice en uno de sus ensayos: «Yo he puesto en mis libros calor y vida y por el calor y la vida que en ellos he puesto es por lo que los leéis. He puesto en mis libros pasión». Este calor y esta pasión, que, efectivamente, respiran todas las páginas de Unamuno, arrebatan de tal modo a algunos de sus lectores, especialmente a la juventud, de siempre ardiente, apasionada y combativa, que le siguen ciegamente creyendo casi imposible una superación. Se le lee, se le relee y se le cita con una frecuencia extraordinaria porque aquél ir «contra esto y aquéll» de don Miguel, sus paradojas, sus ironías encierran un gran poder atractivo.

Por otra parte, hay un segundo grupo entre los censores de Unamuno que, rindiendo tributo a la exageración y dejándose llevar por una pasión tan equivocada como la de los admiradores incondicionales, no reconocen ninguna de sus cualidades indudables.

Por eso dice Azaola en su artículo: «y hoy tenemos que, por un lado, los unamunófilos cuelgan su nombre—el de Unamuno, claro está—en los cuernos de la luna, mientras que, por el otro, los unamunófobos lo ponen como no digan dueñas, y niegan el pan y la sal a quienes tienen la osadía, no ya de defenderle, sino de estudiarle y leerle, y aún muchas veces a quienes se limitan a nombrarle.» Y así el apasionado Unamuno es objeto de apasionamiento, si bien de signo inverso, por parte de sus admiradores y de sus detractores. Y colocados en estas posiciones han intentado unos y otros estudiar y calar hondo en Unamuno tratando de encontrar en él expresiones, pensamientos, que justificasen «a posteriori» las prematuras y parciales afirmaciones hechas «a priori».

Pero intentar clasificar a Unamuno sería tan absurdo como vano. «En Unamuno—afirma Julián Marías—no se puede encontrar, no ya un sistema, sino ni siquiera un cuerpo de doctrina congruente».



Por ello siempre hemos considerado improcedentes todos aquellos estudios apasionados que tratan de situar de manera definitiva a Unamuno dentro de un «ismo» filosófico determinado o de una casilla religiosa precisa. En un pensador como Unamuno resulta poco menos que imposible y, desde luego, sumamente arriesgado, el hacer su clasificación con carácter definitivo. Por otra parte estos estudios, escritos en su mayoría dentro del grupo de la Unamunofilia o de la Unamunofobia van dirigidos a pié forzado y concluyen todos en un punto señalado ya de antemano.

Para estudiar a Unamuno sólo cabe una posición y es la que adopta el P. Nemesio G. Caminero, que, separándose de cualquier grupo parcial, afirma desde un principio que «la verdad debe ser el único criterio para volver a Unamuno».

Con toda serenidad y sin apasionamiento alguno el P. Caminero no pretende en su obra esa clasificación definitiva y contundente que hemos calificado de casi imposible en Unamuno, sino que va a seguir paso a paso la trayectoria de su ideología y de su crisis religiosa para deducir de ella una conclusión orientadora.

Hace su estudio sin menospreciar ni prescindir de los detalles biográficos, ni de ningún otro, porque acertadamente afirma que «para quien pretenda conocer el ideario de Unamuno, tan importantes son sus libros, como su biografía y sus anécdotas».

Llevados por el P. Caminero vamos viendo con toda claridad la evolución y los altibajos de las creencias de Unamuno desde su auténtica formación cristiana, recibida en el seno de la familia, hasta que después de vivir, intensamente en ocasiones, el catolicismo, rayó en otras con la heterodoxia. Con estas palabras concluye el P. Caminero la primer parte de su libro: «La literatura fué el incentivo más irresistible que fomentó su primera crisis en la adolescencia: ella le hizo perder la fé en los años universitarios y le hizo un descreído y un enemigo declarado del catolicismo durante el resto de su vida.»

En la segunda parte se estudian las ideas esporádicas de la primera etapa de la vida del Unamuno escritor, ideas explayadas en sus primeros ensayos.

En la tercera parte se presenta «La vida de D. Quijote y Sancho» como la primera síntesis ideológica, ocupándose ampliamente del problema del Quijotismo.

En la cuarta «Del sentimiento trágico de la vida, es considerado como la síntesis definitiva de la filosofía de Unamuno. Se estudia el problema de la inmortalidad, que tanto le preocupó, el de Dios y el Universo y el de la Religión.

Por fin, en la quinta y última parte, se considera a «La agonía del Cristianismo», como la última síntesis de la ideología unamuniana.

La conclusión final a que llega el P. Caminero, conclusión ponderada y exacta, es la siguiente: «confesamos que no está (Unamuno) entre los ateos y negadores de cualquier trascendencia, pero todas las soluciones propuestas por él a la existencia están en pugna con las doctrinas fundamentales del catolicismo. Por eso, aunque le reconozcamos otras cualidades, y otros méritos, no queremos

reconocerle las de genuino filósofo español. En primer lugar, porque no fué propiamente filósofo; y después porque su pensamiento no fué auténticamente español».

Múltiples sugerencias y comentarios nos proporciona la obra del P. Caminero, pero tratar de exponerlos todos y ocuparnos detenidamente de cada uno de los temas estudiados sería tarea muy larga que nos haría salir de los límites de una reseña bibliográfica. Baste afirmar que el P. Caminero ha escrito una obra documentadísima y profunda en la que presiden el orden y la claridad de exposición. Se aportan numerosos textos de las obras unamunianas sumamente expresivos en favor de lo que se expone.

En lo sucesivo, al estudiar a Unamuno, el libro del P. González Caminero se hará totalmente indispensable.

BAUDILIO ARCE MONZON

PABLO CABAÑAS.—**El Mito de Orfeo en la literatura española.**—Madrid, 1948. C. S. de I. C., Instituto «Miguel de Cervantes» de «Filología Hispánica». 408 páginas, 4 hojas, 14 láminas.

Pablo Cabañas, joven y prestigioso poeta y erudito, eligió como tema para su memoria doctoral—dirigida por don Joaquín de Entrambasaguas, calificada de Sobresaliente y meses después honrada con un premio «Menéndez Pelayo» 1947—la fortuna de Orfeo en nuestras letras. Se publica ahora iniciando los *Anejos de Cuadernos de Literatura*, nueva e interesante serie que hará públicos los resultados de la más reciente investigación literaria española.

«El Mito de Orfeo es una herencia, un legado glorioso que nuestras letras deben a la Literatura latina. Herencia y legado que han recibido directamente, sin recurrir a los modelos griegos clásicos ni alejandrinos. Nada debemos a Píndaro ni a Fausanias. Si algo queda de ellos es, a través, de las *Geórgicas* y de las *Metamorfosis*.

Ahora bien, nuestras letras no se han limitado a recoger este legado; a devolverlo en español en una prosa más o menos cincelada, o poetizarlo en octosílabos o endecasílabos de mayor o menor perfección anatómica; el Mito ha sido reconstruido totalmente».

Comienza el libro de P. C. con una documentada y necesaria *Introducción al Mito de Orfeo*. De: Fama múltiple de Orfeo.—Los padres de Orfeo.—Aficción de Orfeo por la música.—Desdén por las mujeres tracias.—Orfeo y Eurídice.—Intervención tardía en el Mito del pastor Aristeo.—Muerte de Eurídice.—Dolor de

Orfeo.—Bajada a los infiernos.—Retorno y nueva pérdida de Eurídice.—Orfeo en el Ródope.— Muerte de Orfeo, se trata en dicha introducción.

Para estudiar la fortuna de Orfeo en nuestras letras adopta C. un criterio temático. («Si hubiese adoptado un criterio histórico, comenzando con los autores cuatrocentistas y terminando en nuestros días, los temas y aspectos mitológicos entrecruzados perderían en limpidez y claridad y el trabajo quedaría reducido a un mero catálogo enunciativo»).

En la primera parte de su trabajo, titulada *Aspectos temáticos del Mito de Orfeo*, analiza C.—análisis penetrante y pormenorizado el suyo—la fidelidad, los agüeros, la curiosidad, la desgracia y la seducción por la música en el Mito visto por los escritores españoles. Lope De Vega: *El marido más firme*, tragedia; Antonio de Solís: *Erudice y Orfeo*, comedia; bellos y cincelados sonetos de Arguijo; poemas de Jáuregui y de Pérez de Montalbán (1), etc. etc.

De *La popularidad del Mito de Orfeo* se ocupa la segunda parte: las relaciones del Mito con otros temas mitológicos, soluciones burlescas y «a lo divino», recurso panegírico y recurso para la rima. Quevedo, Bernardo de Quirós (2), Cáncer, Calderón, etc., son los autores que se citan y comentan en estas muy eruditas páginas.

Siguen, una nutrida y bien dispuesta bibliografía y tres apéndices. En ellos, C. incorpora a nuestra Historia literaria tres obras inéditas hasta hoy, que se conservan manuscritas en la Biblioteca Nacional: *El divino Orfeo*, uno de los mejores autores sacramentales de Calderón de la Barca; *Orpheo*, drama músico, del M. R. P. Gabriel Ruiz; *Orfeo, Fénix de Turia*, zarzuela, anónima.

El Mito de Orfeo, su fuerza inspiradora pervive en nuestras letras, llega hasta las más contemporáneas (3). La voz de Orfeo—su apasionada y tierna, o lamen-

(1) En 1624 aparece el *Orfeo* de don Juan de Jáuregui. En su torno se mueve enseguida viva polémica entre los poetas «cultos» y «claros» de la época. El mismo año se publica el *Orfeo en lengua castellana*, a nombre del licenciado Juan Pérez de Montalbán. Réplica a Jáuregui, los biógrafos e historiadores literarios lo atribuyeron casi siempre al maestro de Montalbán: Lope de Vega. Faltan pruebas documentales y abundan las literarias, alguna aporta P. C.: Vid. las páginas 45, 56, 58, 71, 85, 147, 180-81 y 218-19 de su obra.

C. ha reeditado los poemas de Jáuregui y Pérez de Montalbán: números XIII y XIV respectivamente de la Biblioteca de Antiguos Libros Hispánicos, serie A

(2) El asturiano don Francisco Bernardo de Quirós compuso el *Entremés del marido hasta el infierno*, ingeniosa y caprichosa versión del Mito de Orfeo. Dicho entremés se incluye en *Obras de don Francisco Bernardo de Quirós...* y *Aventuras de don Fruela*, folios 43 v. a 48 v. Madrid, 1656.

(3) Para la pervivencia del Mito de Orfeo en las letras españolas del presente siglo ofrecemos a P. C. la siguiente referencia:

Ciro Bayo, *Orfeo en los infiernos*, (novela). Págs. 34 y 35. Madrid, 1912.

tosa voz—apenas si ha dejado de oirse algún momento. P. C., con perseverancia e inteligencia loables, la somete hoy a número y medida.

JOSE MARIA MARTINEZ CACHERO.

CASADO LOBATO, MARIA CONCEPCION: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.—Revista de Filología Española—Anejo XLIV.—**El habla de La Cabrera Alta, contribución al estudio del dialecto leonés.**—Madrid, 1948.—Silverio Aguirre, impresor.—190 pgs.—Con un mapa, láminas y fotografías.

María de la Concepción Casado Lobato ha realizado un estudio lingüístico de La Cabrera, zona situada al sur de León y limitada por los partidos judiciales de Ponferrada y Astorga y por la provincia de Zamora. Esta zona de la Cabrera se halla subdividida en Cabrera Alta y Cabrera Baja y el estudio de la Dra. Casado Lobato se circunscribe a la Cabrera Alta. Presentado el trabajo como tesis doctoral a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid obtuvo, en 23 de noviembre de 1947, la calificación de Sobresaliente y más tarde fué merecedor del Premio extraordinario para el Doctorado.

La tesis de la Dra. Casado Lobato en dos partes: el país y el dialecto.

En la primera parte—el país—la ha subdividido en: Geografía física, y geografía humana: A) estática: población, vivienda y B) dinámica: oficios, desarrollo de la economía, desplazamientos humanos, comunicaciones.

Esta primera parte es muy útil y necesaria. Sin ella, sin las referencias al medio y al hombre, la dialectología resulta una disciplina árida. Así, si conocemos el escenario y los personajes que viven un determinado lenguaje, queda el fenómeno lingüístico humanizado. El tinte de concreción, de personalización lo ha conseguido totalmente la Srta. Casado Lobato en las páginas que contienen el bosquejo geográfico de la comarca objeto de su estudio. Un mapa claro, muy bien fotografiado, sirve de imprescindible guía, aunque no refleja el relieve de la Cabrera, zona tan montañosa. Otro mapa orográfico hubiera completado la visión que el reproducido nos ofrece. También notamos la falta de referencias a elementos folklóricos: refranes, canciones, cuentos. Esta falta es tanto más notoria cuanto que el folklore es material vivo para la dialectología.

La parte segunda es la verdaderamente interesante ya que lleva por título: «El dialecto». Se encuentra subdividida en: Fonética, Morfología y Palabras y Cosas.

En la introducción Casado Lobato manifiesta la poca eficacia de la prepara-

ción previa a los viajes de estudio lingüístico y apunta la mejor manera de conseguir un conocimiento exacto de las palabras y de las expresiones: «La preparación realizada con anterioridad a estos viajes no es siempre tan eficaz como pudiera esperarse. Al choque con la realidad—esto ocurre con mucha frecuencia—deben desecharse los cuestionarios ante la imposibilidad de encontrar un solo sujeto que se preste al interrogatorio, es menester en estas circunstancias variar el método: escuchar las conversaciones en la era, asistir a los seranos en las cocinas al anochecer para recoger sus dichos y narraciones, oír sus coplas, presenciar sus fiestas, trabajos, etc., y, furtivamente, después de penetrar así en la intimidad de la vida social y familiar, del alma, de esas nobles gentes haciendo su misma vida, reflejar en unos cuadernos de notas los hallazgos de cada jornada». He copiado extensamente esta cita porque es la clave de un trabajo fecundo y riguroso en materias lingüísticas. Naturalmente, la preparación previa al viaje es indispensable, pero es un grave error someter el desarrollo de nuestra búsqueda filológica a un plan preconcebido. Y mayor error aún efectuar la recogida siguiendo estrictamente un cuestionario redactado lejos de la realidad. Los cuestionarios deben restringirse a líneas generales y, enfrentados con la realidad, a través de conversaciones, de reuniones, el colector debe hacerse con un bagaje de conocimientos sobre las materias que tratan sus sujetos y de conocimientos personales que le permitan tomar parte en el hablar de los naturales sin resultar un extraño. Las notas, como perspicazmente observa la Dra. Casado, han de ser tomadas *furtivamente*. Porque de lo contrario nuestros interlocutores procurarán modificar su habla en el sentido de darle un mayor refinamiento y, consiguiendo o no, falsearán la realidad que nosotros perseguimos. Este mismo obstáculo, aumentado, es el que ofrecen los interrogatorios con cuestionario. Las preguntas se deben formular tan solo para detalles no suficientemente claros. Pero es preferible omitirlas aun para comprobar determinados fonemas y captar éstos por la reiteración de las palabras en que aparezcan. Es decir, que el investigador debe aparecer ante los sujetos de su estudio lo más desprovisto posible de dos notas: superioridad lingüística y extrañeza. En aceptar como adecuadas y normales las costumbres y las palabras está el éxito de la investigación.

El método expositivo de las observaciones de la Srta. Casado está tomado de la escuela de Menéndez Pidal. Tiene en cuenta especialmente la «Gramática histórica», los «Orígenes del español», el «Dialecto leonés» y el «Cantar del mío Cid». Esto por lo que se refiere a la Fonética y Morfología. Las páginas agrupadas bajo la denominación de «Palabras y cosas» siguen las directrices que señaló Krüger en «Wörter und Sachen» y «Volkstum und Kultur».

La Dra. Casado dedica especial volumen e interés a la Fonética. Es de destacar que cada fenómeno estudiado se compara con lo recogido por otros estudiosos de la Dialectología hispánica, con lo que se facilita, en cada caso, la elaboración de una visión conjunta. Como era de esperar se recogen todas las alu-

siones al dialecto leonés con preferencia a las referencias a otros dialectos.

En la Morfología es el verbo el centro de la atención. Sin embargo, no considero que esta parte del trabajo esté completa por cuanto se encuentra la falta de una referencia más extensa a los verbos irregulares.

Una falta más importante aun la constituye la ausencia total de un estudio sobre la sintaxis del dialecto de la Cabrera Alta. La sintaxis de un dialecto es de muy difícil estudio por la carencia de material escrito pero no deja de extrañar que ninguna observación haya podido obtener la doctoranda en el decurso de su contacto con los naturales de esta comarca.

Muy interesante y bien elaborada la parte «palabras y cosas». La casa ha sido estudiada con detención y apurando las descripciones, lo que permite el mayor acopio de términos. Los dibujos resultan muy explícitos y sirven de excelente punto de comparación para estudios similares. La cuadra y el pajar, el molino, el horno, el arado, el yugo, el carro, la era, el lino, la siega de la hierba, y el ganado merecen una apreciación muy elogiosa. En todos ellos se ha tendido al estudio exhaustivo procurando la comparación de las denominaciones y apurar los detalles de cada elemento material. Pero en estos capítulos la Srta. Casado se limita a la cultura material del pueblo, en lo que sigue fielmente el camino de Krüger. Se exceptúa totalmente de la investigación la cultura espiritual con lo que se puede sospechar que tampoco son recogidos los términos relativos a la misma.

El libro contiene una extensa referencia bibliográfica y amplios y útiles índices: geográfico, de etimologías, de palabras. No se acompaña vocabulario porque todas las voces son empleadas en el estudio fonético o morfológico y se acompañan, en él, de la correspondiente equivalencia castellana. Este método nos priva de las segundas significaciones y de las expresiones metafóricas o trasposiciones semánticas.

Un estudio interesante y digno de encomio, que aumenta el todavía reducido número de trabajos sobre temas de dialectología peninsular.

J. A. F. C.

FONSECA, RODOLFO L.—**Turris Eburnea**.—  
Premio internacional de primera novela, 1947.  
(Barcelona. Tip. Miguza). Editor, José Janés.  
1948.—287 págs.

Desde que el editor José Janés publicó las bases del «Premio Internacional de Primera Novela, 1947», se esperaba con interés el resultado de la original convocatoria: podían acudir novelas escritas en cualquiera de las lenguas étnicas euro-

peas. El interés por conocer la novela acreedora al galardón creado por Janés, acrecía por la solvencia literaria de los nombres que componían el Jurado: Eugenio d' Ors, Walter Starkie, José María de Cossío, Fernando Gutiérrez y W. Somerset Maugham. Tampoco eran insignificantes las veinticinco mil pesetas que el premio llevaba consigo.

Tales antecedentes, aseguraban al que alcanzase el premio un éxito de público. Y así ocurrió. Apenas llegada *TURRIS EBURNEA*—novela vencedora— a los escaparates, hubimos de enterarnos de la existencia de un novelista uruguayo, Rodolfo L. Fonseca. Según informa la nota de la solapa, Rodolfo L. Fonseca es ingeniero, profesor en centros de enseñanza técnica del Uruguay, viajero por Europa y América, tiene escritas más obras literarias que aún permanecen inéditas, ya que esta que hoy nos ocupa es la primera que publica. Apoyados en estas escuetas referencias nos adentramos por las doscientas ochenta y siete páginas.

Y al final, habíamos leído una buena novela. Una buena novela larga. Ahora que parece que los novelistas primerizos de habla española sienten preferencias por los relatos lineales, esquemáticos, por la escasa paginación—parte la obsesiva tendencia a la bella prosa, a la acuarela o al tremendismo—Fonseca trae, en su primera salida, una novela larga. Larga e intensa, calificativos que es preciso juntar para que no se haga una interpretación errónea: que la intensidad es posible en novelas que rebasen las ciento y pico de páginas. *TURRIS EBURNEA* es polimórfica, con multitud de caracteres diferenciados, opuestos y afines, es decir, matizados. Incluye mundos diversos. Y lo que es más importante: es una novela. No es esta afirmación una perogrullada. Quiere significar la presencia de la acción externa, de la pasión interior, en una palabra, de que recoge la vida y que en ella los personajes no son marionetas ni inertes motivos literarios.

Puede ocurrir que según se camina por las páginas de *TURRIS EBURNEA*, algunos capítulos sugieran la creencia de que allí hay demasiadas circunstancias, de que sobran ciertos elementos. También puede ocurrir que algunos personajes irrumpen y, fugaces, desaparezcan sin dejar huella de sí. Pero estas impresiones al vuelo de la lectura, pierden validez al doblar la última página. Y pierden validez porque entonces hallamos la justificación de muchas páginas y aun de algún capítulo que antes considerábamos superfluos. Aparentes imperfecciones, episodios que nos hicieron pensar en la ruptura de la línea narrativa, eran necesarios, precisos, exactos en el conjunto. Cada capítulo tenía una razón suficiente en el desarrollo espiritual de los personajes o en el tiempo «in crescendo» de la acción.

La novela puede ser objeto de una división en dos partes: Quince monjas han sido violadas en China por una partida de bandoleros que asaltan el convento donde ellas vivían en oración. En un barco, las monjas son trasladadas a Europa, a Roma. Allí saben que continuarán en la Orden o les serán dispensados los votos, según el deseo de cada una. En el alma de las monjas se libran conflictos es-

pirituales de hondura mística: la imagen de un asiático feroz y sangriento nubla el claro discurso de sus meditaciones. En sor Práxedes y en sor Hilaria, el combate es trágico porque llevan dentro de la propia carne otra carne naciente; en ellas las horas de meditación duplican la intensidad del sacrificio: dilema del amor a sí mismas en el hijo que va a nacer y amor a Dios. Por fin todas permanecen en religión, excepto sor Juana. Pero la Iglesia evita el escándalo de los niños y las madres monjas recluyéndolas en una casa aislada en la montaña. Allí nace la hija de sor Práxedes y no alcanza vida el deforme hijo de sor Hilaria. Las emociones, los dolores del parto, los combates espirituales enloquecen a sor Hilaria, que ahora sufre por el hijo que antes repudiara. En soledad, con la locura de sor Hilaria y las dulces caricias de las monjas crece Addolorata, ignorante de que sor Práxedes sea su madre. Hasta aquí la primera parte. Que es la mejor y más subyugante. Segunda parte: Addolorata es adoptada por un rico matrimonio, se casa enamorada, el marido la engaña con una extraña mujer, que no es otra sino sor Juana, la monja exonerada de sus votos. Y así continúa la novela hasta acabar con Addolorata, sor Práxedes, la monja renegada y el marido adúltero. Pero esto ya no interesa a lo que pretendo exponer.

Contra el parecer de muchos, yo creo que el tema de *TURRIS EBURNEA* no es totalmente original. Ya ha sido tratado más veces en la literatura. Para apoyar este aserto, me referiré a un libro publicado en 1944, en Buenos Aires por la editorial Corinto. Es un conjunto de cuentos escritos por Luigi Pirandello y recogidos bajo el título de *PRIMERA NOCHE Y OTROS CUENTOS*. Nos interesa el que se denomina *INOCENTES*. Una situación, unos personajes y unas reacciones en todo semejantes a las que nutren las páginas de Rodolfo L. Fonseca. Cuatro monjas violadas, permanecen en la orden, dos de ellas alumbran niños, pierden la razón, etc. Las semejanzas que he observado están contenidas en los siguientes puntos:

1.º Marchan a un lugar distinto de aquel en que fueron violadas, y el transporte se realiza en barco: «Tenían la vaga impresión de haber navegado por mucho tiempo...» (*PRIMERA NOCHE*, págs. 203-204); «El barco debía partir de Shangai a la mañana siguiente». (*TURRIS*, pág. 6).

2.º Sor Inés se mareo en el coche, ignorando el por qué de tan intempestivo mareo: «El bamboleo de la deteriorada carroza comenzó a causarles... una grave molestia, seguramente a causa de la debilidad extrema del cuerpo... Repentinos, vehementes ímpetus de náuseas, las acometían, entre los vahidos. Tanto que, por fin, sor Inés no pudo resistir más y pidió por favor que el coche caminara más lentamente» (*PRIMERA NOCHE*, pág. 206): lo mismo le sucede a sor Práxedes: «...sor Práxedes musitaba rezos y mantenía los ojos cerrados para tratar de contener el malestar que sentía en el estómago. La tarea era vana. Un médico le hubiera dicho que ese vómito era incoercible... En aquel momento sor Práxedes si hubiera necesitado estar acostada en un cuarto tranquilo». *TURRIS*, págs. 34-35).



3.º Referencias a las familias de las monjas, que no transcribo por su longitud: (PRIMERA NOCHE, pág. 210; TURRIS, págs. 32-33).

4.º Sor Leonor no quiere tener un hijo: (PRIMERA NOCHE págs. 211-213); sor Hilaria tampoco: (TURRIS, pág. 78).

5.º Sor Inés no debe pensar en el hijo, podría pecar apartándose de la vida de renunciamiento: «No debía, no debía enternecerse: era este precisamente el martirio: acoger y madurar en el cuerpo ofrecido al Señor aquel fruto infame... creía que, no por el niño, en quien no debía pensar, sino por el ultraje y el suplicio, le brotaban a ella tantas lágrimas en los ojos...» (PRIMERA NOCHE, página 212); a sor Práxedes le asaltan parecidos escrúpulos: «Una monja y una madre». Pero no una mala monja, que sabe que aquello es el precio de su falta. No una mujer que puede arrepentirse. Sor Práxedes no tenía de que arrepentirse y aquel niño tenía que nacer... Esto tan grande tiene que ser pecado... Entonces Dios se compadeció de ella y la hizo llorar (TURRIS, págs. 46-47).

6.º Recluyen a las monjas en una casa aislada: «...el coche se detuvo, poco después, frente a la reja de una grande, vieja y rústica villa solitaria, situada en lo alto de una pequeña colina y rodeada toda de un muro... el campesino que cuidaba la villa...» (PRIMERA NOCHE, págs. 206-207); la casona era vieja y sencilla... se afirmaba sólidamente al borde de una terraza de los Apeninos... el viejo campesino con atribuciones de jardinero... cerca del mundo para los auxilios, lejos del mundo para la curiosidad» (TURRIS, págs. 73-75).

7.º Las monjas preparan la canastilla: «Inmediatamente sor Ginebra se ofreció a ayudar a coser el modesto ajuar. También sor Inés dijo que ayudaría». (PRIMERA NOCHE, pág. 211); «Sentían ya la inquietud de los dedos que se mueven veloces para dar forma a la prenda...» (TURRIS, págs. 82-84).

8.º Sor Inés teme que su hijo sea recluso en el hospicio: «El suyo desaparecería, a escondidas, desnudo: se perdería en la multitud de los nacidos sin nombre. Y quizá ni aun lo vería...» (PRIMERA NOCHE, pg. 212); a sor Práxedes la asusta oír al médico que recluir a su hija en el hospicio sería la mejor solución: «Realmente más le valiera a la niña ser huérfana. La podrían hacer pasar como hija de padres desconocidos... del rostro de sor Práxedes había desaparecido la única sonrisa realmente feliz que tuviera en la vida» (TURRIS, págs. 93-94).

9.º Sor Leonor se niega a ver el niño de Rosario: «Rosario se lo quitó para hacerlo ver a sor Leonor; pero ésta, volviendo la cara lo rechazó y le gritó furiosa que no quería verlo...» (PRIMERA NOCHE, pg. 213); sor Hilaria no quiere ver su propio hijo: «... sor Hilaria no quiso verlo. Y desde el primer instante demostró por él una aversión que quizás se hubiera trocado en compasivo cariño de haberlo conocido». (TURRIS, pg. 94).

10. Sor Leonor enloquece al pensar en el hijo que no tiene (PRIMERA NOCHE, pg. 215); sor Hilaria enloquece al morírsele el niño (TURRIS, 96-107).

En estos diez puntos he condensado las semejanzas que encuentro entre

«INOCENTES» y «TURRIS EBURNEA»; inmediatamente declaro que la existencia de estas analogías no decrece el valor artístico de la novela de Fonseca. Hay una línea temática idéntica, una evolución paralela. Más, en la novela de Fonseca son cuatro las monjas que tienen significación, como en Pirandello. Pero éste es un caso más de aprovechamiento de elementos condensados—cuento—para la creación más extensa—novela. Ya sabemos que entre cuento y novela es difícil establecer límites y Fonseca encontró un maravilloso germen para la suya en «INOCENTES»; supo aprovecharlo y darnos una versión del mismo problema que resulta original. Además que toda la completa elaboración, todo el desarrollo moroso del proceso interno de sor Práxedes, de sor Juana no están en las breves páginas del cuento pirandelliano. El novelista uruguayo comprendió, si es que conoce el cuento de Pirandello, las espléndidas posibilidades del tema y en sus manos los personajes crecieron hasta una segunda parte que excede la narración de Pirandello.

Hay otro punto de diversificación. En Fonseca el problema está visto desde el hondón religioso de las almas, en Pirandello hay una preponderancia de lo instintivo sobre la fé y sobre los sentimientos. En «TURRIS EBURNEA» Dios está por encima, en «INOCENTES» lo que emergen es el cuerpo con sus debilidades. Y así, mientras en Pirandello el final llega entre angustias y gritos de desesperación, en la novela de Fonseca los cánticos pacíficos y glorificantes del Magnificat cubren el vencimiento último de la carne.

Esta novela, «TURRIS EBURNEA», parte, pues, de un cuento de Pirandello, reelaborado en función de una estructura novelística compleja y muy lograda. Con ello se desprende del germen originario y gana personalidad independiente. No quiero terminar sin dejar constancia que este procedimiento está siendo utilizado por los novelistas españoles «recuérdese a Lizón aprovechando dos cuentos, publicados en «Fantasía», para «SAULO. EL LEPROSO» o a Tomás Borrás, recogiendo su novela corta «EUROPA», también publica en «Fantasía», en «LA SANGRE DE LAS ARMAS».

J. A. F. C.

# CRONICA DE LA FACULTAD

## CURSO DE VERANO

Del 26 de agosto al 24 de septiembre se celebró el IX Curso de Verano organizado por esta Universidad.

Comprendía, como de costumbre, las secciones de Derecho, Ciencias y Letras, además de una Semana Financiera, otra Médica, conciertos y excursiones.

En la Sección de Letras, dentro de la cual figuraban tres cursillos monográficos sobre Tirso de Molina, Rojas Zorrilla y Jaime Balmes, se expusieron los siguientes temas:

Conferencia de apertura por el Ilmo. Sr. D. Luis Morales Oliver, Director de la Biblioteca Nacional y Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, sobre *El clima teológico en el teatro de Tirso de Molina*. El mismo señor Morales Oliver desarrolló tres lecciones sobre *El teatro de Tirso y el clima histórico*, *El teatro de Tirso y el clima galaico-portugués* y *Encuadramiento del teatro de Tirso en la dramática de su tiempo*.

Los temas expuestos por D. Rafael de Balbín Lucas, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en una conferencia y tres lecciones, fueron los siguientes: *Historia y tragedia en el teatro de Rojas Zorrilla*, *Los temas religiosos en Rojas*, *El teatro cómico de Rojas Zorrilla* y *Comedias de costumbres de Rojas Zorrilla*.

D. José de la Peña, Vicedirector del Archivo de Indias de Sevilla, hizo unas *Aportaciones a la biografía documentada de Gonzalo Fernández de Oviedo*, en dos lecciones.

D. Francisco Indurain, catedrático de la Universidad de Zaragoza, pronunció

las siguientes lecciones: *Ensayo de clasificación del teatro de Rojas Zorrilla*, *La técnica teatral de Rojas*, *El estilo y la versificación de Rojas Zorrilla* y una conferencia sobre *Lo cómico en el teatro de Rojas Zorrilla*.

El muy ilustre señor don Martín Andreu, Canónigo Archivero de la S. I. C. B. de Covadonga desarrolló una lección sobre *Balmes y su actualidad en la reconstrucción de la Patria*, y otra sobre *Su actualidad en la reconstrucción de la Sociedad*.

Otras dos lecciones sobre *Balmes, filósofo y apolo gista*, fueron expuestas por el muy ilustre señor don Benjamín Ortiz, Profesor de la Universidad y Arcediano de la S. I. C. B. de Oviedo.

El Ilmo. Sr. D. Juan Uría Riu, Decano de la Facultad de Letras de la Universidad de Oviedo, pronunció tres lecciones sobre *Oviedo en la Edad Media*.

El Magnífico y Excmo. Sr. Rector de la Universidad de Oviedo, D. Sabino Alvarez Gendín, se ocupó en dos lecciones de *Balmes y la doctrina social católica*.

Sobre *Balmes, filósofo del momento actual*, se ocupó en una lección D. Luis Araujo Costa, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, quien pronunció también otra lección sobre *Chateaubriand, historiador y biógrafo*.

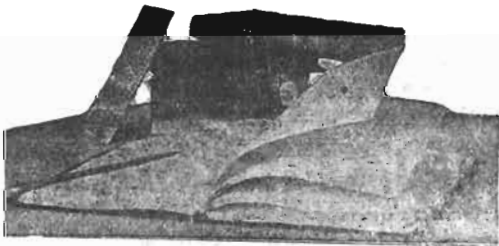
SOCIEDAD METALURGICA  
"DURO-FELGUERA"

==== (COMPANIA ANONIMA) ====

CAPITAL SOCIAL: 125.000.000 DE PESETAS

CARBONES gruesos y menudos de todas clases y especiales para gas de alumbrado -- COK metalúrgico y para usos domésticos -- Subproductos de la destilación de carbones: ALQUITRAN DESHIDRATADO, BENZOLES, SULFATO AMONICO, BREA, CREOSOTA y ACEITES pesadas LINGOTE al cok -- HIERROS Y ACEROS laminados -- ACERO moldeado -- VIGUERIA, CHAPAS Y PLANOS ANCHOS -- CHAPAS especiales para calderas -- CARRILES para minas y ferrocarriles de vía ancha y estrecha TUBERIA fundida verticalmente para conducciones de agua gas y electricidad, desde 40 hasta 1.250 mm. de diámetro y para todas las presiones -- CHAPAS PERFORADAS VIGAS ARMADAS -- ARMADURAS METALICAS DIQUE SECO para la reparación de buques y gradas para la construcción, en Gijón.

**Domicilio Social: MADRID -- Barquillo. 1 -- Apartado 529**  
**Oficinas Centrales: LA FELGUERA (Asturias) " 1**



LIBRERIA

"CIPRIANO MARTINEZ"

(Sucesora: Enedina F. Ojanguren)

Plaza de Riego, 1

OVIEDO



FABRICA DE  
**MIERES**  
SOCIEDAD ANÓNIMA

MIERES - (ASTURIAS) - Apartado 20  
Tel.º 5 - MIERES - Tel.º "Fabricaciones" - Mieres

**CARBONES** - Gruesos, menudos  
y finos, para todas las aplicaciones.

**COK** - Metalúrgico y para uso doméstico.

**SUBPRODUCTOS** - Sulfato  
amónico, Alquitran, Brea, Creosotas,  
Naftalina, Antraceno, Benzoles y Tolual.

**SIDERURGIA** - Lingotes de fundición  
y de afino, Acero Siemens-Martin, Platan-  
quilla, Laminados, Vigas, Us, Angulares, Tees,  
Redondos, Cuadrados, etc. Carriles de mina.

**METALURGIA** - Construcciones  
metálicas: armaduras, columnas, postes  
y todo clase de estructuras. Forja y  
Estampación, Tornillería, Piezas de  
hierro fundido, Acero moldeado.

**PROYECTOS Y PRESUPUESTOS**



# ACADEMIA ALLER

**MOREDA (Asturias)**

PREPARACION. TECNICOS INDUSTRIALES, BACHILLER,  
COMERCIO, TAQUIGRAFIA, CAPATACES Y VIGILANTES  
DE MINAS, ETC.

*Toda la correspondencia relacionada con donativos,  
anuncios, suscripciones, etc., debe ser diri-  
gida al Secretariado de Publica-  
ciones de la Universidad  
de Oviedo*

Número suelto . . . . . 25,00 pesetas

*Fué impresa esta Revista en los  
Talleres de la Imprenta «La Cruz»,  
sita en la calle de San Vicente, de  
la Ciudad de Oviedo, en el mes  
de noviembre de 1949.*